



**Maribel  
Pont**

*¿Y si fuera Andy?*

**+18**

¿Y si fuera Andy?

Maribel Pont

*El destino es muy caprichoso,  
y la vida da muchas vueltas.  
Y es ahí, entre la confusión y la locura,  
cuando alguien aparece.  
Y hace que descubras un mundo nuevo.  
Simplemente, una divina locura.*

*Agradecimientos especiales para:*

*A Mary Helen A.G por su ayuda y colaboración en los detalles de este libro.*

*Isabel María Sierra por su reseña en el blog:*

<http://laslecturasdeisabel.blogspot.com.es/2015/06/y-si-fuera-andy.html>

*A Vanesa Bolaños por la reseña en su*

**blog:** <http://vanessacullenwolf.blogspot.com.es/2015/06/y-si-fuera-andy.html>

## Uno

Las cosas siempre ocurren cuando menos las esperas.

Había sido una discusión sin sentido. Una vuelta de tuerca de más, a la desconfianza que me provocaban las salidas a destiempo de Manuel. Se había marchado dando un portazo seco. Sembrando un silencio rancio dentro de las cuatro paredes que entonces ensombrecían mi presencia.

No quise llorar.

Tal vez había agotado las lágrimas discusión tras discusión. Eran demasiados años juntos. Éramos muy jóvenes cuando empezamos a jugar a ser adultos. En vez de encontrarme con la desesperanza, me topé con un halo de luz, que de pronto, hizo que decidiera vivir. Estaba harta de hacerme responsable de todos los problemas de la casa, olvidándome de que aún era muy joven. Tenía treinta y cuatro años y una hija adolescente de dieciséis, que de un momento a otro me traería un yerno a casa.

Hecha un ovillo en el sofá y barajando el caos que se acababa de formar en mi matrimonio, decidí que lo mejor que podía hacer era, no hacer nada. Dejar que las cosas siguieran su curso, si Manuel algún día se daba cuenta de que estaba actuando mal y, sobretodo, si era capaz de demostrarme que valía la pena seguir juntos, sería una cosa del destino y con eso no podíamos competir. Mientras tanto no pensaba correr tras él, ni suplicarle que regresara, ni siquiera por Mónica.

Una lágrima melancólica resbaló por mi mejilla, hasta mojarme la comisura derecha del labio. Sin embargo no pude identificar ningún sentimiento de añoranza. Simplemente, lo nuestro había terminado.

Con mis pensamientos rodando como una espiral, caí en un sueño profundo. En el televisor echaban un capítulo repetido de una serie policíaca, en el cual me trasporté con la carga de mis problemas. Hubiera podido dormir horas evadiéndome de la realidad si no fuera porque el cerrojo de la puerta, manipulado con brusquedad, me alarmó haciendo que me izara de golpe. Un sonoro portazo, más agrio que el anterior, hizo que se encogiera un nudo en mi estómago. Unos pasos cruzaron el comedor a la velocidad de un rayo y acto seguido otro portazo resonó al fondo del pasillo.

Algo había ocurrido.

Di un brinco fugaz y corrí tras los pasos de mi hija. Mis nudillos golpearon con insistencia la madera que separaba mi voz de la habitación de mi hija.

—Mónica, abre la puerta.

—¡No quiero!

Era justo lo que me faltaba, lidiar con el mal genio de una adolescente.

—¡Abre ahora mismo o tiro la puerta abajo!

—No podrás...—gruñó con la voz ahogada bajo la almohada.

Apegué mi espalda a la pared e hice rebotar mi cabeza. Hablar con ella cuando estaba enfadada era como querer encajar la pieza equivocada en un puzzle.

—Mónica haz el favor de abrir la puerta, sabes que no voy a castigarte, sea lo que sea, pero ¡cuéntamelo, por Dios!

Me encontraba ya acuclillada y cabizbaja cuando oí el chasquido del

pomo de la puerta rodar con lentitud. Mónica asomó la cabeza y tras sorber por la nariz me hizo un gesto para que entrara en su habitación. Por ese día omití el desorden de aquellas cuatro paredes rosadas. En el suelo yacía la ropa que se había probado antes de salir de casa y, las puertas del armario seguían abiertas con ambos espejos enfrentados entre sí. Solté un largo suspiro y me dejé caer en el borde de la cama apoyada sobre mis rodillas. Mónica estaba con las piernas cruzadas y un gran almohadón entre sus brazos por el cual se escondía a medias. Tenía los ojos enrojecidos y la barbilla hundida hacia el pecho. Por su expresión deduje que muy a su pesar necesitaba hablar de ello.

Me aclaré la voz con un suave carraspeo.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?—gruñó frunciendo el ceño.

Entorné los ojos ante la evidencia.

—¿Quién va a ser? El monstruo del que te has enamorado.

—No es un monstruo—dijo con las pupilas inquietas.

Lancé un suspiro.

—Entonces me alegra de que sea humano.

Mónica ahogó el amago de una risita muy débil.

—¡Mamá! No tengo ganas de bromas.

Esbocé una mueca indulgente.

—Pues ve al grano, yo tampoco tengo el cuerpo para risas—dije aflojando la voz.

Mónica permaneció unos segundos reflexiva, con la mirada perdida en un punto inconcreto de la habitación. Contemplé su rostro de facciones redondas, piel tierna y mirada entrañable. Aún era una niña. Mi niña. Y en ese momento un escalofrío me recorrió el cuerpo al identificarme con ella. A su edad simplemente estaba a punto de conocer a su padre y más adelante quedarme embarazada.

Su voz adormilada me sacó de mi ensoñación.

—¿Por qué duele tanto, mamá?—dijo con la voz quebrada y la mirada resentida.

Un pedacito de corazón se me quebró. No quería decirle que eso tan solo era el comienzo.

—Ven aquí, nena. Dame un abrazo de esos que todo lo curan.

Nos fundimos en un abrazo de esos que crujen los huesos de la espalda y que hablan sin palabras. Qué bonito es tener a alguien en quien apoyarse cuando una está quebrada. No hizo falta insistir, pronto Mónica continuó con su relato.

—Mamá... David quería que hiciéramos...eso, ya sabes—dijo con la mirada perdida en un vacío de su memoria. La voz entrecortada.

Abrí los ojos como platos, tragué saliva y aparté mi instinto de protección maternal. Hice de tripas corazón y carraspeé para no atragantarme con la realidad.

—¿Y...y... quién es David? —procuré parecer indiferente.

—¡Eso da igual ahora!

—Tienes razón, continúa.

—Y se ha enfadado mucho—puntualizó sorbiendo por la nariz—, y lo

único que he podido hacer es irme corriendo. Y he hecho un ridículo espantoso, seguro que ahora se lo contará a todos sus amigos.

Tomé aire de forma sonora. Mónica barrió las lágrimas de su rostro torpemente con las palmas de sus manos, así como lo hacía de pequeña después de una rabieta.

—Ni hablar, has hecho lo correcto. Tú lo que necesitas es conocer al chico de tu vida. Todo llegará a su debido tiempo, cuando a ti te apetezca—puntalicé casi deletreando cada palabra.

—Me siento muy mal.

Con un gesto muy propio de las madres le aparté el pelo de las mejillas, éstas estaban empapadas de pena.

—Cariño, eres una niña muy responsable, y estoy segura de que un día llegará un chico con la madurez que te mereces, y todo será maravilloso. Y ya sabes lo que te he dicho siempre.

—Sí, mamá. Con protección...—dijo entornando los ojos.

Imprimí un beso en su mejilla.

—Yo también tengo que contarte algo...

—¿El qué?

Su rostro sufrió una notable transición, era como si de un momento a otro esperara esa noticia, sus pupilas se movían inquietas y permanecía con el ceño fruncido. Probablemente había imprimido suficiente preocupación en mis palabras como para que ella sintiese el augurio de lo que quería contar, y entonces tuve que hacerlo, por su bien, y el mío propio.

—Que...he pedido cita para ir las dos a la peluquería ¿qué te parece? —apostillé con una sonrisa artificial.

—¿En serio? —respondió escéptica.

Le devolví una mueca de pasotismo.

—En serio...



—No me malinterpretes Patricia—dijo Raquel acodada en la barra—pero creo que es la mejor decisión para los dos —apostilló con una mueca sabiendo que, no me gustaba lo que me decía.

Lancé un suspiro al aire. Hablar de ello con ella era hacerlo real, no había sido una simple discusión. Manuel se había marchado de verdad. De pronto sentí un frío vertiginoso que me recorrió la espina dorsal. El mundo de repente se apartaba, y sentí como si no tuviera un pilar donde apoyarme. Suspiré haciendo acopio de mis pocas fuerzas y tragué saliva haciéndome cargo de mis emociones.

—No sé qué hacer, ni hacia dónde partir ahora mismo—dije con la voz quebrada.

Raquel dio un trago de café y se quedó un rato observándome detrás de su taza. Le encantaba oler el café, y por la expresión placentera de su rostro, disfrutaba yo misma con la sensación de paz que me transmitía. Luego regresó de su estado hipnótico, y alargó el brazo para aferrar su mano al dorso de la mía. Aún sentía el calor que le había regalado la taza de café, y de pronto tan solo el contacto de su piel me reconfortó, como si con ese gesto Raquel pudiera llevarse con ella parte de mi dolor.

—No te sientas culpable. Sé perfectamente cómo te sientes, y darle vueltas lo único que va a conseguir es que te consuman los nervios. Piensa en ti ¿vale?

Raquel dio una cabezada instándome a que repitiera su gesto. Y así lo hice, comprometiéndome en balde. ¿Cómo podía sólo pensar en mí? Tenía una hija adolescente a la que dar explicaciones, la misma que entonces se estaba convirtiendo en una mujer. Y debió de ser en ese momento cuando noté un escalofrío que me sacudió el cuerpo, e hizo que un pensamiento se flechara en mi cabeza:

¿Qué había sido de mi vida desde que ella nació?

Había vivido por y para mi familia, y entonces fue cuando entendí que pronto ya no sería necesaria mi compañía para ninguno de los dos.

—Así lo haré—afirmé soñolienta y arrastrando mis palabras.

Raquel se inclinó sobre la tarima de madera y me abrazó por los hombros. Hubiera podido decirme que todo se iba a solucionar. Que no me preocupase. Que eran cosas normales en un matrimonio, o tal vez, que dejara pasar el tiempo.

Pero no dijo nada.

Sonrió de esa forma indulgente, dejando al aire lo que yo no quería admitir. Mi vida iba a sufrir un cambio, para bien o para mal. Pero nada sería lo mismo a partir de entonces.

El reloj de pared marcó las nueve de la mañana. Puntuales como todos los días, varios obreros entraron a la cafetería armando un revuelo sin medir la voz.

Le lancé una mirada a Raquel.

—Si no te importa yo me encargó hoy de la cocina.

Ella aireó una fresca carcajada. Ya intuía ella que no me apetecía formar parte de aquel círculo de risas y hormonas desbocadas.



—Tranquila, yo puedo con diez como esos y más—aseguró alzando un puño al aire de forma cómica.

Luego guiñó un ojo y se encaminó hacia la mesa donde comenzarían aquéllos con las mismas bromas de mal gusto. Por otra parte me dirigí a preparar los bocadillos con la misma ilusión con la que había empezado el día. Las manos me temblaban y la sal se escurría de mis dedos sin necesidad de sacudirlos. Cada vez odiaba más mi trabajo, vacío y sin sentido. Alcancé una botella de aceite, que quién sabe porqué, estaba en el último estante, y tras vacilar sobre la punta de mis pies fue a caer en el suelo desbordando aún más mis nervios.

—¡Mierda!

Un charco aceitoso se extendía por las baldosas cuando, Raquel acudió a la cocina alarmada por mis voces. No tuve tiempo de explicarle lo ocurrido, su pie se deslizó por el suelo en un movimiento fugaz haciendo que se cayera de espaldas. Su cadera chocó sonoramente contra el suelo y un lamento ensordecedor hizo que me estremeciera de golpe. Hice lo posible por levantarla del suelo,

pero el dolor que la atormentaba y los gritos que desgarraban su garganta me hicieron la tarea imposible. Pronto la cocina fue invadida por todo el grupo de obreros que, alarmados por los gritos de Raquel acudieron a ver qué ocurría. Y nunca pensé alegrarme tanto de que esos gorilas sin respeto se encontraran en ese momento, lo cierto es que apenas sin esfuerzo la levantaron del suelo, en contra de sus suplicas y la llevaron enseguida al centro médico para que la observasen. Yo no pude hacer más que encargarme de la cafetería, era el día libre de Carolina y el mundo se había empeinado en hacerme aquel día horrible.

Mónica entró por la puerta justo cuando estaba terminando de fregar el suelo. Estaba muy seria, llevaba el pelo desgreñado recogido en una coleta y al verla desde mi perspectiva aprecié como las vestimentas que llevaba, un pantalón holgado y una camiseta que dejaba un hombro al descubierto parecían bailar sobre su cuerpo. Mónica había perdido peso, y de pronto sus pechos incluso parecían más voluminosos. Ella se acercó con cuidado de pisar sobre el suelo mojado y imprimió un beso en mi mejilla. Levanté una ceja más alta que la otra estudiando su rostro.

—Suelta por esa boquita.

Mónica descargó pesadamente su mochila sobre el taburete y se arrellanó sobre la barra intentando ocultar su rostro. Luego dijo algo vagamente que me pareció entender de forma correcta.

—He suspendido dos asignaturas—dijo entre dientes.

Un remolino de gusanillos traidores y endemoniados se sacudió en mi interior. Apreté los párpados procurando dominar mis nervios y empujé la fregona contra la pared.

—Me tienes contenta, ¿qué hago yo contigo?

Mónica se mordió el labio inferior.

—Esther me ha dejado un libro. Voy a hacerte caso, leeré más. Además ya lo he empezado y si te digo la verdad me está gustando mucho.

Dejé que terminara con las manos en jarras, ya sabía ella que la lectura era mi perdición. Demasiado lista era ella.

—Ya hablaremos de eso más tarde. Por cierto no olvides que tenemos hora el viernes en la peluquería. Ya es demasiado tarde para anularla—apostillé con desagrado.

—Lo recuerdo. También tenías que contarme algo, lo de la pelu no cuela—dijo de forma irónica.

Abrí los ojos como platos.

—Esperame en casa, luego hablamos.

—De acuerdo pero no le digas nada aún a papá de mis notas.

Tomé aire profundamente. El nudo que me estrechaba el estómago me advertía que hablar de ello no sería fácil, cuanto menos doloroso.

—Más tarde hablaremos de todo esto.

### Capítulo 3:

Oculto tras una caja de bombones gigante entré en la habitación cuatrocientos doce. Raquel estaba adormilada sobre la cama. Hacía apenas dos horas que había salido de quirófano. La caída en la cafetería le había costado una intervención de cadera y unas futuras semanas de reposo.

Y todo por mi culpa.

Al verme sonrió, fruto de los efectos de la anestesia. Raquel era puro nervio, probablemente cuando despertara y recuperara la entereza maldeciría aquella cama, las enfermeras y el olor a fármacos que desprendía la habitación. No quise entretenerla demasiado, pues los ojos se le cerraban por inercia y me bastaba con saber que dentro de lo que cabía se encontraba bien. Le besé la frente y dejé la caja de bombones a su derecha sobre la mesilla que daba al ventanal, donde seguramente entretendría los largos días de reposo que le esperaba contemplando un vasto parking atestado de coches.

—Mañana volveré a verte.

Raquel esbozó una vaga sonrisa.

—Mañana, pasado y el otro.

Tuve que reírme, aunque mi risa era más de alivio que de otra cosa.

—Y todos los que hagan falta.

—Vas a tener que contarme todo lo que pase en esa cafetería de mala muerte.

—Tranquila, que habrá poca cosa que contar.

Raquel ladeó la cabeza y tosió.

—Ahora que no estaré pasarán cosas interesantes—dijo guiñando un ojo.

—Descansa, no vayas a delirar y a enamorarte de un enfermero.

Raquel formó un mohín en sus labios.

—Sólo he tenido el placer de conocer a uno, y a decir verdad, muy guapo. Pero como no me cambie el nombre por Manolo, tengo todas las de perder.

Las dos nos reímos de nosotras mismas. Siempre había alguna tontería que nos sacara una sonrisa. Si no fuera por Raquel haría tiempo que hubiera abandonado la cafetería, de lo contrario aquello habría bastado para hundirme moralmente.

Unos nudillos golpearon la puerta. Era la hora de la medicación.

—Mañana vuelvo a verte.

Raquel hizo volar un beso al aire.

—Traeme noticias frescas.

Ahogué un gruñido.

—Tratándose de compartir turno con Carolina serán calentitas.

Ella ya sabía por qué lo decía. Y es que Carolina apenas hablaba de otra cosa, que no fuera sexo.

Al llegar al portal de casa suspiré, sabía lo que encontraría en el piso. Nada más que el frío de un hogar donde los sentimientos habían saltado por la ventana. Subí las escaleras de forma pesada y hurgué en mi bolso para sacar las llaves de la puerta que entre tanto nerviosismo resbalaron de mis manos para chocar

ruidosamente contra el suelo. *Céntrate Patricia, por tu bien y el de Mónica.* Pensé en un acto de auto conciencia. Mónica estaba arrellanada en el sofá con el televisor apagado. Al verme cerró el libro que tenía en las manos de golpe y se compuso con una mueca alegre al verme entrar.

—Hola cariño—dije en un suspiro.

—Mamá, has terminado pronto hoy.

Colgué la chaqueta en el vestíbulo con el ceño fruncido.

—¿No tendrás a alguien escondido bajo la mesa, verdad?

Mónica se rió, como si fuera la madre más divertida del mundo. Nunca peor comparación.

—¡Mamá, tengo dieciséis años!

Arqueeé las cejas. No quise admitir lo que hacía yo a su edad. Y no era precisamente jugar con muñecas.

—Por cierto, papá debería haber llegado ya—dijo virando la muñeca y ojeando su reloj de pulsera.

Tragué saliva. Sabía que un momento u otro debería salir el tema.

—De eso tenemos que hablar.

Mónica me miró con el ceño fruncido y apegando un gran almohadón contra su pecho.

—Vamos a hacer una cosa. Coge el teléfono y encarga dos pizzas. Mientras, yo me daré una ducha. Luego hablaremos.

Mónica expulsó el aire por la nariz y balanceó la cabeza con indignación.

—Dos pizzas. No puedo creerlo mamá. Aunque creas que aún soy una niña, no soy tonta.

Recogí aire en mis pulmones con las manos en jarras y cabizbaja. Con un movimiento brusco lanzó el cojín hacia el suelo y corrió hacia su habitación dando un sonoro portazo. Sabía que no sería fácil. Aún así no podía rendirme, y en el fondo entendía que era lo mejor para todos.

## Capítulo 4:

Mónica y yo tuvimos una larga charla después de convencerla para que abandonara su habitación. Debí de empezar a relatar los hechos desde que yo tenía su edad, tal vez de esa forma sería más fácil captar su comprensión. Lo nuestro entre el padre de Mónica y yo, había sido una relación de amor y odio. Nos conocimos a una edad muy temprana en la que ninguno de los dos tenía el conocimiento pleno de lo que era la madurez. Aunque Manuel era ocho años mayor que yo, siempre tuve la sensación de que no existía esa diferencia abismal entre los dos. Sí era cierto, que él ya había tenido experiencias muy variadas respecto al sexo, y probablemente a mi temprana madurez femenina, no mental, me dejé llevar por un hombre que me prometió una seguridad a su lado, apartándome de mis amistades para forjar una relación que tan sólo podríamos comprender nosotros dos.

—¿Quieres decir con eso que renunciaste a todas tus amistades?

Tomé aire de forma reflexiva, no era fácil admitir todo lo que había estado ocultando durante años.

—Pienso que no era una opción, Mónica. Debía entender que tu padre no se sentía cómodo frecuentando lugares a los que a nuestra edad estábamos acostumbrados.

Mónica prestaba atención jugueteando con un mechón de su pelo. Sus ojos color avellana se movían inquietos tratando de asimilar tanta información.

—¿Por qué lo hiciste, mamá? Me refiero a abandonarlo todo.

Exhalé un suspiro con derrota.

—A esa edad todo te parece maravilloso. Incluso crees en las promesas que te hacen. Con él podía entrar en lugares sin que juzgaran la edad que realmente tenía. Tu padre por ese entonces trabajaba como comercial para la empresa de productos del abuelo. Siempre tuvo don de gentes, y eso le permitía manejar mucho dinero a su antojo. Algo que ahora comprendo, que no fue bueno para ninguno de los dos.

—¿Quieres decir que papá lo pagaba todo?

Exhalé una sonrisa culpable.

—Eres más lista de lo que pensaba. Sí, fue así. De esa forma nunca tuve el derecho de exigir las cosas que me hubiera gustado hacer.

—¿Cuándo fue la primera vez?

Observé a mi hija con una sensación que me aguijoneaba por dentro. Entendí que utilizaría la conversación para documentar una de sus prioridades en ese momento. No podía luchar contra ello. Mónica se hacía mayor y su curiosidad respecto al sexo era algo que la inquietaba enormemente.

—Eso llegó el día en que me sentí preparada. Tu padre tuvo la paciencia necesaria para entender que era una niña. Nunca me forzó a hacer algo de lo que todavía no estaba preparada.

Tuve que mentir. No podía decirle que accedí a sus deseos para que no se marchara con otra. No sería un buen ejemplo.

—¿Y cuándo ocurrió eso, ya sabes?

—Quedé embarazada antes de cumplir nuestro primer aniversario. Nunca

quiso utilizar protección y aunque en ese momento no me importaba, entendí que su propósito era que así fuera. Si quedaba embarazada, sería suya para siempre.

Mónica frunció el ceño con un halo de decepción en su rostro.

—Mamá, no sabía nada de esto.

Me reí apenada a la vez que le apretaba la mano.

—Cariño, esto es sólo la punta del iceberg.

Ella entornó los ojos con una mueca en los labios.

—¿Le quieres?

Tragué saliva observando sus pupilas inquietas.

—Claro que lo quiero, es tu padre. Es simplemente que el amor a veces se rompe, y si nos queremos de verdad debemos dejar que cada uno continúe con su vida.

Por la expresión de su rostro deducí que aunque le hubiera contado una parte de la verdad, la idea de romper con nuestro matrimonio no le hacía ni pizca de gracia. Tal vez por eso se arrellanó sobre mis rodillas para rendirse en un sueño profundo, y así evadirse de la cruda realidad.

A la mañana siguiente despertamos las dos en el sofá en ambas direcciones. Un dolor agudo en el cuello me hizo gemir alto. Casi no podía mover las cervicales, y un pinchazo afilado me atravesaba la columna cuando tomaba aire de forma profunda. Desperté a Mónica con una leve sacudida. Faltaban veinte minutos para las ocho y apenas tendría tiempo de vestirse y desayunar. Por suerte ese día tenía turno de tarde y podría descansar lo suficiente para poder trabajar en buenas condiciones. Cuando ella se marchó hacia el instituto, pensé que lo más inteligente sería tomarme un antiinflamatorio y omitir las tareas del hogar para sentarme en el sofá en una posición cómoda que me permitiera descansar los músculos del cuello. Y así lo hice. Me tumbé de costado de frente al televisor y al acto otro pinchazo me agujoneó el muslo izquierdo. Me revolví alarmada e introduje la mano dentro del hueco que separaba los almohadones y para mi sorpresa lo que encontré fue el libro de Mónica ¿por qué diablos lo habría escondido? Contemplé la portada sugerente con sumo escepticismo y leí el título:

### **La tentación de Chloe**

Fruncí el ceño curiosa ¿sería lo que me estaba imaginado? Quise averiguar de qué trataba el misterioso libro, y digo misterioso porque de lo contrario no había ningún motivo para ocultarlo. Parecía comenzar de una forma sutil. *Ella podía volar...* lentamente las palabras desfilaban sobre el papel. Parecía una lectura amena, entretenida y suave. Tan sólo, que antes de llegar al fin del primer capítulo, Chloe se estaba masturbando frente al espejo evocando la presencia de un desconocido que atormentaba su sexo. Un sofoco ascendió hasta mis sienes. ¡Oh, Dios mío! ¿eran imaginaciones mías, o me acababa de excitar?

## Capítulo 5:

Confundida y alarmada cerré el libro por la página cincuenta. No pude evitar sentirme identificada con aquella chica. Mi situación en aquellos momentos hacía que constantemente retrocedería en el tiempo y me cuestionara qué habría ocurrido si hubiera hecho las cosas de otra forma. Si pudiera retroceder y reescribir mi historia con los conocimientos de hoy sería una chica potencialmente inteligente, tal vez como Chloe. Obviamente no podía hacer eso, pero sí involucrarme en esa historia y morbosamente imaginar que se trataba de mí. Sí, era una idea absurda, pero se acababa de despertar en mí un deseo imperioso por conocer la verdadera esencia del sexo. Esa que yo no había conocido, y de la que tanto hablaban mis compañeras.

Abochornada y sin un alivio considerable en mis cervicales, tuve que hacer acopio de mis fuerzas y vestirme para ir al trabajo. Carolina todavía no sabía nada. Llegué a pensar que si no le contaba nada por entonces, sería como mantener oculta la realidad que ahora me embestía. Pero tendría que hacerlo de un momento a otro, y pensé que la mejor forma sería yendo directa al grano.

—Buenas tardes, Carol. Me he separado de Manuel y no quiero hablar del tema. Dime que lo entiendes—dije atravesando la cafetería como una exhalación.

Carolina abrió la boca desmesuradamente y acto seguido la cubrió con ambas manos.

—¡Tú quieres matarme de un susto! Esas no son maneras de anunciar una ruptura.

Hice un gesto de evidencia con las manos abiertas a la altura de mis hombros.

—No lo son de una manera u otra—dije anudando el delantal a mi cintura con el rostro sufrido de dolor.

Ella se acercó por mi espalda y terminó de enlazar el nudo.

—No voy a ahondar en el tema pero ¿ha habido terceras personas?—dijo con preocupación en su voz.

Me di la vuelta sujetando la rigidez de mi cuello con la mano derecha. Fruncí el ceño antes de responder. Era algo que no me había cuestionado. Tampoco sería una circunstancia que me sorprendiera, ya que nuestros encuentros sexuales cada vez se volvían más fríos y distanciados. Tuve que componer un mohín con mis labios, y encogerme de hombros. Carolina esperaba mi respuesta con las manos en jarras. Llevaba su melena entre rojiza y anaranjada recogida en un moño por el que despuntaban rebeldes mechones que le caían sobre los ojos. Su piel era blanca como la nieve, y sus ojos marrones eran como dos almendras que rasgaban sus facciones. Le sonreí apenada.

—Lo nuestro simplemente ha tocado fondo.

Carolina arqueó las cejas, y tras soltar un suspiro indulgente hizo oscilar la cabeza.

—Tranquila, nena. Encontrarás a alguien mejor.

Tuve que asimilar esa respuesta. No era mi intención empezar una relación ¡por Dios! Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Que hubiera roto con Manuel no significaba en ningún caso que mis intenciones fueran sustituirlo. Era una idea descabellada y que no entraba en mis planes. Había vivido toda una vida



junto a él, y no era capaz de imaginarme en brazos de otro hombre.

—¡No pienso irme con otro hombre!

Carolina aireó una fresca carcajada mientras se alejaba hacia una mesa que se acababa de vaciar.

—Ya sé que no lo harás ahora. Pero un día, tarde o temprano conocerás a alguien. Y ya sabes, habrá tema—dijo con un gesto obsceno de sus dedos.

—No tiene por qué ser así.

Ella me miró escéptica.

—¿Acaso puedes vivir sin sexo?

Compuse un gesto agrio. Por supuesto que podía. Hacía tres meses que no tenía relaciones con Manuel, y a decir verdad tampoco lo echaba de menos. Agité la cabeza.

—Te he dicho que no quería hablar del tema—puntalicé.

Ella entornó los ojos.

—De acuerdo, pero que sepas que todas las separadas tienen un éxito tremendo.

Me reí de forma irónica, aunque el comentario hizo que me mordiera la curiosidad.

—¿Por qué dices eso?

Carolina soltó un silbido.

—Todas después de dejar a sus maridos acuden a la peluquería, cambian su armario de ropa y salen más de marcha. En resumen rejuvenecen diez años.

—Irónico. Tengo cita en la pelu para el viernes. Y no, no pienso ligar—dije acusándola con el dedo índice.

Un ¡ja! despiadado escapó de sus labios, luego se marchó a la cocina con una sonrisa bobalicona en los labios. En ese momento entraron tres jóvenes uniformados, que imponentes tomaron asiento junto al ventanal. Uno de ellos era rubio de piel muy blanquecina, y los otros dos morenos, uno de los cuales tenía cara de pocos amigos, en cambio el otro el del pelo ondulado era un chico muy majo de facciones angulosas y ojos claros. Quise acercarme a tomar la comanda cuando Carolina salió de la cocina a la velocidad de un rayo.

—Tranquila mujer, puedo atenderles yo—dije todavía acusada por el dolor.

Carolina me freno aferrando mi brazo.

—No es eso—me susurró al oído—¿te acuerdas de que te hablé de un bombero?

Fruncí el ceño. Si tuviera que recordar todos los hombres de los que me hablaba estaría perdida. Aún así me encogí de hombros.

—Es posible.

Carolina no pudo reprimir una sonrisa picara.

—Mira el de la derecha, el que se toca la barbilla. Se llama Andrés y es el tío más guapo que he visto en la vida.

Arqueé las cejas. Por un momento temí que escucharan nuestra conversación. Carolina era todo menos discreta. Tal vez por eso se ajustó la falda un palmo por encima de la rodilla antes de aproximarse a la mesa. Obviamente las

miradas se dirigieron hacia sus piernas, y mi sensación fue de que había acaparado la atención del rubito. Luego regresó, sonriendo triunfal mientras les daba la espalda.

—Dime ¿te has dado cuenta de si Andrés me ha mirado el culo?

Tuve que reírme ante su ingenuidad.

—Si Andrés ahora es rubio, puede que sí.

Carolina entornó los ojos.

—Es el moreno. Y algún día caerá. Te lo aseguro—apostilló con una mirada pretenciosa.

Me reí por la nariz mientras observaba a su presa. Andrés rondaría los veinticinco años, aunque poseía unas espaldas más anchas que un jugador de rugby. No era una mala elección, teniendo en cuenta que ella estaba a punto de cumplir los treinta.

—¿No te parece un poco joven para ti?

Carolina se compuso los mechones rojizos tras las orejas.

—Cariño, a ellos les gustan maduras. Y a nosotras nos gustan...uhmmm, activos, fuertes y calientes. Una combinación perfecta ¿no crees?—dijo ladeando la cabeza reflexiva.

Hice oscilar la cabeza dándola por imposible.

—Anda, prepara los cafés, no sea cosa que tengan que apagar algún fuego.

—Uhhmm...pues esto está que arde...

Durante más de diez minutos Carolina se quedó pegada a la barra contemplando a Andrés detrás de un periódico que paradójicamente estaba del revés. En ese momento Mónica entró por la puerta y lanzó la mochila sobre una silla con la determinación de una adolescente en ciernes. Luego se acodó en la tarima de madera que nos separaba y hundió la cabeza entre sus dos manos.

—¿Y ahora qué ha pasado?

Mónica soltó un bufido e hizo volar un examen sobre la barra donde rezaba un cero más grande que una catedral. Tuve que armarme de valor para no montar un numerito en medio de la cafetería. En ese instante alguien entró y una ráfaga de aire hizo planear la hoja de papel hasta la mesa de enfrente. Quise apresurarme a recogerla cuando el tal Andrés la replegó del suelo y antes de devolvérsela a Mónica soltó un silbido.

—Más vale que le hagas la pelota a tu hermana, chica. Porque como se lo cuente a tu madre va a arder troya, y de esas no nos hacemos responsables.

Mónica puso cara de espanto ante la confusión dedicándome una mirada escéptica.

—Demasiado tarde... ella es mi madre.

Andrés elevó una ceja más alta que la otra.

—Vaya...lo siento. Tienes una mamá muy joven.

—Gracias—dije arrancando la hoja de sus manos—pero eso no quita que me preocupe por sus estudios. Por lo que va a estar castigada un mes entero sin salir.

Andrés formó un mohín con sus labios.

—Yo pensaría seriamente en tomar clases de inglés con un profesor particular.

Me reí con ironía.

—Eso ya lo hemos probado, y ha sido un fracaso.

Andrés carraspeó.

—Tal vez no has dado con la persona indicada.

—¿Ah sí? Pues dime tú dónde encontrarlo, porque esta mocosa me tiene

contenta.

Andrés compuso una mueca.

—Tengo bastante tiempo libre, y el inglés se me da bien. Tal vez...

Carolina me tomó por un brazo y me arrastró hacia la cocina.

—¡Dile que sí! ¡Por Dios es la oportunidad perfecta! Hazlo por mí... —

suplicó juntando las dos manos a la altura de su barbilla.

—Esto es una locura ¿cómo voy a contratarlo sólo porque te has chiflado

de él?

Carolina hacía aspavientos.

—¡Por favor! Pagaré las clases si hace falta, pero hazlo...

Contraje los dedos en un acto de crispación.

—De acuerdo...pero me debes una.

—¡Una no, diez mil!

Me aclaré la garganta mientras regresaba a la barra.

—Un mes. Si en un mes no ha subido la nota pasará su juventud encerrada en su habitación.

Andrés sonrió muy convencido.

—Mañana a la misma hora. Te aseguro que no te arrepentirás.

## Capítulo 6:

Dos calmantes después y la sensación de no haber actuado de forma congruente, regresé a casa con el cansancio a cuestas. No podía creer que hubiera accedido al chantaje emocional de Carolina, y todo para ligarse a un tipo cinco años más joven que ella. Era absurdo. Los ojos me pesaban, y lo único que me apetecía en aquel momento era tirarme en el sofá y evadirme de la realidad. Apenas habían pasado dos días. Cuarenta y ocho interminables horas en las que mi cabeza no paraba de rumiar. No había vuelto a saber nada de Manuel. Y lo peor, tampoco había dado señales ni para ocuparse de su propia hija. Mónica ya estaba dormida, o al menos eso me hizo creer para que nuestra charla no continuara. La arrojé en su cama y casi sin darme cuenta alcancé el libro que estaba tirado casi debajo de la cama. Al fin y al cabo no tenía otros planes, y podía leer un rato en el sofá. No me apetecía ni siquiera prepararme la cena, por lo que recogí las migas del sandwich que se había comido Mónica, y con pereza me serví una taza de café con leche. Calenté en el microondas un saquito de semillas y lavanda y lo coloqué sobre mis cervicales. A ver cómo continuaban los quehaceres de Chloe...

No dejaba de sorprenderme como aquella joven se las ingeniaba para conquistar a su hombre, y lo que es más, cómo una mujer es capaz de utilizar el sexo a su favor. En este caso no era simplemente una táctica, si no que Chloe guardaba unas ansias sobrenaturales por ser un objeto sexual, y eso en cierto modo hizo que me sobreexcitara y que tuviera una imperiosa necesidad por descubrir una sexualidad nueva y diferente. Tuve que cuestionarme varias dudas y plantearme si en verdad tomar un rol respecto al sexo hubiera cambiado mi vida íntima. No había nada de malo en eso, y ya lo había oído en muchas ocasiones de forma abrupta... *Una señora en la casa, y una puta en la cama.* Un sofoco ascendió hasta mis sienes. No estaba acostumbrada a ese tipo de reacciones. De pronto mi corazón latía más rápido, como preso de una euforia poco común. Fue como un despertar de los sentidos. Me paré a escuchar mi cuerpo, y tal vez fue cuando me di cuenta de que estaba viva. Un palpito bajo mi vientre me anunciaba que estaba falta de caricias, de las buenas, no esas que se dan con egoísmo. Entonces hice algo que nunca antes había necesitado. Mi mano resbalo hacia el interior de mis muslos, y con mis dedos deshice los pliegues de mis labios. Estos estaban tremendamente húmedos, ávidos de caricias. Me dejé llevar por mi propio deseo, al tiempo que mi cuerpo respondía a los movimientos circulares y al tiempo agresivos hasta llevarme hasta un éxtasis que me hizo convulsionar dejando ir un jadeo mudo que arrancó las pocas fuerzas que me quedaban. ¡Oh Dios! Había sido...fantástico.

Rendida me sumergí en un sueño profundo, húmedo. Era una habitación a oscuras, de fondo una respiración alterada, impaciente. De pronto, unas manos grandes y firmes me recorrían el vientre, los pechos, con una determinación de quien no sabe hacer otra cosa. Yo me dejaba llevar a tientas, desconociendo por completo la identidad de aquel hombre que tan sólo susurraba en mi oído las ganas que tenía de mí. Entonces percibí su sexo, procurando penetrar hacia mis entrañas, duro e inmenso. Quería verle el rostro, pero mis manos sólo alcanzaban sus mejillas tersas y a la vez ásperas para buscar sus labios y morderlos con un deseo indescriptible. Tomé aire sintiendo el preludio de una oleada de placer cuando alterada por mis propios

jadeos desperté empapada en un sudor que me recorría la espina dorsal.

Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que lo que me había alterado había sido un ruido de llaves. Aún obnubilada, traté de componerme. El corazón me golpeaba el pecho de forma frenética. No sabía qué estaba pasando. Entonces alguien entró por la puerta haciendo que el alma se me cayera a los pies.

—¿Qué haces aquí?—pregunté aturdida y confusa.

—Te echaba de menos.

Volver a ver a Manuel después de todo lo que había pasado hizo que me entraran unas incontenibles ganas de llorar. Quería decirle que así no se hacían las cosas, que necesitaba mi tiempo para pensar, y que no podía ir y volver a su antojo y luego pretender aparentar que no había ocurrido nada. Pero las lágrimas me traicionaron provocándome un llanto irreprimible.

Manuel se sentó a mi lado y hundió la cabeza entre sus piernas. Llevaba el pelo alborotado sobre las sienes, y deduje que no se había vuelto a afeitarse. Tenía los ojos rojos, y por su expresión parecía que había tomado alcohol.

—¿Por qué has vuelto? —conseguí decir.

Manuel lanzó un suspiro a la vez que abría los ojos de par en par.

—No iba a dejarte así como así. Te quiero y lo sabes.

Barrí la humedad de mis mejillas. En otra etapa de mi vida tal vez me habría alegrado de que Manuel regresara a casa, de no tenerme que preocupar de dónde estaría ahogando sus penas. Pero en ese momento lo único que logré apreciar fue una rabia imperiosa que me provocaba un rechazo arisco hacia él.

—Hemos hablado de esto muchas veces. Y por más que digas que me quieres, no acepto tu forma de querer.

Manuel pasó las yemas de sus dedos por su frente. Luego me miró sin aceptar mis palabras.

—¿Qué ocurre, ya no me quieres? —dijo posando su mano sobre mi rodilla.

Fue un acto inconsciente el apartarme de él.

—Una cosa no quita la otra. Pero creo que debemos entender que no podemos seguir así, por nuestro bien y el de Mónica.

—Por eso mismo, debemos hacerlo por ella.

Exhalé una risa irónica.

—Llevas dos días fuera de casa y ahora te preocupa la integridad de nuestra hija.

—Tal vez la que no se preocupa eres tú—intervino con un súbito cambio en su voz—, eres capaz de romper lo nuestro sin tener en cuenta que somos una familia.

Balanceé la cabeza incrédula. Tanta hipocresía hizo que un revuelo de nervios me estrujara el estómago.

—Nunca has sido capaz de ver más allá de tu persona. Y ahora pretendes recuperar a tu familia.

Manuel me observó en silencio, mirando más allá de mis ojos.

—Déjame intentarlo.

—¿Por qué debería?

Manuel pasó las manos por su rostro, y en su mirada restalló un halo de inseguridad.

—¿Hay otro, verdad?

No sabía si llorar o reír. Precisamente debería haber estado pasando los últimos días sustituyendo su presencia yendo de flor en flor, en vez de ordenar mis pensamientos.

—¡Eso es absurdo!

Un silencio espeso flotó entre los dos.

—Entonces dame una razón para no intentarlo.

Apreté los ojos derrotada. Sabía lo que ocurría a continuación, y eso era retroceder en el tiempo para hundirme de nuevo en la mentira. Aún así no tuve otra opción. Esa sería la última oportunidad que le daba a mi matrimonio, aún a sabiendas de que iba a fracasar.

—Sólo con una condición. No regresarás a casa hasta que no me demuestres que has cambiado.

Manuel frunció el ceño. Era obvio que creía que esa noche la pasaríamos juntos, como si nada hubiera ocurrido.

—¿Cuánto tiempo?

Dejé caer mis párpados con pesadumbre.

—El necesario.

## Capítulo 7:

Despertar a la mañana siguiente, fue amanecer como si tuviera una resaca espantosa. Mis pensamientos se mataban por conseguir razonar con claridad. Había tenido la oportunidad de empezar una vida de cero, y todavía no entendía el motivo que me había llevado a tomar una decisión de la que sabía que acabaría arrepintiéndome. Tras tantos años de perdón, mi corazón entendía que un cambio significativo en nuestra relación era una utopía. Sin embargo llegué a pensar que lo que me movía a actuar de aquella forma, era el miedo a salir de la vida que conocía, la que entonces era rancia e insípida.

Un alivio considerable en mis cervicales me permitió hacerme cargo de la casa. Debí de terminar lo suficientemente deprisa que aún me sobró tiempo para preparar un bizcocho de chocolate. Tan sólo tenía un molde del cual salían quince trozos de un tamaño considerable, por lo que decidí cortar un buen pedazo, a pesar que aún era caliente, y salir hacia el hospital a ver a Raquel.

Ella me recibió con una amplia sonrisa sufrida. Aunque quisiera aparentar encontrarse bien, el dolor que le azotaba la cadera se reflejaba en forma de temblor en la comisura de sus labios.

—Mira lo que te traigo—dije alzando una bandeja por encima de su cabeza.

—Uhm...puedo olerlo. Eres la mejor cocinera de este mundo.

Balanceé la cabeza y acto seguido le besé la mejilla.

—¿Cómo se encuentra la paciente más impaciente de este hospital?

Raquel quiso componerse pero un dolor agudo no se lo permitió.

—Para ser sinceras. Estoy hasta los huevos de esta cama. Y tú ¿cómo va todo por ahí?

Me encogí de hombros. Ya bastaba el trance por el que estaba pasando como para contarle mis desgracias. En el fondo entendí que si terminábamos hablando de Manuel saldría de ahí peor de lo que estaba.

—Todo igual, cariño.

—¿Y con Carolina?

Me reí de buena gana.

—¡Espera a que te cuente la última!

—Soy toda oídos...

Me aclaré la garganta antes de continuar. Raquel esperaba expectante el relato, pues cualquier tontería bochornosa le habría arrancado una sonrisa.

—Nuestra Carol sigue en sus trece. Alocada como siempre, pero esta vez, me ha hecho contratar a uno de sus encantos para dar clases de inglés a mi hija ¿puedes creerlo?

Raquel se llevó una mano a la cabeza.

—¿No debe ser el bombero?

—¿Lo conoces? Estuvo el otro día en la cafetería, justo cuando Mónica me trajo un cero en el último examen.

—El tal Andres, como no voy a conocerlo. Carol siempre me hablaba de él. Y no jodas, el tío está más bueno que el pan.



Compuse una mueca extrañada.

—¡Es un jovenzuelo!

Raquel alargó una mueca lasciva en sus labios.

—Nena, no sabes diferenciar. Ese tío tiene unas espaldas...

—Sí...como un jugador de rugby.

—Y un culo que quita el hipo ¿Tú no le harías un favor?

Me reí como una tonta.

—¡Ni se me habría pasado por la cabeza!

—De verdad chica, a veces parece que tienes cincuenta años. Anda que si yo tuviera tu cuerpo y fuera tan guapa como tú no me iba a poner las botas.

—Claro, pero tú estás loca.

Las dos volvimos a reírnos.

—Anda, acerca ese bizcocho de chocolate. A este paso será el único rosco que me coma antes de soltar las muletas.

De camino hacia la cafetería tuve que darle vueltas a las palabras de Raquel ¿de verdad estaría actuando como una mujer de cincuenta años? Era posible que me hubiera convertido en una mujer serena y precavida, pero ya me habían bastando las pocas locuras que cometí en mi adolescencia de las cuales ahora pagaba los platos rotos. Me pregunté si el elixir de la juventud sería justamente eso, hacer locuras, ser más despreocupada en cuanto a mi vida en vez de siempre mantener los pies en las tierra. Era posible. Me detuve frente al escaparate de una tienda de ropa, y contemplé mi rostro. Llevaba una coleta improvisada en lo alto de la nuca, y mi rostro limpio de maquillaje acentuaba unas ojeras que desvelaban mi cansancio. Mis labios seguían siendo gruesos, aunque pálidos y probablemente debería sonreír más. Mi cuerpo apenas había sufrido cambios, o eso parecía bajo las ropas holgadas que solía lucir para ir a trabajar. La maniquí llevaba una falda vaquera a conjunto con una blusa de lunares en tonos azul marino y vainilla, sin mangas. Debió de ser uno de esos impulsos sin pensar, que entré en aquella tienda y me compré las dos piezas con la intención de variar las vestimentas que solía lucir. Y hay que ver lo bien que le sienta a una ir de compras. De pronto el día me parecía más bonito, más alegre. Debería hacerlo más a menudo, porque al fin y al cabo si algo tenía claro es que no pensaba rendir cuentas a nadie de cómo gastaba mi dinero.

La tarde fue bastante ajetreada. Carolina ya se había encargado de acudir al trabajo lo suficientemente maquillada y bien vestida para la ocasión. Llevaba unos shorts muy cortos de color azul marino y una camiseta rosa chicle con un escote pronunciado. Estaba a punto de limpiar una mesa cuando ella impaciente quiso hablar del tema.

—Tengo un plan.

Torcí el gesto con escepticismo. Parecía una chiquilla caprichosa mendigando un caramelo.

—Un plan...—repetí dando leves cabezadas—. ¿Y cuál es si se puede saber?

Carolina sonrió como si hiciera un repaso mental.

—Tú ahora vas a tener mucho contacto con Andrés. Y yo...había pensado que podrías ser mi cómplice.

—¡Ni hablar!

Ella junto las palmas de sus manos en señal de plegaria.

—¡Por favor! Es sólo decirle una pequeña mentira.

Entorné los ojos incrédula.

—¿Y qué clase de mentira? —pregunté curiosa y en mis trece.

Carolina se ruborizó. Era obvio que hasta ella misma sabía que eso era absurdo.

—Pues, verás, tú así como quien no quiere la cosa, le dices que acabo de dejarlo con mi novio y estoy pasando un mal momento.

Me llevé el dedo índice a la cabeza y formé círculos en mi sien.

—Tú lo que necesitas es un loquero. No puedo hacer eso, ni quiero.

—¡Por favor! El plan ya lo remataría yo más adelante. Confía en mí.

Le lancé una mirada furtiva.

—Nena, no soy capaz de mentir ni por necesidad, como para montar tal paripé.

Carolina lanzó un suspiro derrotada.

—De acuerdo, dile lo que tú quieras, como si le quieres decir que me muero por sus huesos.

La miré de forma indulgente. Verla tan desesperada hizo que sintiera un amago de lástima. Lo mínimo que podía hacer era procurar que se quedara más tranquila.

—Lo intentaré.

Un abrazo desmesurado terminó agudizando el dolor de mis cervicales.

Al cabo de dos horas Mónica y Andrés se encontraban en la última mesa, donde nadie les pudiera molestar. Por un momento pensé que Carolina me pondría en apuros, pero al contrario supo mantener la compostura. Le sirvió un café torpemente que casi acabó manchando la camisa que él llevaba, pero fuera de ese incidente todo me pareció normal. Cuando apenas faltaban veinte minutos para que terminara la clase, Carolina se dispuso a marcharse, no sin antes darme indicaciones de cómo actuar. Algo que ya empezaba a repatearme.

—Mañana me lo cuentas todo ¿ok?

Dejé caer los párpados hastiada y la empujé hasta la salida. Fue entonces cuando vi el coche de Manuel aparcando en el borde la acera. Salí de la cafetería cubriéndome los antebrazos. Aunque ya era primavera, las tardes aún eran frescas y el aire que corría hizo que se me erizara el vello de los brazos. Manuel bajó del coche y me dio un beso inesperado en los labios.

—He quedado con Mónica que pasaría a recogerla a las ocho. Vamos a ir al cine.

Compuse una mueca sorprendida.

—¿Tú y Mónica al cine? No sabía nada.

Manuel esbozó una sonrisa orgulloso.

—El próximo día iremos los dos.

Una punzada me aguijoneó el estómago.

—Sí, claro...por supuesto. Bueno espera aquí, ahora le digo que salga.

Mónica no recordaba haber quedado con su padre. Aún así se alistó de la

silla con pereza y se dispuso a recoger el material.

—No te preocupes, ya lo hago yo. Vete, o tu padre se cansará de esperar —dijo Andrés.

Ella obedeció y me dio un beso en la mejilla antes de marcharse. Luego me dispuse a recoger la cafetería mientras Andrés ordenaba papeles dentro de una carpeta azul claro.

—Mónica me ha contado que os habéis separado hace poco.

Le miré con extrañeza. Me sorprendió bastante que Mónica hubiera sido capaz de admitir aquello. Sin embargo lo que ella no sabía era, que íbamos a intentarlo de nuevo. Podría haber aclarado el malentendido, sin embargo pensé que no tenía ninguna necesidad de dar explicaciones.

—Así es.

Andrés se colgó una mochila en el hombro.

—Hemos vuelto a quedar para mañana, si te parece bien. Al otro tengo guardia de tarde.

Tuve que hacer cuentas mentalmente acordándome de Carolina, y no tuve más remedio que aceptar.

—Uhhmm...sí, claro. Si esperas dos minutos termino de recoger esto y te pago lo de hoy.

El dolor en cuello me azotó de nuevo, haciendo que torciera la barbilla y me llevara las manos a la nuca.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, tan sólo son mis cervicales.

Andrés frunció el ceño y formó una O con los labios.

—Venga, te ayudo con las barreras y ya me pagas mañana ¿te parece bien?

Entonces una idea me iluminó. Era el momento perfecto. Andrés dejó la mochila en una silla y en menos de lo que yo hubiera tardado cerró todas barreras que protegían los ventanales.

—Normalmente Carolina suele ayudarme, pero lleva unos días que no se encuentra muy bien ¿sabes?

Andrés se mostró indiferente.

—Tú tampoco estás al cien por cien por lo que veo, y estás trabajando.

Me reí de forma nerviosa.

—Yo quería disculparla. El caso es que ella...

Las palabras se quedaron atascadas en mi garganta. Me sentí ridícula intentando hacer de celestina.

—Es torpe. Ya me he dado cuenta. Me recuerda a una amiga que tuve hace años, y te aseguro que me llegaba a poner de los nervios.

Un rubor ascendió hasta mis mejillas. Ahí no había nada que hacer. Era absurdo continuar con una farsa que no nos conduciría a ninguna parte.

—Bueno, gracias por todo ¿Andrés, verdad?

Él exhibió una amplia sonrisa que dejó al descubierto unos dientes blancos y alineados.

—Puedes llamarme Andy.

## Capítulo 8:

Llegué a casa con una sensación extraña. No podía decirle a Carolina que las expectativas con el bombero no eran las que ella esperaba. Andy... era un nombre muy guapo. Y obviamente él también era lo era. No era de extrañar que un joven como él aspirara a algo más que a una camarera alocada. Me reí a solas pensando en lo que es capaz de hacer una mujer y abrí la puerta con la tranquilidad de saber que no había nadie.

Un silencio manso me recibió. Tras colgar el bolso en el vestíbulo me descalcé y me fui directa al baño a prepararme una espumosa bañera. Mientras el agua corría me desnudé frente al espejo. Contemplé mi cuerpo, y me pregunté si sería igual de deseable que antes. Hacía tanto tiempo que el deseo me había abandonado que apenas podía juzgar mi apariencia. Solté mi media melena castaña sobre mis hombros y mientras me contemplaba jugué con un mechón de mi pelo, no sin mirarme con respeto. Mi piel era clara, sin embargo guardaba las curvas que formaban una S desde el borde de mis pechos hasta la cadera. Llegué a pensar cómo sería ser acariciada por otro hombre, pensé en Chloe y en sus fantasías. Una vocecita me advertía que quería saber más. La otra me aseguraba que estaba delirando.

Me sumergí en la bañera con cautela, el agua estaba muy caliente y una vez dentro, el vello de todo mi cuerpo se erizó ante el contraste de temperatura. Inmersa en aquella calma me entretuve jugando con la espuma que se paseaba por mi cuerpo con el vaivén de mis manos, hasta que éstas se escurrieron casi sin querer hasta el interior de mis muslos. Abrí ligeramente las piernas, como obedeciendo a una orden llegada de mi subconsciente. Imaginarme en manos de un desconocido era una fantasía que cada vez se hacía más grande en mi cabeza. Eran unas manos fuertes, firmes y que se movían con determinación. Mi respiración se convirtió en un jadeo, que bien podía imaginar que arraigaba en mi nuca, como un aliento convertido en fuego. Me estremecí con la respuesta de mi cuerpo. Me dejé llevar por las caricias que atormentaban dulcemente mi sexo, y me sacudí con la respiración entrecortada cuando, una sucesión de oleadas de placer me electrizó el cuerpo arrancando un gemido incontrolable de mis labios. Luego sentí ganas de llorar.

Cubrí mi cuerpo con un albornoz. Quería acallar todas las inquietudes que rondaban por mi mente, pero tan sólo conseguí sentirme culpable por retroceder y darle una oportunidad a Manuel. Apenada me senté en el borde de la bañera y hundí mi rostro entre las manos. Puede que temiera ese momento antes de plantearme la posibilidad; aunque en ese instante no hubiera querido admitirlo, pues quería convencerme de que no era así. Lo nuestro había terminado de verdad; al menos por mi parte. Y cuanto menos quería convencerme de ello, la adversidad que sentía hacia su persona se acrecentaba en mi pecho en forma de asfixia. Quise llorar, pero no pude. Ya no me quedaban fuerzas para luchar una batalla perdida.

Una llave rodó en la cerradura. Me asomé al comedor. Mónica entraba entre risas comentando la película con su padre.

—¡Mamá! Ha sido muy divertida ¿a que sí papá?

Fruncí el ceño ante su actitud infantil. Tal vez era el escudo que había elegido para afrontar esa situación. Le besé la mejilla y recogí la chaqueta que había

dejado en el sofá.

—Me alegro, cariño. Ahora ve a tu habitación. Ah, y recuerda que mañana continúas con las clases.

Manuel se mostraba serio.

—No me habías consultado nada. He tenido que enterarme por la niña. Entorné los ojos.

—Pensé que sería lo mejor. No hay nada de malo en eso.

Manuel apretó los labios mirándome de una forma seria, respetuosa. Luego su mano me alcanzó y me atrajo a su cuerpo.

—Con esto tampoco hay nada de malo ¿verdad?

El corazón me golpeó el pecho. Manuel me susurraba a escasos centímetros de mi boca.

—Hoy no me encuentro bien—dije retrocediendo un paso y esquivando su mirada.

Manuel soltó el aire por la nariz de forma sonora.

—Me apetece mucho estar contigo, Patricia.

Me cubrí los brazos formando una cruz sobre mi pecho.

—Llevo unos días terribles, Manuel. Necesito descansar.

Manuel estudiaba mi rostro.

—¿Quiere decir eso que no quieres que me quede contigo?

Exhalé un suspiro apurada intentando colocar mi mirada en algún hueco de las paredes..

—Ya hablamos de eso. Quiero que Mónica no sepa nada de momento.

Manuel me miraba incrédulo.

—¿Hasta cuando?

Apreté los labios temerosa. Hubiera querido decirle que lo nuestro había terminado de forma definitiva. Que continuara con su camino y me brindara tan sólo su amistad, pero el destello amedrentado de sus ojos hizo que se me encogiera el estómago. No podía hacerlo en ese momento, me faltaba coraje y corazón.

—Otro día, Manuel. Buenas noches.

## Capítulo 9:

Enfadada conmigo misma me contraje hecha un ovillo en el sofá. No podía continuar con esa situación, intentando engañarme a mí misma. Por muchas vueltas que diera mi cabeza, y por tanto que intentara postergar mis encuentros con Manuel, tenía que haber entendido ya por aquel entonces, que si no me apetecía pasar una noche con él, tampoco lo desearía el resto de mi vida. Quise ordenar todas las inquietudes que me atormentaban, y lo único que conseguía era enfermar mentalmente.

Encima de la mesita se encontraba “La tentación de Chloe” y por poco tuve el instinto de cogerlo y tirarlo por la ventana. No entendía cómo aquel endiablado libro había conseguido despertar una imperiosa sexualidad que pujaba por ser descubierta, cuando al contrario no me apetecía en absoluto acostarme con Manuel. Era contradictorio. Luego un mal sentimiento me aguijoneó el estómago ¿estaría Mónica con las hormonas tan revolucionadas como las mías, que a raíz de ese libro buscara al fin perder su virginidad? Eso me atormentaba. Su curiosidad respecto al sexo iba *in crescendo*, y mis preocupaciones hacia ella también. Mónica siempre había sido una niña madura y responsable, pero por más que quisiera no podía hurgar en sus pensamientos y saber qué le rondaba a esa chiquilla soñadora.

El viernes llegó como agua de Mayo. Corría una brisa que a ráfagas despeinaba las copas de los árboles que se levantaban alrededor del parque. Tras la ventana contemplaba la calle con la frente pegada al cristal frío y medio empañado. En mis manos sujetaba una taza de café, mientras iba dando pequeños sorbos como si ésta fuera alimentándome de coraje. El silencio en casa era manso y tranquilizador. Eran ya la una del mediodía, y no tener que preocuparme por tener la comida en la mesa, ni de que alguien abriera la cerradura entre lamentos tras una mañana de tedioso trabajo hizo que un pequeño nudo se destensara en mi pecho. Aquella soledad imprevista, y la que tanto temí en su momento se estaba convirtiendo en una parte esencial en mi vida. De pronto me encontré identificando mis emociones. Tantas veces me había imaginado cómo sería mi vida sin Manuel, que en ninguna de ellas creí reconfortarme refugiada en mis propios pensamientos. Uno de ellos me cruzó la mente de forma fugaz. Quise esquivar la idea, pues muy en el fondo me sentía reacia a aceptar esa nueva situación por miedo a desprenderme de mi pasado. Podía mentirme a mí misma, podía creer que tan sólo fuera algo transitorio, pero algo me dijo que estaba en el camino correcto. La respuesta a mis cuestiones interiores era que no echaba de menos despertar al lado del hombre con el que había convivido tantos años. Y eso me dolió, porque entendí que si no lo echaba de menos en aquel instante, tampoco lo haría en un futuro próximo. Una lágrima resbaló por mi mejilla.

Mónica regresó del instituto con evidente cansancio. Se sentó a la mesa y apenas comió medio plato de macarrones.

—¿Recuerdas que hoy tenemos cita con Eva?

Ella soltó el tenedor con el último bocado aún en la boca. Luego balanceó la cabeza arriba y abajo. Evidentemente no lo recordaba.

—Tampoco creo que sea tan necesario—dijo alcanzando un mechón rizado y observando las puntas.

Lancé un suspiro contemplándola apoyada sobre una mano.

—Un corte algo despuntado te iría bien. Además será una manera de hacer algo juntas.

Mónica compuso un gesto agrio.

—¿Despuntado mamá?

Tuve que omitir en tono tosco de ella. Mientras más trataba de acercaba a ella como madre, más obstáculos ponía ella de por medio.

Una hora más tarde me encontraba en manos de Eva. Tras estudiar mi rostro y la largueza de mi pelo, compuso un mohín con los ojos entrecerrados y me sonrió a través del espejo.

—Tienes el pelo muy oscuro. Voy a hacerte unas mechas y—dijo sujetando un mechón de mi pelo al aire—todo esto lo vamos a cortar.

Tragué saliva temerosa ante el cambio.

—Tú mandas, pero hazlo con conocimiento de causa. Ya sé lo que te gusta cortar...

Eva se ríe con un destello en sus ojos de peluquera creativa, luego se dirigió a Mónica que arrellanada en un butacón sujetaba su teléfono móvil a la altura de la barbilla.

—¿Qué te parece Mónica? Voy a hacer rejuvenecer a tu madre diez años.

Ella levantó una ceja más alta que la otra y agitó la cabeza como si fuera un imposible.

—Nosotras ya somos viejas—dije con sorna.

—Basta ver tu armario mamá—intervino irónicamente mi hija.

Viré la cabeza ante la acritud de ella.

—Pues que sepas que ayer me compré una mini falda y un top precioso.

Mónica se rió.

—No me lo creo.

Entonces recordé que había dejado la bolsa en la cafetería.

—Sí, y me has hecho recordar que la dejé en el trabajo. Recuérdame más tarde por favor.

—Ya te acordarás ¿no?

Sostuve su mirada unos segundos a través del espejo. Batallar con una chiquilla de dieciséis años se estaba convirtiendo en algo molesto y aterrador como madre. Y lo que pensaba se convertiría en una tarde divertida entre madre e hija no fue más que una excusa para estar con ella, pues era obvio que mi presencia y cualquier idea que pudiera surgir de mi boca no sería aceptada por ella. Eva quiso quitar hierro al asunto contando una sarta de chistes verdes, mira por dónde las gracias de Eva sí le sacaron una sonrisa. Luego en un afán por reacondicionarme quiso aplicarme un nuevo maquillaje ante la insistencia por mi parte de que no era necesario, pues después tenía que irme a trabajar. Cuando abrí los ojos tuve parpadear dos veces. Mis ojos parecían más grandes, más brillantes y expresivos. Sobre mi frente, un flequillo recto a ras de las cejas y a los lados de mis mejillas despuntaban mechones de pelo con sutiles reflejos más rubios me daban un aspecto mucho más juvenil. Por un momento Mónica sonrió, y con eso ya me di por satisfecha. Ella en cambio sólo quiso cortarse un poco las puntas reacia a desprenderse de su voluminosa



melena rizada.

Me hubiera gustado tomarme la tarde libre, sin embargo a las cinco estaba de regreso a la cafetería. Antes de entrar me asomé al interior a través del ventanal. Carolina ojeaba una revista recostada sobre la tarima de madera y al acto tuve que pensar en qué decirle a cerca de Andrés. Sujeté la fría manilla de la puerta postergando la conversación cuando ella se adelantó a recibirme.

—¡Guau! ¿pero qué te has hecho en el pelo? Estás divina...

Giré sobre mí misma orgullosa y me adentré ante la atónita mirada de ella.

—Me hacía falta un cambio.

Carolina compuso una mueca y me dedicó una mirada pretenciosa.

—Te lo dije, las separadas siempre se cuidan más. Ahora vas a ligar como una condenada.

Me reí por la nariz nada más lejos de mis intenciones.

—Un catarro es lo que voy a ligar. Mira el tiempo como está cambiando.

—¡Bah, tonterías! Y eso...¿no tienes nada que contarme? —sugirió alargando una sonrisa.

Carraspeé apurada y corrí a dejar mi bolso en el almacén de bebidas. Ella corrió tras de mí como una adolescente curiosa. Me hubiera gustado decirle de forma rotunda que se olvidara de Andrés, que él no se fijaría en una chica como ella y que ya tendría tiempo de conocer a semejantes portentos parecidos a él. Pero el brillo de su mirada inquieta esperando mi respuesta hizo que un nudo se tensara en mi pecho. No podía ser tan cruel.

—Andy tiene novia. Lo siento.

Carolina arrugó la nariz.

—¿Andy? Veo que sabes más que yo—dijo molesta—y lo de que tiene novia, nunca ha supuesto un problema—apostilló con cierto recelo.

Entorné los ojos hastiada.

—Nena, olvídalo, no tiene sentido.

Ella me atravesó con una mirada ambiciosa.

—Ni hablar.

La lluvia comenzó a golpear los cristales. Era una tormenta de primavera. La gente comenzó a correr cubriendo sus cabezas y pronto la cafetería se llenó de gente en busca de refugio. Cafés, napolitanas de chocolate, copas de licor y demás se fueron sucediendo durante la hora en la que la lluvia no arreciaba. El suelo medio encharcado por las pisadas de los clientes se hacía resbaladizo y recordando la mala pata de Raquel procuré no resbalar. Carolina se movía con aparente nerviosismo, sabía que de un momento a otro aparecería Andy por la puerta.

—¡Cuidado que voy!—alarmé equilibrando una bandeja repleta de cafés con leche.

Carolina se dio la vuelta con suficiente torpeza, y al acto se estampó contra ella haciendo que todo el contenido oscilara en mis manos y ante un grito de espanto y un estruendo contra el suelo, toda la bandeja resbaló sobre mi camisa escurriéndose por toda la ropa que me cubría.

—¡Joder!

Carolina se llevó las manos a la boca.

—¡Lo siento! Deja que te ayude.

—¡Más lo siento yo! —dije con acentuada irritación.

Ella corrió a por un paño para limpiar el desastre de mi ropa, pero de nada servía cuando estaba empapada de arriba abajo. Acudí al lavabo y me miré en el espejo. Una mancha gigante me cubría y había un contraste desastroso entre mi cabeza y rostro salido de la peluquería y mis ropas encharcadas. Entonces una idea me iluminó. No hizo falta que nadie me lo recordara. En una bolsa tenía mi minifalda nueva y el top que me compré. Me sonreí incrédula a mí misma. Vaya planta haría sirviendo a los clientes y exhibiendo mis piernas como nunca lo había hecho. Me di una ducha en el lavabo de personal tercermundista que teníamos en el trabajo y me calé el trapito que me hizo sentir un amago de timidez al ver la imagen que me devolvía el espejo.

Un silbido hizo que me ruborizara de golpe.

—¡Madre mía! Tú tenías planeado lo de la bandeja ¿verdad?—dijo Carolina en un amago por disculparse.

Entorné los ojos, no me sentía especialmente cómoda con aquellas vestimentas. Tampoco tenía otro delantal para ponerme encima.

—No me lo recuerdes...

Un cliente recostado en su silla posó su mirada en mí, noté como sus pupilas resbalaban desde mi escote hasta los tobillos con una mueca lasciva en los labios. Omití su descaro y me dispuse a recoger el desastre que se había formado sobre la barra. La cafetería ya casi se había vaciado y quedaban muchos vasos y platos por limpiar. Al darme la vuelta me topé de frente con aquel hombre de considerable estatura y rostro sufrido por el alcohol.

—Tienes unas piernas preciosas, bonita ¿tienes planes?

Le devolví una mirada agria, casi ofendida por el comentario.

—Aquí se sirven cafés y copas. Si no le importa su cuenta sube a veinticuatro euros.

El hombre esbozó una mueca obscena.

—Me gustan las mujeres con carácter ¿a qué hora paso a por ti?—dijo con una voz ronca.

Observé su frente despejada, su piel porosa y por la cual brotaban perlas de sudor. Por su boca asomaban unos dientes amarillentos y desalineados, y en su mirada destellaba un brillo pretencioso y sucio. Me aclaré la voz indignada.

—Voy a pasar por alto la mala educación con la que se ha dirigido a mí. La próxima vez que usted—dije remarcando esto último—venga a esta cafetería en busca de algo más que un café, llamaré a mi superior y haré que lo echen de aquí ¿entendido?

Una risa áspera siseo entre sus dientes.

—Buen intento princesa ¿por qué no le dices a tu superior que venga ahora y me la chupe un rato?

Un sentimiento de impotencia me atravesó el estómago.

—Váyase ahora mismo.

Impasible aquel hombre volvió a reírse acodado en la barra. Una voz a

sus espaldas le habló cerca del oído.

—Ya ha oído a la señorita. Váyase o tendrá problemas.

Con una ristra de sandeces saliendo de su boca aquel hombre abandonó el local. Lancé un suspiro y acto seguido me entro una risa nerviosa.

—Muchas gracias, Andy.

—Apuesto a que tienes que aguantar esto todos los días.

Me encogí de hombros y negué con la cabeza.

—Hoy todo ha venido cruzado.

Andy alargó una sonrisa mientras noté cómo estudiaba mi rostro.

—Te noto diferente—dijo frunciendo el ceño.

Sentí como el rubor ascendía hasta mis mejillas.

—Sí, necesitaba un cambio. Por cierto Mónica estará al llegar, puedes emplear aquella mesa del fondo.

—De acuerdo, tomaré una cola aquí mientras espero.

Como salida de la nada, Carolina destapó un refresco y lo plantó delante de Andy tratando de iniciar una conversación. Desde mi perspectiva los observaba. Ella inclinada sobre la madera en actitud informal, con lascivia en sus ojos. Él en cambio se mantenía distante, ojeando el periódico como si su intención fuera esquivarla. Me hubiera gustado tomarla por un brazo, llevarla a la cocina y decirle que dejara de hacer el ridículo, intentando conquistar a ese chico que a todas luces no le interesaba. Que se buscara a alguien de su edad y bajara el listón. Pero sobraba decir que cualquier cosa que hiciera o dijera a ella le entraba por una oreja y le salía por otra. Me reí ante la escena y negué con la cabeza abochornada cuando me topé con la mirada de Andy que, con una mueca divertida me dio a entender que se encontraba en apuros. Apreté los dientes y le devolví una sonrisa compasiva. Pronto llegó Mónica y los dos tomaron asiento en la mesa. Al contrario que con su última profesora, ella parecía prestar atención, y Andy se mostraba paciente cuando ella no entendía algo. La pronunciación no era su punto fuerte, por lo que a ratos se reían haciendo de la clase algo divertido. Debí de haber avanzado mis tareas cuando Carolina se acercó a mi lado, me encontraba leyendo los horóscopos de una revista y ella se apegó a mí curiosa.

—¿A qué es muy guapo?

Elevé los ojos por encima de la revista, luego le dirigí una mirada divertida.

—Sí, admito que es muy guapo. Pero hay miles de hombres que lo son. No entiendo por qué ahora sólo tienes ojos para él.

Ella seguía embobada mirándole.

—Es cuestión de tiempo, hazme caso.

Creí que intentar convencerla sería como hacer rayas en el agua. Por lo que la dejé ensimismada en sus pensamientos. Ya se daría cuenta por ella misma de que Andy no tenía la menor intención de tener una aventura con ella. Luego recogió sus cosas con pesadumbre, tenía cita con el dentista, de lo contrario hubiera esperado a que Andy terminara para seguir con la absurda conversación. Aún así tuvo que despedirse de él y por un momento creí que le daría su número de teléfono, pero no fue así.

Manuel entró por la puerta cuando Mónica empezaba a recoger sus cosas.  
—¡Papá! Qué bien que hayas venido ¿podrás acompañarme a casa de

Lucía?

—¿Tiene que ser ahora?—dijo con él con evidente pesadumbre.

Mónica ojeó su reloj.

—Por favor...

Manuel me miró en silencio y no tuvo otra opción que ceder. Luego se acercó a mí.

—Me apetecía verte y hablar contigo ¿te parece bien si nos vemos más tarde?

Contuve la respiración.

—Mejor mañana.

Noté como su rostro sufría una notable transición. De pronto paseó su vista por mi ropa y tragó saliva.

—¿Acaso tienes planes, que vas así vestida?

Solté el aire sonoramente por la nariz.

—No Manuel, no es así. Si no te importa tu hija te está esperando.

Sin mediar palabra Manuel salió de la cafetería dejando que la puerta se cerrara dando un portazo. Apoyada en el marco de la puerta que daba a la cocina hice rebotar mi cabeza ahogando un lamento. No había caído en la cuenta de que no estaba sola.

—Una situación difícil. Si necesitas hablar puedes contar conmigo.

Me mordí el labio y balanceé la cabeza con la mirada perdida.

—Gracias, Andy. A veces pienso que me va estallar la cabeza.

Andy sonrió ante la mueca de hastío que formé en mis labios.

—Necesitas despejarte.

—Lo sé...

Un relámpago iluminó la calle, acto seguido un estruendoso trueno restalló haciendo que me encogiera de golpe.

—Venga, te ayudo a cerrar las verjas antes de que vuelva la lluvia.

—¿He de volver a darte las gracias?

Los dos nos reímos, y en menos de cinco minutos todo estaba a punto para cerrar. Cogí mi bolso y hurgué en él en busca de mis llaves. Ahogué un lamento al no encontrar la llave del coche.

—¡Mierda!

—¿Qué ocurre?

—He perdido la llave del coche.

Andy compuso una mueca de apuro, abrió mucho los ojos y se encogió de hombros.

—No me queda otro remedio que llevarte a casa—dijo señalando la puerta—. No puedes irte andando con este tiempo.

Un sentimiento extraño se arremolinó en la boca de mi estómago. Si Carolina se hubiera enterado de esto rabiaría de celos, aún así no me quedó otra alternativa. Al otro lado de la calle se encontraba aparcado un Audi A4 negro que de pronto me impresionó. Andy me prestó su cazadora de cuero para cubrirme la cabeza

y con un movimiento rápido abrió la portezuela para que corriera hacia su interior. El agua salpicaba los cristales con suficiente agresividad. Aún con el coche parado me quedé aturdida contemplando como el agua resbalaba por la luna delantera.

—¿Te gusta la lluvia?

Sacudí la cabeza como si despertara de una ensoñación.

—Oh, sí. Sobretudo cuando estás a cubierto.

Andy esbozó una sonrisa y por un momento me pareció que su mirada se desviaba hacia mis rodillas. Carraspeé tratando de no confundirme.

—Vivo a diez manzanas de aquí. Te iré indicando.

El motor arrancó y en el breve trayecto mantuvimos una charla amena acerca de bares, oposiciones y clases de inglés. El camino se hizo relativamente corto, y hablar con Andy era como hacerlo con alguien a quien conocías desde hacía mucho tiempo.

—¡Ups! Nos hemos pasado—exclamé virando la cabeza—, mi casa está justo ahí detrás, pero puedes dejarme aquí—dije recogiendo mi bolso.

Andy balanceó la cabeza y señaló el cristal.

—Bajaré contigo y te acompaño hasta la puerta, no vayas a empaparte—dijo accionando el freno de mano con determinación.

No tuve otro remedio que aceptar, de lo contrario de nada hubiera servido ir ese día a la peluquería. Mientras buscaba las llaves de la puerta Andy sujetaba en alto su cazadora sin importarle que él se estuviera mojando bajo la lluvia. Las gotas de agua resbalaban por su frente mientras esperaba paciente. Al fin di con ellas y me apresuré a abrir la cerradura y entrar al portal. Sacudí mis pies sobre la alfombra y dejé que Andy se cobijara para calarse la cazadora. Tenía el pelo mojado sobre las sienes y la camiseta salpicada por la lluvia.

—Me has salvado la vida—dije por no volver a decir *gracias*.

Andy sonrió de una forma trascendental y cuando quise apartar el pelo de mi cara su mano me sorprendió alcanzándome por la nuca y su boca cayó imperiosa sobre la mía. Un beso profundo me dejó sin aliento, su labios gruesos y suaves pellizcaban los míos a la vez que su lengua húmeda y cálida exploraba mi boca alentada por mi desconcierto. Su cuerpo pegado al mío hizo que percibiera el relieve de torso, y que de pronto sintiera que me faltaba el aire. En un momento de lucidez empujé su pecho esquivando su mirada.

Se hizo un silencio espeso.

—Vete, Andy. Esto no debería haber ocurrido.

Andy quiso regresar a mis labios cuando me aparté de su cuerpo. El corazón me galopaba en el pecho como un potro salvaje, y el desconcierto se apoderó de mí.

—Lo siento, Patricia. Hasta mañana.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando la puerta se cerró. No podía creer lo que había ocurrido. Había probado los labios de otro hombre, de un chico casi diez años más joven que yo ¡era una locura! Me golpeé la frente aturdida por semejante situación. Su mirada se repetía una y otra vez en mi cabeza, y aún podía sentir el cosquilleo en mis labios. Era absurdo, como si fuera irreal. El corazón se agitaba en mi pecho y sentí un ligera ingravidez en mi cabeza. Luego me reí, apenada,

sin poder identificar cómo me sentía. Un sentimiento extraño me había sacudido el cuerpo. Y lo más terrible de todo era que, había sido el beso más apasionado que me habían dado jamás.

## Capítulo 10:

Un silencio ensordecedor se apoderó de mí. Con las rodillas amarradas entre mis brazos hundí la cabeza escondiéndome de la nada. Entre apenada e incrédula trataba de analizar lo que había ocurrido. No quería darle importancia a un beso del cual me había apartado a tiempo, aunque a la vez una sonrisa rebelde amanecía en mis labios al recordar la dulzura de sus labios. Oh Dios, era una locura. Las emociones se arremolinaban en mi interior, me pregunté de qué forma volvería a mirar a Andy a los ojos. Esos ojos que hablaban sin palabras. Un calor ascendió hasta mis sienes y un amasijo de sensaciones se agolpó en mis entrañas. Agité la cabeza ante tan absurdos pensamientos. Había notado la dureza de su sexo contra la tela de mi falda, y eso hizo que una excitación poco común despertara en mi interior. No podía ser cierto, cómo podía estar fantaseando con el cuerpo de Andy y la fiereza de su mirada. Lancé un suspiro al aire y rogué por todos los medios ahuyentarlo de mi cabeza, de lo contrario podía encontrarme con serios problemas.

Mónica regresó cuando estaba a punto de quedarme dormida. Eran apenas las nueve y media de la noche, sin embargo tenía la sensación de que el tiempo se hubiera detenido.

—¡Hola mamá!

Su tono alegre y jovial me sorprendió.

—Hola cariño, ¿qué tal con Lucía?

Mónica se dejó caer en el sofá.

—Uhmhm bien, muy bien. Cotilleando ya sabes. Y tú, parece que hubieras visto un fantasma.

Me compuse contra el respaldo.

—Bien, también, ¿y cómo anda Lucía de novios?—dije para distraer su atención.

Mónica se encogió de hombros.

—Mamá...

—¡Puedes confiar en mí, ya lo sabes!

Ella sonrió divertida.

—Ha conocido a un chico muy guapo y parece que la cosa va en serio.

—Me parece muy bien, pero entonces ¿por qué intuyo que estás triste?

Mónica cambió su postura y alcanzó un gran almohadón donde aferrarse.

—Ya pronto todas tendrán novio, menos yo.

Exhalé una sonrisa.

—¿Y eso te preocupa?

—Me alegro por ellas, pero ya sabes...

—Cariño, cuando conozcas al chico ideal verás que la espera habrá valido la pena.

Ella entornó los ojos como si ese día no fuera a llegar nunca.

—Eso lo dices porque eres mi madre.

—¿Acaso hay algún chico rondando por ahí?

El rostro de Mónica cambió de color y una sonrisa rebelde asomó por sus labios.



—Es posible—confesó con timidez.

—Uhm... esto se pone interesante. ¿Va a tu misma clase?

Ella agitó la cabeza.

—Va a otro curso pero creo que le caigo bien.

—¿Es mayor que tú? —dije frunciendo el ceño.

Mónica ahoga un murmullo.

—Sólo un año, mamá. Me voy a dormir.

—¡No puedes dejarme así!

—Sí puedo—alegó divertida mientras alejaba.

Admitir que mi hija se estaba haciendo mayor hacía que un nudo se tensara en mi pecho. A la vez tuve que aceptar que tomara la decisión que tomara, la repercusión la sufriría yo misma. Al fin y al cabo Mónica seguiría con su vida y sus cosas, con o sin padres separados.

El fin de semana se presentaba largo y sin muchos quehaceres. Una llamada a primera hora de la mañana hizo que sintiera un alivio con tanta tensión acumulada. Raquel había recibido el alta, y tenía la excusa perfecta para ayudarla en casa y así acallar los remordimientos que sentía por su caída. Al principio se negó en rotundo, independiente como ella misma. Y tras batallar contra su testarudez me presenté en su casa con una bolsa cargada de chocolates, palomitas, nueces y demás alimentos insanos para la figura. Raquel me recibió arrellanada en su sofá, con una mueca de hastío y una ceja más alta que la otra.

—No me digas que voy a tener que soportar que me mimes, me malcríes y todas esas cosas adictivas que hacen que te vuelvas una petarda sin escrúpulos—dijo haciendo aspavientos con las manos.

Me reí entornando los ojos y me senté a los pies de la butaca.

—Oye, no me repliques y come. A este paso vas a quedar tan delgada que no voy a querer ir contigo a la playa.

Raquel aireó una risotada irónica. Luego frunció el ceño y me observó alargando una sonrisa inquisitiva.

—¿Qué coño te has hecho en el pelo?

Pase las yemas de mis dedos por las puntas y me encogí de hombros.

—Ya ves, necesitaba un cambio.

—¡Buah! Estás asquerosamente guapa.

Detuve mi mano antes de golpearle el muslo, y un escalofrío me recordó lo que le hubiera dolido. Luego me quedé en silencio juntando las palmas de mis manos. Raquel se quedó un rato observándome y acto seguido me dio unos toques en el costado de la cintura con la punta de su pie.

—¡Tierra llamando a Marte! ¿no vas a contarme ni un cotilleo nuevo?

Me acomodé sobre la pierna derecha, y apoyé mi mejilla sobre la palma de mi mano sobre el mismo costado. Luego solté un bufido con la mirada perdida. Quería contarle lo sucedido y de esta forma quitarme un peso de encima. Sin embargo si lo hacía, tenía la impresión de que magnificaría el significado de aquel beso absurdo que se repetía incesante en mi cabeza.

—Nada nuevo. La misma mierda de cada día, la misma gente insoportable exigiendo prisas y Carolina con su impertinente irritabilidad que empieza

a sacarme de los nervios.

Raquel se ríó silenciosa.

—Te había preguntado por algo nuevo.

Sorbí aire entre los dientes y arqueé las cejas con la sensación de que alguien invisible tiraba de mi lengua. Luego me reí de forma nerviosa.

—¿Te he dicho que Carolina me tiró una bandeja repleta de bebidas encima del delantal?

—¡¿No?! —exclamó llevándose las manos a la boca.

Balanceé la cabeza arriba y abajo con suma lentitud.

—Sí. Está histérica tratando de conquistar a Andy—dije entornando los ojos.

Los ojos de Raquel se abrieron desmesuradamente, luego pasó las yemas de sus dedos por los voluminosos rizos rubios que le caían sobre la frente.

—¿Andy? Uhhhh...suena como si le conocieras de toda vida. Y visto así, puedo imaginarme a Carolina gritando como una loca: ¡Oh, sí! ¡Andy, ahí, ahí!

Una carcajada escapó de sus labios. A mí no me hizo tanta gracia como a ella el comentario. Un amasijo de nervios se había arremolinado en la boca de mi estómago, y el color de mis mejillas me había abandonado. Tras un breve silencio me aclaré la garganta.

—Dime dónde tienes el café y preparo dos tazas—dije improvisando y alistándome de mi asiento.

Raquel me observó a través de sus pestañas con los ojos entrecerrados. Luego elevó el dedo índice en alto y me apuntó de forma acusadora.

—Tú tienes algo que contarme—dijo deletreando cada palabra.

Negué con la cabeza de forma rotunda.

—No es cierto—dije con una mueca rebelde que asomaba por mis comisuras.

—Siéntate, el café puede esperar.

## Capítulo 11:

Una llamada inesperada me salvó del aprieto. Le hice un gesto a Raquel indicando que hablaríamos después. Respondí al teléfono con pesadumbre, no me apetecía mucho hablar con Manuel. Me ausenté hacia a la terraza donde corría una brisa tibia y húmeda. Luego me encorvé apoyada sobre la barandilla de metal. Estaba mojada y fría.

—Hola—dije escueta.

—Buenos días, nena ¿cómo estás? —dijo con una euforia anormal.

Tardé considerablemente en responder.

—Bien—dije cubriendo el otro oído con una mano evitando el ruido de la calle.

Sentí su respiración espesa a través de la línea.

—Dijiste que nos veríamos hoy ¿lo recuerdas, verdad?

Guiñé un ojo y me sujeté la frente con la mano derecha. Otra vez el corazón comenzaba a golpearme el pecho de forma imperiosa.

—Lo sé, lo sé...—respondí lamentándome en mi interior.

—¿A qué hora paso a por ti?

Tardé considerablemente en responder. Algo en mi interior se agitaba, me advertía de que debía acabar con aquello y deshacerme de esa situación que me incomodaba notablemente. Sentí que poseería el coraje necesario en cuanto lo tuviera frente a mí y que, si en algún momento de su vida me había querido de verdad, entendería que lo nuestro había llegado a su fin. Tomé aire de forma sonora.

—A las nueve, Manuel. Tengo que hablar contigo.

Regresé al comedor cerrando las puertas tras de mí para que no entrara la brisa. El piso de Raquel era un lugar muy acogedor, con paredes pintadas con colores cálidos y cortinas tupidas que impedían el reflejo de las farolas en la noche. La ausencia de fotografías delataban la soledad en su vida. No tenía pareja, ni hijos, sin embargo ella era feliz dentro de su mundo singular. Raquel seguía en el mismo lugar, tecleando en su teléfono móvil. Entonces asomó sus ojos por encima del mismo y lo dejó a un lado en el sofá.

—¿Quién era?

Lancé un suspiro.

—Manuel no acepta esta situación—dije con la vista perdida en un punto inconcreto.

Raquel colocó su mano sobre la mía. Percibí el calor de su piel reconfortándome.

—Sólo tú puedes vivir tu vida.

Le di la razón asintiendo con la cabeza, luego murmuré muy bajo como si quisiera hablar sólo para mí.

—Todo es tan difícil...

Raquel me miraba reflexiva.

—Antes has sonreído de otra forma ¿qué tienes que contarme?

Sus dedos tamborileaban sobre el dorso de mi mano. Entonces la miré a los ojos con fijeza. Mis pupilas se movían inquietas y titubeé antes de responder.

—Ayer Andy me besó en el rellano de la escalera.

Raquel formó una O con sus labios a la vez que un grito mudo retrocedía hasta su garganta.

—No me lo puedo creer...

Apreté los labios y entorné los ojos.

—Créeme, yo tampoco.

Su mano me apretó la muñeca a la vez que sonreía pretenciosa.

—¿Besa bien?

—¡Ése es el problema!

Raquel se reía curiosa.

—No hay nada de malo, eres una mujer libre que puede hacer con su cuerpo lo que le plazca. Y quien no lo entienda, peor para él.

—No lo entiendes. Andy es nueve años menor que yo. He criticado a Carolina por ese mismo motivo, y ahora me siento francamente mal en esta situación.

—El destino es muy caprichoso, si tú le gustas a ese tal Andy nadie puede impedir que ocurra algo entre los dos.

La miré con un gesto agrio.

—¡No va a ocurrir nada más! Fue sólo un beso tonto.

—¿Entonces por qué te preocupa tanto?

—No lo sé, tal vez porque no puedo quitármelo de la cabeza—confesé con las lágrimas en el borde de mis pestañas.

Ella frunció el ceño al percibir mi preocupación.

—Hagas lo que hagas, sabes que puedes contar conmigo.

Apreté los labios temerosa, luego agité la cabeza.

—No será necesario. Ya he tomado una decisión.

## Capítulo 12:

Manuel acudió puntual a nuestra cita. Pude ver a través del cristal como esperaba dentro del coche con los dedos tamborileando sobre el volante. Asumí la responsabilidad que me pertenecía y tras ponerme una chaqueta de punto bajé las escaleras con parsimonia, y tras exhalar un suspiro abrí la portezuela.

—Hola, nena. Se me hace raro esto de pasar a por ti.

—A mí también, Manuel.

Me calé el cinturón mirando al frente incómoda por su mirada.

—¿Dónde te apetece ir?—dijo con la mano apoyada en el cambio de marchas.

Me encogí de hombros.

—A cualquier parte donde podamos hablar con tranquilidad.

Manuel no respondió. Tan sólo apretó los labios molesto ante mi indiferencia. Durante el trayecto hablamos de Mónica, de sus estudios y de su rebelde afán por competir con sus amigas a la hora de encontrar un chico. Omití su curiosidad respecto al sexo, de lo contrario Manuel querría ejercer un papel superior sobre ella que Mónica no comprendería.

Al cabo de unos minutos el coche torció en una esquina, la gravilla crepitó bajo los neumáticos y sentí una tensión fría que me invadía el cuerpo.

—Ya hemos llegado. Hay un restaurante nuevo y económico al final de la calle.

—¿Por qué no aparcas más adelante?

Manuel soltó el aire por la nariz.

—Pensé que nos iría bien llegar dando un paseo. No hay nada de malo.

Tragué saliva.

—Claro.

Manuel me miró de forma profunda. Llevaba el pelo muy corto disimulando así las entradas que despejaban su frente. Por sus mejillas asomaba una barba incipiente, y tenía lagunas bajo los ojos que evidenciaban los pliegues de sus párpados.

—¿No vas a darme un beso?

Sentí como si una mano invisible me golpeará el estómago. Deposité mi mirada en sus labios y estos se movían trémulos. No estaba preparada para decirle todo lo que no sentía en aquel momento, tampoco para interrumpir su mirada impaciente y negarme a su presencia. Pensé en un momento de delirio que continuar con esa farsa, haría que regresara a la realidad, y espantaría los pájaros que rondaban por mi cabeza. Por eso pegué mis labios a los suyos.

Fue un beso fugaz, áspero y frío.

Acto seguido sugerí que saliéramos del coche. Era la única forma de abandonar aquel silencio rancio que se había instalado entre los dos. Caminamos en silencio hasta llegar al restaurante, donde nos recibió una joven camarera que nos indicó una mesa pegada a la pared contigua a un ventanal. No tenía hambre, el estómago se me había encogido, aún así tras ojear distraída la carta me decidí por un plato de pescado al horno con verduras y arroz. Manuel pidió carne a la brasa y una

botella de vino tinto. En el salón había varias mesas ocupadas, entre ellas un grupo de amigos que celebraban un aniversario, dos parejas que compartían mesa, y una más que parecían cenar de sus miradas. Todos parecían felices, sin embargo yo, me sentía fuera de lugar. Entonces irremediamente, tuve que preguntarme si quería postergar más esa situación, o si al contrario permanecería sumisa a los deseos de los demás. Manuel carraspeó alzando su copa a media altura.

—Por nosotros.

Sujete su mirada con desafío y tomé mi copa para imitar su gesto.

—Salud.

Manuel no tardó en contarme cómo se sentía desde que ya no dormía en casa. Había pasado los últimos días en casa de su hermano, y pese a que a penas coincidían a causa del trabajo, tenía la necesidad de regresar a su vida, a la vida que conocía. Entonces tuvo que formular una simple pregunta.

—¿Y tú, cómo te sientes?

Esquivé su mirada y solté los cubiertos a un lado del plato.

—No estoy en mi mejor momento. Me siento agobiada con todo, y no puedo estar al cien por cien en este momento.

Manuel me observaba haciendo rebotar el pie contra el suelo.

—¿Es por mí?

Lancé un suspiro.

—No lo sé. Ahora mismo no puedo pensar con claridad, y no quiero tomar una decisión de la que luego pueda arrepentirme.

—¿Hay algo que quieras contarme?

Tragué saliva y le miré a los ojos. Manuel parecía derrotado, sin ningún recurso en sus palabras.

—Necesito más tiempo. Quiero hacer las cosas bien.

Un destello de impotencia relampagueó en su mirada. Luego se quedó unos segundos reflexivo.

—Ahora lo entiendo.

El desasosiego se ensancho en mi pecho y me aferré a la idea de que al fin comprendía cómo me sentía. Entonces quise continuar llevando un bocado a mis labios. Manuel carraspeó.

—Si has conocido a alguien no hacía falta dar tantas vueltas ¿no crees?

La comida se atascó en mi garganta.

—¿Es eso lo que crees? —dije con una mueca agria.

Manuel soltó el aire por la nariz indignado y balanceó la cabeza indignado.

—¿Cuál sería el motivo sino?

Mi mirada lo atravesó.

—Todas las veces que he creído que todo iba a cambiar. Nada más.

Un silencio espeso flotó entre los dos.

—No podré esperar mucho tiempo. Dime cuánto.

Tomé aire de forma sonora.

—No lo sé, Manuel.

Enfadada conmigo misma regresé a casa. No entendía cómo no era capaz

de hablarle claro y decirle que todo había acabado, que siguiera con su vida y me dejara continuar con la mía. Tal vez todo me parecía tan irreal que pasado un tiempo, temía que pudiera arrepentirme de mis decisiones.

Ya en mi cama tuve que cuestionarme una duda: ¿se enamoraría Chloe de un hombre como Manuel? ¿Podría Manuel llevar al límite a Chloe con tan sólo una mirada? Nada más lejos de la realidad, era imposible. En cambio esa imagen borrosa en mi cabeza fue sufriendo una transición, y de pronto, Andy tomó ese papel. Pude identificar en su mirada aquel amago de fuego titilando en sus pupilas. La determinación de sus manos al alcanzarme por la nuca y estamparme contra sus labios. Oh Dios, era una locura. Un revuelo extraño se formó en mis entrañas recordándome lo excitante que sería verme poseída por su cuerpo, sus besos y sus caricias... Luego me lamenté. No podía hacerlo, y lo peor era que, sabía que eso no podía volver a suceder. *Andy, maldita locura la suya...*

## Capítulo 13:

El lunes llegó como el agua a un río seco. Durante el fin de semana apenas había hecho otra cosa que darle vueltas a mi cabeza, y enmarañar una situación, que rebelde se agitaba en mi interior. Mónica apuraba el tiempo buscando ropa en su armario mientras yo preparaba el desayuno. Desde la cocina podía oír sus lamentos con las prisas. La mochila descansaba abierta sobre la silla de la cocina y aún le quedaban por recoger una carpeta, el estuche azul claro y una agenda ya deteriorada por el curso. Quise ahorrarle tiempo y amontoné sus cosas sobre la mesa cuando ella reclamó mi atención.

—¡Mamá! ¿Puedes dejarme la falda que llevabas el viernes?

Abrí los ojos como platos y me dirigí a su habitación. Me asomé al marco de la puerta. Mónica estaba frente al armario, y sobre la cama desparramadas se hallaban un montón de prendas desordenadas.

—Tienes una cantidad de ropa impresionante, no voy a dejarte una falda para ir al instituto.

Mónica abrió la boca con el ceño fruncido.

—¡Pero mamá! ¿qué tontería es esa?

Negué con la cabeza.

—Vas a estudiar, no a exhibirte. Así que vístete que vas a llegar tarde.

—¡No puedo creerlo! Todas van con falda al instituto menos yo ¿qué tiene de malo?

—Nada, y de bueno tampoco, así que date prisa y desayuna.

—No tengo hambre...

Recogí aire pacientemente y regresé a la cocina. Replegué de la mesa el montón de material y lo introduje en la mochila. Estaba tan repleta que tuve que sacar varios libros para poder colocar todo el contenido. Pero en cuanto lo tuve todo fuera, vislumbre algo que brillaba en el fondo de la mochila. Formé una pinza con los dedos y contemplé horrorizada como frente a mí se alzaba un preservativo dentro de su envoltorio. Podía haberme enfadado, tal vez haberle pedido explicaciones y que me contara realmente si estaba manteniendo relaciones sexuales. No pude, devolví el envoltorio dentro de la maleta y tragué saliva. Si en verdad Mónica había perdido la virginidad, lo había hecho con protección, y no podía recriminarle eso.

—Mamá tengo que irme, llego tarde.

Mónica bebió de un trago el vaso de leche y frunció el ceño al atisbar la mochila cerrada sobre la silla.

—¿No habrás estado hurgando en mis cosas, verdad?

Solté el aire por la nariz.

—Anda, vete o no llegarás a tiempo.

La puerta se cerró y yo me quedé con una sensación extraña en el cuerpo. Me pregunté si el chico que había conocido sería respetuoso con ella, y si al contrario que yo, Mónica sabría gestionar sus emociones y tomar una decisión correcta. Aunque ellos pensarán lo contrario, todavía eran niños y jugar con el sexo a esa edad era algo que me aterraba. Pero claro, Mónica no era yo, y no cometería mis mismos errores.

Tenía turno partido con Carolina. Ella llegó justo cuando me estaba



tomando el primer café de la mañana.

—¡Buenos y felices días Patricia!—dijo entrando como un torbellino.

Eleve los ojos por encima de la taza y le respondí con una mueca divertida.

—Para ti ya veo que lo son ¿alguna novedad?

Carolina exhibió una amplia sonrisa como si recordara algo en su cabeza.

—Uhhmm...¿no me ves los colores de la felicidad?—dijo abanicándose el rostro con una amplia sonrisa.

Formé un mohín con mis labios.

—Eso suena a una nueva conquista.

—Mucho mejor... un polvazo de infarto que me dejó con piernas temblando.

Abrí los ojos ante su descaro, pues una pareja acababa de entrar en la cafetería y se rió por lo bajo al escucharla.

—Me alegro por ti, nena. Ya era hora de que conocieras a alguien competente—concluí con un guiño de ojos.

A decir verdad tuve que disimular la alegría que me dio. Pues en el fondo sentí un notable alivio respecto a lo que había pasado con Andy.

—¿Competente? Será en la cama, bonita, porque fuera de ella creo que con la boquita cerrada está mejor. Pero visto así ¿para qué más lo necesito?

—Eso ya depende del gusto de cada una—dije vaciando un casquete de café con fuerza.

Carolina se ató el delantal con una sonrisa pícaro.

—Y eso mismo deberías hacer tú y despejarte. Igual se quitaba la mala leche.

Compuse un gesto agrio.

—Sabes que no soy así.

—¿Acaso hay algo de malo?

Sostuve su mirada y la respiración.

—Para nada, pero ya sabes, algún día tendrás que sentar la cabeza...

—Sí, tal vez algún día ese bombero apagué este fuego—dijo aireando una risotada que retumbó en mis oídos.

Un nudo se estrechó en la boca de mi estómago. Acto seguido serví el café a Don Gerardo, que puntual y disciplinado esperaba ojeando el diario. Luego regresé detrás de la barra, Carolina colocaba los vasos con aquella pose pretenciosa que me incitaba a adivinar qué estaría pensando.

—¿Todavía piensas en Andy?

Ella torció la barbilla.

—Nunca recibo un no por respuesta, y aún no he formulado la pregunta.

Tragué saliva.

—¿Quiere decir eso que vas a proponerle algo?

—Dale tiempo, ¿por qué te crees que viene tanto por aquí?

Arqueeé las cejas escéptica. Podría haberle dicho que porque hacemos los mejores croissants de la ciudad, porque le queda de paso cerca de algún lugar o simplemente decirle que era un poco creída. Decidí simplemente menear la cabeza.

—Sus motivos tendrá.

—¡Por Dios Patricia! Sé sincera, ¿no se te caerían las bragas si te acostaras con un tipo como él?

Debí de volverme de todos los colores cuando un ataque de tos impertinente se apoderó de mí. Sólo fui capaz de ver una imagen, mis piernas separadas, y mis braguitas a ras de los tobillos. Maldito pecado el de Andy...

—Los cafés Carol, prepara los cafés por favor.

Ella se rio con picardía, y me obsequió con una pose muy *pin up*. Yo en cambio tuve que acudir al lavabo. Un sofoco en las sienes me bombeaba constantemente. De pronto noté una imperiosa excitación que se apoderaba de mi vientre, y la imagen de las braguitas se repetía incesante en mi cabeza. Tuve que imaginarme allí mismo, a escondidas de la gente y acorralada entre los brazos de Andy. Él me tentaría con una mirada lasciva y luego se adueñaría de mi cuerpo a la vez que ambos lucháramos por contener los gemidos. Dios...en qué estaría pensando. Era una locura. Una locura que había hecho que me empapara de golpe y sintiera una urgente excitación que bombeaba en mis genitales.

Agua fría.

Mis pensamientos eran tan intensos como ensordecedores, tanto que temí que Andy se diera cuenta de lo que rondaba por mi cabecita con tan solo mirarlo a los ojos. Durante todo el día arrastré esa sensación de desconcierto, y aunque ya no sintiera nada por Manuel, no podía dejar aparte la culpabilidad que me producía pensar en otro hombre. Yo era una mujer madura y calculadora. Sabía de sobra que tener una aventura con un chico mucho más joven que yo no podía ser otra cosa más que sexo, y que él jamás buscaría otra cosa en mí. A la vez una vocecita me hablaba de cerca tentándome al oído: *Patricia no le des más vueltas, lo estás deseando...*

Mónica llegó a la cafetería antes que Andy. Vino sonriente y muy animada. Se había recogido el pelo en una coleta alta y se había puesto brillo de labios.

—Uhhh... este chico tiene que ser muy guapo. Nunca te habías arreglado tanto para ir al instituto.

Ella se ruborizó.

—¡Mamá! No digas tonterías.

—Soy tu madre, no debería darte vergüenza hablar de estas cosas.

Mónica hizo una mueca con los ojos entrecerrados.

—No es vergüenza, es que eres una cotilla.

Carolina aireó una carcajada.

—¡Dejala mujer! No ves que está en la flor de la vida. Deja que disfrute.

—Sí, tú dale caña.

Mónica nos miraba divertida como si presenciara un partido de tenis.

—¿Es guapo?—preguntó curiosa Carol.

—Pues sí. Va a pasar a recogerme y os advierto que si os pasáis un pelo diré que no os conozco.

Abrí la boca de par en par.

—¡No puedo creerlo! Y no me has contado nada...

Ella dio un brinco del taburete.

—Por eso mismo mamá... quiero intimidad.

Viré la cabeza hacia Carol con los ojos como platos.

—¿Has oído eso? Intimidación... si le hubiera dicho yo eso a mi madre me hubiera dado dos bofetones.

Ella volvió a reírse, pero al acto su rostro se transmutó. Andy acababa de entrar por la puerta.

—¡Hola Andy!

El la saludó con hastío, y entre nosotros se cruzaron nuestras miradas omitiendo lo que ocurrió. Sentí como si me tiraran un jarrón de agua fría. Andy llevaba el pelo recogido en la nuca, vestía unos vaqueros ajustados y una camiseta juvenil de color azul por la que asomaban unos brazos gruesos y prietos. Su rostro siempre sereno, y en su actitud desprendía una seguridad firme e infranqueable. Noté una distancia vertiginosa entre mis pensamientos y la situación. Entonces tuve la certeza de que entre nosotros no iba a ocurrir nada más, y eso me torturó los sesos. Me sentí una idiota que se había montado una película en la cabeza. Saberlo imposible era desearlo y acrecentar las ganas de fantasear con él.

Andy se apartó hacia la mesa donde estaba Mónica y no pude evitar fijarme en su trasero y en su imponente espalda.

—¡Patricia!

Sacudí la cabeza de golpe.

—¿Qué ocurre?

Carol me miraba anonadada.

—¿Me equivoco o le estabas mirando el culo a Andy?

Me puse roja como un tomate.

—¡No!

Ella volvió a reírse y se dio la vuelta con la barbilla altiva. Me entretuve limpiando las mesas mientras mi hija estudiaba con él. Lo observé desde mi perspectiva mirándolo de soslayo, sintiéndome como una adolescente. Mónica hurgaba en su mochila, y al sacar su carpeta algo salió disparado hacia el suelo. Era el envoltorio del preservativo que fue a parar justo a mis pies. Nuestras miradas quedaron suspendidas, el rostro de ella había sufrido una notable transición y yo me limité a tragar saliva. Se formó un silencio espeso. Andy nos miraba a las dos con una mueca divertida. Con aplomo alcancé el preservativo y se lo tendí con suma determinación.

—Guarda eso en un lugar más seguro.

Mónica obedeció con la cabeza y me juré no volver a hablar del tema.

Era inevitable. Mónica se hacía mayor, y por mucho que temiera que le hicieran daño era algo por lo que debería pasar un día u otro. La hora de repaso llegó a su fin, y puntual a su cita un chico de unos diecisiete años y con el rostro salpicado de adolescencia entró en la cafetería. Ella sonrió al verle y le hizo un gesto para que se acercara a la mesa. Yo decidí no moverme de detrás de la barra.

—Jonathan, él es Andy mi profesor.

¿Jonathan? Pensé escéptica.

Andy alargó una mano y alargó una mueca ante la inocente presentación de su amigo. Mónica recogió sus cosas y como buenos adolescentes se marcharon sin

despedirse. Desde luego un chico con educación, lamenté para mis adentros.

Carolina aprovechó el momento para acercarse a Andy y vi como sacaba algo de su bolsillo. No pude oír la conversación por mucho que agudizara el oído. Al rato ella regresó a la barra con el rostro serio.

—¿Qué ocurre?

Ella soltó un bufido.

—Había pensado ir con él al cine—dijo mostrándome dos entradas por debajo de la tarima.

—¿Y?

Respondió negando con la cabeza.

—Ha quedado con su chica.

Un golpe sordo me llegó al estómago. Tragué saliva y no pude hacer otra cosa que componer un mohín compasiva.

—Otra vez será...

Tras hurgar en mi bolso saqué mi cartera y me acerqué a Andy sujetando estoicamente mi desconcierto.

—Aquí tienes el dinero de las últimas horas.

Andy respondió con una mirada que me atravesó hasta los pensamientos. Alcanzó los billetes y se aclaró la voz.

—¿Es todo?

Tragué saliva.

—Si crees que no es suficiente lo siento.

—No me refería al dinero.

Titubeé confusa, y antes de que pudiera responder, Andy se caló una pequeña mochila en el hombro y salió por la puerta.

Me sentí más idiota si cabe.

Cerré la cafetería abochornada. Me había encerrado en una espiral de pensamientos destructivos que no conducían a ningún lugar. Intentaba descifrar aquella mirada cálida y dura a la vez y no comprendía su juego de palabras. Enfilé cuesta abajo la calle principal, había dejado el coche en casa. Podía haber tomado el metro, sin embargo necesitaba despejar mi mente y tomar aire fresco. Al llegar a un cruce de caminos una sombra me sobresaltó.

—¡Andy! Me has asustado.

Él se mostró impasible, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No deberías regresar a casa sola. Hay mucho loco suelto.

Me reí silenciosamente.

—¿Puedo considerarte uno de ellos?

Andy arqueó las cejas.

—Tal vez...—dijo uniéndose a mis pasos.

Durante el camino desvié la atención a las clases con Mónica, me disculpé por el incidente del preservativo y hablamos de adolescentes entre otras cosas. Por un instante parecía que habíamos dejado aparte la tensión que hubo en un primer momento, hasta que llegamos al portal.

Se hizo un silencio espeso.

—Andy, lo del otro día...

Andy empujó la puerta sin desviar su mirada de la mía y con un movimiento fugaz me apegó a la pared susurrándome a escasos centímetros de mis labios.

—Lo del otro día quedó pendiente.

Supe que Andy esperaba precavido a que fuera yo la que diera el paso. Sentí su perfume invadiendo mis sentidos y mis manos se habían aferrado a sus hombros percibiendo el tacto de su piel tersa y cálida. Le miré a los labios y empujada por el deseo alcancé su boca como si temiera que de un momento a otro se fuera esfumar. Nuestras lenguas se exploraron ansiosas, mordiéndonos los labios entre jadeos, con deseo y con rabia a la vez. Sus manos se pasearon por mi cuerpo buscando la apertura de mi camiseta y ahogué un gemido cuando sentí sus dedos perfilar el borde de mi sujetador. Andy emitió un murmullo al percibir la dureza de mis pechos entre sus dedos hundiendo de nuevo su lengua en mi boca.

—Te deseo—dijo en un susurro al borde de mi labios.

Tomé aire amedrentada.

—Dios...no puedo hacerlo.

Andy hizo que me diera la vuelta e hizo que me apoyara en la pared. Con un pie hizo que separara los tobillos y él se apretó contra mis caderas. Noté la presión de su sexo por encima de mi ropa y sentí otra vez ese palpito entre mis piernas. Su mano vaciló en mi vientre y ahogué un jadeo cuando sentí la calidez de sus dedos invadiendo mi sexo y apretándome contra él.

—Uhhmm...

Un sonido gutural escapó de su garganta al percibir la humedad que impregnaba sus dedos, y estos comenzaron a moverse de forma turbulenta atormentando mi deseo. Con la otra me agarró de la barbilla mientras su boca succionaba mi cuello imprimiendo su aliento en mi piel. Una oleada electrizante me sacudió las piernas y al acto me dejé llevar por un orgasmo desmedido que palpitó en sus dedos.

Cuando me di la vuelta sentí una vergüenza espantosa. Era como si me hubiera olvidado de dónde estábamos y de repente cayera en la cuenta de que nos encontrábamos en el portal de mi casa.

—Ha sido una locura—balbuceé palpando el rubor de mis mejillas.

—Te equivocas. Sólo ha sido el comienzo.

—De verdad Andy, no puedo hacer esto. Mónica podría aparecer en cualquier momento, nunca me perdonaría que nos encontrara...

—¿Hablando?

Me reí apurada.

—No...ya sabes.

Otro beso profundo me interrumpió hasta que empujé su pecho al frente.

—Tienes que irte.

Andy me atravesó con aquella mirada firme, oscura y decidida.

—Dime cuándo volveré a verte.

Balanceé la cabeza con las cejas arqueadas y apretando los labios. No tenía una respuesta.

—Tal vez esto no debería haber pasado.

Él sonrió entre irónico y divertido.

—Hace un rato no opinabas lo mismo—dijo pegando su frente a la mía.

—Mañana hablamos.

—Te tomo la palabra, princesa.

## Capítulo 14:

Mónica llegó a casa veinte minutos después de que yo despidiera a Andy. Pensar en la imagen de que nos hubiera podido encontrar me atormentó. Su madre liada con su profesor de repaso. Era surrealista. Quise ordenar mis pensamientos cuando ella entró en la cocina y alcanzó una manzana verde de la frutera.

—Hola cariño—las manos me temblaban mientras secaba un vaso con vuelcos de muñeca—¿qué tal con ese chico?

Ella resopló.

—Sabía que lo preguntarías.

—Parece muy majo.

—¿Majo, mamá?

—¡Como quieras llamarlo! ¿me vas a estar corrigiendo siempre?

El vaso resbaló de mis manos y se rompió a mis pies. Mónica frunció el ceño.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sólo un poco nerviosa.

Me entretuve recogiendo los pedazos de cristal, y a cada momento me parecía percibir el aliento de Andy en mi cuello abrasando mi piel.

—¿Es por Jonathan?—dijo con una mueca escéptica.

—¡No por Dios! Ya eres mayor para hacer lo que creas conveniente.

Me dejé caer pesadamente en la silla, frente a ella y pasé mis manos por mi frente.

—Venga va, te voy a contar sólo un poquito ¿vale?

Alargué la comisura de mis labios. Era una oportunidad que no podía desperdiciar.

—Lo que tú quieras.

Su rostro cambió y en sus ojos destelló un brillo especial. Luego se aclaró la garganta.

—Él es atento, inteligente y tiene los ojos más bonitos de todo el instituto. Es maduro y le gusta hacer deporte, y tiene una sonrisa...—Mónica se quedó soñolienta.

—Vaya, qué sorpresa, nunca hubiera dicho que fuera un chico tan completo.

—¿Estáis saliendo juntos en serio?

Ella lanzó un suspiro.

—Todavía no ha ocurrido nada. Somos buenos amigos, nada más.

—¿Entonces?—dije con una mirada indicando aquello que no quería pronunciar.

Ella puso cara de apuro.

—Tranquila mamá. Todavía no lo he usado.

—¿Qué quieres decir con *todavía*?

—Quiero seguir tus consejos y hacerlo el día en que esté preparada.

—¿Con Jonathan?

—No más preguntas, mamá.

Me conformé con la idea de que mi hija era consciente del peligro que conllevaba practicar sexo sin precaución, y opté por dejar que fuera ella la que me contara sus cosas cuando a ella le apeteciera.

Quise acomodarme el sofá y ver una película para evadirme de mis pensamientos. Era imposible dejar de pensar en lo que había ocurrido en el rellano de la escalera. Todo era tan reciente que apenas podía recordar cómo había empezado todo. Tan sólo recordaba el paso de sus manos, su boca, sus jadeos mudos en mi cuello. De pronto me sentí abochornada, preguntándome cómo había sido capaz de dejarme llevar de tal manera, y alcanzar un orgasmo con las manos de Andy. Sólo había una explicación. Lo estaba deseando.

Mi móvil zumbo sobre la mesita de cristal. Lo alcancé con pereza. Ya hacía dos días que no había visitado a Raquel, y seguro que andaría molesta por no contarle ningún chisme. Entonces abrí el chat y vi un número que no conocía con un mensaje.

*“Puedo olerte en mis dedos, dime que no me harás esperar más. Te deseo”.*

¡Oh Dios mío, era Andy!. Un amasijo de nervios me sacudió el estómago. Aturdida releí el mensaje unas cuantas veces. Sus dedos... uff... contraí de golpe los músculos de mi vagina. No sabía qué responder. Tamborileé con las yemas sobre la pantalla.

*“Hola Andy, no sé cuando será”*

*“¿Sólo me dices eso? Me gustas más en persona ;)”*

Me sentí idiota.

*“Perdona no esperaba tu mensaje...y estaba pensando en ti”*

*“¿Me deseas?”*

Apreté los ojos delirante. No podía creer lo que estaba haciendo. Andy ya no sólo era una fantasía, e ir más allá me daba mucho miedo. Tal vez si lo hubiera tenido delante sería diferente, pero entonces sentí que podía expresarme tal y como me sentía.

*“No sabes cuánto...más de lo que te imaginas”.*



## Capítulo 15:

A la mañana siguiente desperté como si todo hubiera sido un sueño. Poco a poco fui desperezándome y con ello volviendo a la realidad. Tenía una cita pendiente con Andy y eso hizo que mis temores se agitaran en mi cabeza. Nunca me había acostado con otro hombre, y me pregunté si sabría estar a la altura de un chico más joven, el cual creería, como suelen decir, que una mujer madura tiene mucha más experiencia en la cama. Me vestí a toda prisa al comprobar como era más tarde de lo que pensaba y tras despedirme de Mónica apresuradamente salí corriendo hacia la cafetería. Carolina ya había abierto y entré entre lamentos. Ni siquiera me había peinado y llevaba unas pintas horribles.

—Buenos días bella durmiente. Parece que hayas soñado con fantasmas.

Me reí por la nariz y recogí mi pelo en una coleta en un amago por acondicionarme.

—¿Me preparas un café?

—¡Marchando!

Guardé mis cosas en el almacén y regresé detrás de la barra entre suspiros. Carolina me miraba con una mueca extraña. Luego sonrió con los ojos entrecerrados.

—¿No vas a contarme nada?

Estaba acercando la taza de café a mis labios cuando me quedé con la boca abierta.

—¿Yo, por qué?

Ella formó un mohín con los labios e hizo oscilar la cabeza.

—Tú me estás ocultando algo ¿verdad?

Palidecí de golpe y la boca se me secó.

—No sé de qué me estás hablando Carol, en serio.

—¡Has ligado y no me lo has contado!

Sacudí la cabeza incrédula.

—No es verdad.

—Lo que tú digas, pero a menos que creas en los vampiros, el chupón que llevas en el cuello te delata.

Abochornada me llevé la mano de golpe al cuello.

—¡No jodas!

—Yo no, tú jodiste ayer.

Mientras ella se reía yo corrí al lavabo. Me contemplé en el espejo y corroboré con espanto el círculo morado que asomaba en mi nuca. Inmediatamente fui a por mi bolso y traté de cubrir azarosa la evidencia con un montón de maquillaje. Carol se asomó y pude verla a través del espejo apoyada en el marco de la puerta.

—Te dije que las separadas arrasan.

Luego hizo chasquear la lengua con un gesto de triunfo.

—Esto que quede entre tú y yo.

—Sólo si me cuentas los detalles.

Oh Dios, eso sería un infierno.

—De acuerdo, pero no lo conoces y que sepas que no me he acostado

con él—dije con la voz entrecortada.

—Sí, ya. Tu cuello dice todo lo contrario.

—¡Que no lo hecho, vale!

Se hizo un silencio espeso.

—Tranquila mujer, sólo era una broma.

—Joder, lo siento. Estoy muy nerviosa.

Carol meneó la cabeza y se fue a atender unos clientes que esperaban en la barra. Me sentí fatal conmigo misma, y con ella por hablarle en ese tono a sabiendas de que la estaba traicionando. Y fue en ese momento cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo. No sólo pensaba que estaba actuando mal por tener una aventura con un chico casi diez años más joven que yo, sino que también estaba fallando a Carolina ocultándole la verdad. No podía hacerle eso, no podía decirle que lo que pasó ayer, fue con Andy. Me imaginé en un monólogo interior.

*“Carol, he tonteado con Andy”*

*“Carol, tengo una aventura con Andy”*

*“Carol ¿y si...?”*

No, no podía hacerlo. Tenía la certeza de que si ocurría algo otra vez, esa sería la última, y no volvería a mantener contacto con él. Habría dado vida a una fantasía, y luego todo habría terminado. O eso esperaba que ocurriera.

A mediodía, tras esquivar el bombardeo de preguntas por parte de ella me acerqué a casa de Raquel. Necesitaba verla y saber que se encontraba bien. Agarré mi teléfono para avisar de mi visita cuando vi que tenía otro mensaje.

*“Buenos días princesa, cuento los minutos para volver a probar tu boca”.*

Al leer sus palabras una oleada vertiginosa me recorrió el cuerpo. Sentí que me metía en la boca del lobo. Era una situación que me incomodaba, pero a la vez había algo, un morbo imperioso que me empujaba a seguir con aquel juego prohibido.

*“Me muero por tus labios”*

Tras darle a la tecla de envío sentí unos remordimientos que me acuchillaban el estómago. Yo nunca había hecho esto, y flirtear por teléfono con Andy e imaginarme que estaba fantaseando conmigo hacía que sintiera una ganas tremendas de volver a encontrarme con él. Sólo una vez, me prometí a mí misma, para arrancar el ansia que me provocaba imaginar su cuerpo cernido sobre el mío.

*“Esta noche, princesa. Te espero en mi casa”.*

Dar el salto de la fantasía a la realidad era cuanto menos vertiginoso. Disfrutaba pensando en él y en sus manos, pero tenerlo delante, imponente, seguro y rabiosamente joven hacía que me asaltaran las dudas. Aún así algo me empujó al vacío, de lo contrario seguiría torturándome sin poder arrancarlo de mi cabeza.

*“Lo estoy deseando...Iré yo, no vengas a por mí”.*

El cuerpo comenzó a temblarme, y el deseo se instaló en mi cuerpo. Tan sólo de invocar sus caricias bajo mi vientre hacía que se me cortara la respiración. Saber que iba verlo a escondidas del mundo hizo que me sintiera joven, sexy y deseable.

Raquel me recibió con la modorra en su rostro. Tantos días encerrada en casa la llevaban al borde de la desesperación.

—Santo cielo, no aguanto más. Necesito salir, emborracharme y echar un polvo que me quite la mala hostia.

Me reí, aunque sabía que lo decía muy en serio.

—Vamos a hacer una cosa. Recupérate pronto, y si la semana que viene te encuentras bien iremos a cenar y lo pasaremos en grande.

Raquel lanzó un suspiro.

—Me lo debes.

—¡Lo sé! No me lo recuerdes más.

—Sabes que lo digo en broma. Venga cuéntame cosas.

Me cubrí la frente con una mano, sentada a sus pies.

—No sé por dónde empezar.

—¿Ha ocurrido algo más con el bombero?

Uff... tuve que imaginar a Andy vestido de uniforme, y al acto noté como las mejillas me abrasaban.

—Ese es el problema. Pensé que lo que había ocurrido había sido algo puntual.

—Eso quiere decir que...

—Sí, Raquel. El otro día volví a llevarme a casa. Y ya sabes, cuando me di cuenta nos estábamos besando en el rellano de la escalera y...

—¿Y? No irás a dejarme así.

—Y comenzó a acariciarme, y yo no supe parar el momento.

—Si pasó eso debió de ser porque te gustaba.

Ahogué un lamento.

—Pues por eso mismo, Raquel. Tengo un problema con Andy.

—¿Qué clase de problema puede haber?

La miré con fijeza a los ojos.

—No puedo quitármelo de la cabeza. Pienso a todas horas en él, y cuando recibo un mensaje suyo la sangre me da un giro y no me puedo controlar.

Raquel escuchaba atenta y curiosa con una mueca divertida en los labios.

—¿No te estarás colgando de ese tipo, verdad?

—¡No! No es eso, es que me provoca y hace que sienta un deseo diferente a lo que había sentido hasta ahora.

Ella sonrió benevolente.

—Cariño, eso quiere decir que estás viva. Has pasado demasiados años luchando por una causa perdida y ahora puedes empezar de cero.

—Esa es mi otra preocupación. Cada vez que pienso en Andy de esta forma, más aversión siento hacia Manuel.

—Escúchame bien. Es tu vida, le guste a Manuel o no. Tarde o temprano va a tener que aceptarlo.

—Esto que quede entre tú y yo. Esta noche tengo una cita con Andy, si se entera de esto Carolina, me mataría.

—Uh...esto se pone interesante. Y a Carolina que le den morcillas.

—No es tan fácil. Lo que ocurra esta noche no volverá a suceder, por eso no hay ningún motivo por el cual ella tenga que enterarse.

—Seré una tumba. Pero si la cosa fuera al revés, ella no pensaría de la

misma forma.

—Lo sé, pero no quiero hacerle sufrir.

—Disfruta, y luego me lo cuentas todo.

Dos horas más tarde me encontraba frente a mi armario pensando en qué ponerme. Los nervios me estaban consumiendo, y las agujas del reloj parecían correr veloces. Me decidí por un vestido negro, ni corto ni largo y unos tacones no muy altos que me permitieran caminar cómoda. Tras una ducha de agua muy caliente sequé mi pelo y me pasé las planchas como si fuera una adolescente a punto de salir, y para acabar me maquillé de forma natural tal y como me había enseñado Eva.

—Vaya, vaya...cualquiera diría que tienes una cita.

Mónica me asustó asomada al marco de la puerta.

—Voy a salir a cenar.

—¿En lunes, y con quién?

—Con Carol ¿algún problema?

—Ninguno pero ya sabes, como hace tan poco que papá no está en casa.

Sentí un nudo en el estómago.

—Papá no está en casa por una serie de motivos, y tengo derecho a hacer mi vida.

—No sé, mamá, no sabría verte con otro hombre.

—Yo tampoco puedo creer que crezcas tan rápido, y tengo que aceptarlo.

Mónica compuso una mueca en sus labios. Aún así adiviné en su rostro que no tenía sospechas acerca de lo que iba a hacer.

—¿A qué hora volverás?

La miré con una ceja más alta que la otra.

—En cualquier momento.

Antes de partir releí el mensaje donde Andy especificaba su dirección. No vivía muy lejos de casa, pero igualmente cogí mi coche para no ir sola con la oscuridad. Durante el trayecto me asaltaron las dudas, no sabía cómo iba a reaccionar. Un amago de timidez me asaltó justo cuando aparcaba en su portal, y el corazón comenzó a golpearme el pecho hasta decidirme a bajar del vehículo. Frente a la puerta compuse los mechones de mi pelo, luego hundí el dedo índice en el telefonillo. Tras un chasquido la puerta se abrió, yo tomé aire profundamente y me adentré en aquellas escaleras con miedo a hacer resonar mis tacones.

La portaza del segundo piso me recibió semi abierta. Pude oír de fondo el murmullo de la música, sonaba *Avicci*, lo conocía porque mi hija lo escuchaba cada día. Alcé el puño y golpeé la puerta. Andy apareció descalzo, con el pelo mojado sobre las mejillas, llevaba barba de dos días y sonrió al verme con una mirada perpendicular que hizo que sintiera un revuelo en las entrañas.

—Hola guapa—dijo paseando su mirada por mi cuerpo desde el escote hasta mis tobillos.

—Hola Andy—respondí tímida.

Andy enlazó su mano en mi cintura y acercó sus labios a la comisura de los míos, y sin despegarse de ellos me susurró.

—Estás preciosa con este vestido—dijo mientras su mano resbalaba hasta mis nalgas y sus dedos se hundían en la tela del vestido negro.

—Tú también estás muy...

Andy me interrumpió. Su lengua se coló dentro de mi boca, imperiosa, mientras con una mano me sujetaba la barbilla y la otra me apegaba a su cuerpo. Sentí la dureza de su sexo oculta tras los vaqueros y me dejé llevar por el beso largo y apasionado. Noté su respiración alterada sobre mis mejillas, el perfume de su pelo y el calor de sus manos. Con un movimiento rápido me alcanzó por debajo de las caderas y me alzó encajándome a cada lado de sus caderas y colocando mi cuerpo sobre la mesa del recibidor. Mi corazón iba a escaparse de mi pecho cuando arremangó el vestido por encima de mi escote, y tras obsequiarme con una mirada lasciva acogió uno de mis pechos para llevárselo a boca y jugar con su lengua como si fuera un helado que se estuviera derritiendo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al sentir como una humedad tibia resbalaba hacia el interior de mis nalgas. Andy hundió su mano en ellas y regresando a mis labios me acarició con sus dedos moviéndolos de forma turbulenta y placentera, arrancando un gemido de mi boca. Yo me aferré a sus cabellos respondiendo al ritmo de sus besos, alterada, excitada y contagiada de deseo. Entonces Andy volvió a cargar con mi cuerpo para llevarme hasta su cama, donde me dejó caer con suavidad, para luego sonreír de esa forma que me hacía predecir lo que venía a continuación. Andy se quitó la camiseta blanca, y con lentitud se desabrochó el vaquero. Su torso era musculoso, casi tanto como sus brazos y debajo de éste, asomaban unos abdominales que formaban una V perfecta hacia el interior de sus pantalones. Me mordí el labio atenta a sus movimientos. Luego se arrodilló sobre los pies de la cama y avanzó hacia mí con una mirada felina, alcanzándome por los tobillos y arrastrándome hacia él. Nuestras miradas quedaron suspendidas cuando noté nuestros cuerpos, tan sólo cubiertos por la ropa interior. Sentí miedo, excitación y un morbo tremendo por descubrir el tacto de su piel contra la mía. Y fue entonces, entre besos y caricias cuando noté la protuberancia de su sexo deslizándose precavidamente en mi interior. Un jadeo escapó de mis labios y hundí mis dedos en su espalda. Entonces temblé, no por la primera embestida, que se clavó en mí con dulzura y determinación a la vez, sino por su mirada. Sus ojos se movían inquietos sobre los míos mientras respiraba por la boca, luego apretó los párpados y dejó caer su boca en el hueco de mi cuello.

—Te estaba deseando—susurró en mi oído.

—Y yo a ti, Andy—dije con un hilo de voz al sentir cómo se mecía suavemente.

Un sonido gutural se ahogó en su garganta y sus movimientos comenzaron a volverse más intensos y profundos. Mi respiración sonaba alterada, fundida con la suya que parecía desgarrarse de placer. Aferrado a mis nalgas me penetró rápido, casi de forma primitiva hasta perder nuestras voces entre jadeos. Andy gimió alto, con desespero, hasta que cayó rendido y extasiado sobre mí.

Permanecemos en silencio largo rato, con su mejilla apoyada sobre mi pecho. Había sido una experiencia que me dejó con las piernas sacudiéndose solas. Tras recuperar la respiración, Andy se colocó a mi lado y me acarició la mejilla.

—Me encantas.

Sonreí con timidez

—Nunca pensé hacer esto.

Andy hizo resbalar el dedo índice entre la apertura de mis pechos erizando mi piel.

—No importa lo que pensarás. Hoy estás aquí, conmigo. Lo que me importa a mí, es que vuelvas.

## Capítulo 16:

Tuve que permanecer al menos diez minutos dentro de mi coche en silencio. Las piernas aún me temblaban y sentí ganas de llorar, de reír, de evadirme del mundo. Algo entonces había cambiado. Recordé sus palabras, sus malditas palabras. Y supe en ese momento que aunque me negara a la evidencia, mientras tuviera la oportunidad, volvería a verle. En el momento en que abandonara ese lugar ya no volvería a ser la misma de antes. Ya no podía retroceder, y negar la realidad.

Mi teléfono comenzó a sonar antes de arrancar el coche. Sonreí divertida pensando en Andy y descolgué sin apenas mirar el identificador.

—Acabo de hablar con Mónica y me ha dicho que no estabas en casa.

Lancé un lamento y me dejé caer pesadamente sobre el reposa cabezas.

—¿Qué problema hay Manuel?

Manuel hizo una pausa. Pude oír su respiración espesa al otro lado del auricular.

—Ninguno, Patricia. Tan sólo que...

—¿Qué, Manuel?

—Todo esto me duele.

Tomé aire de forma sonora.

—A mi me ha dolido durante años. Voy a conducir, ya hablaremos.

Asesté el volante con un golpe seco. Supe entonces que Manuel sería como una sombra negra que seguiría cernida sobre mí. Cuanto más quisiera suplicarme, más lejos lo quería de mi vida. Una lágrima resbaló hacia mi mejilla. Tenía derecho a vivir, a descubrir algo nuevo. Entonces dos mundos se debatían en mi mente, por una parte había disfrutado del placer de acostarme con Andy, y por otra sabía que continuar con ello no sería fácil. Quise arrancar el motor cuando oí el sonido de un mensaje en mi móvil:

*“Eres increíble”*

Andy me lo estaba poniendo difícil. Me quedé mirando la pantalla con los ojos vidriosos y una sonrisa bobalicona en los labios. Me había prometido a mí misma no continuar con aquello, que pasaría sólo una noche con él. Sin embargo no era capaz de anular mis sentimientos y admitir que ese juego me estaba gustando, y renunciar a él sería dar un paso hacia atrás.

*“Hacerlo contigo, ha sido increíble”*

Aquella noche apenas pude dormir. Decenas de imágenes me bombardeaban, y a destiempo me sorprendía exhalando un gemido evocando las caricias de Andy. Sentí miedo, temor a que me confundiera y quisiera algo más con él, algo que nadie podría comprender. Imaginé el caos que se formaría si Carolina nos descubriera, incluso si Mónica se enterara de lo que había ocurrido entre los dos. Debía ser un secreto guardado con llave, una divina locura que algún día llegaría a su fin de la forma más cruel e inesperada.

## Capítulo 17:

Una llamada a primera hora me alegró el día.

—¡Buenos días petarda!

—Buenos días mi estimada *Rachel*... ¿a qué se debe tanta alegría?

—¡Me han quitado las muletas!

Mis hombros se aflojaron de golpe.

—¡Genial! No sabes la alegría que me das.

—Al fin puedo comenzar a caminar sin parecer una viejita.

Ambas nos reímos.

—Lo importante es que te encuentres bien.

—Lo importante es que me debes una cena.

Ronroneé unos segundos.

—Lo prometido es deuda.

—El viernes será un día perfecto.

—¿Hay que decírselo a Carolina?

—Qué remedio...

Más risas.

Aquella tarde fue muy ajetreada. Tal vez fueran los nervios y el estrés lo que hacía que las horas se prolongaran eternas. Tal vez se debiera también a que sabía que Andy volvería a la cafetería, y entonces temí que mi rostro me delatara.

—Odio este curro—murmuró Carolina regresando a la barra tras atender un cliente.

Me reí por la nariz.

—Es lo que hay, nena ¿no te dijeron tus padres que estudiaras?

Carolina me miró de forma irónica.

—Muy graciosa. No sé cómo puedes estar de buen humor y aguantar lo que se cuece en este antro.

—Como si fuera una opción—apostillé arqueando las cejas.

Carol se compuso el pelo y se colocó una pinza.

—O bueno, sí lo sé. No me has vuelto a contar nada de tu ligue—dijo alargando una mueca pícaro.

Sin darme cuenta sonreí.

—Porque no hay nada que contar.

—Por tu expresión no deduzco lo mismo.

Me entretuve limpiando la zona de la cafetera.

—Ha sido una aventura sin más. Algo sin importancia.

Carol quería saber más, y yo no sabía cómo reaccionar. Sin embargo entendí que ella nunca imaginaría que se trataba de Andy, y algo en mi interior bullía por ser contado.

—Sí ya...pero no me dejes así.

Me di la vuelta y clavé mi mirada inquieta en ella.

—Es alguien especial, y cuando estoy con él me siento libre. No sabría explicarte lo que siento. Sólo sé que es algo pasajero y que no puede ir a más.

Carol frunció el ceño.



—Y si es tan bonito ¿por qué no puedes ir más allá?

Meneé la cabeza a la vez que me encogí de hombros.

—Mónica nunca lo entendería. Aún no ha superado nuestra separación.

—Pero eso tiene que ser terrible. Si los dos os queréis, no tiene por qué suponer un problema.

Me reí tímida.

—No es amor Carol, es algo distinto.

Ella compuso una mueca pícaro.

—¿Sólo sexo?

Balanceé la cabeza en positivo.

—¡Oh Dios! Eso es mucho mejor.

—No puede haber nada más.

—Me matas de la envidia—dijo fantasiosa—un amor prohibido, con sexo salvaje. Vuestros encuentros clandestinos deben ser tremendamente apasionados.

Lancé un suspiro.

—Lo son...

Andy apareció justo cuando imaginaba sus manos en mi barbilla, empujando con los dedos mis labios para luego hundir su lengua en mi boca. Me había excitado sólo de imaginarlo, y verlo ante mí, con su presencia imponiéndose hizo que sintiera un revuelo en mis entrañas. Carol se adelantó a mi saludo, imperiosa y excéntrica. Nuestras miradas aún hablaban solas.

—¿Qué vas a tomar Andy? Hoy invita la casa.

Le lancé una mirada fugaz.

—Podrías comenzar a recoger la cocina mientras yo me encargo de las mesas.

—Claro, en cuanto termine de servir a mi cliente.

Andy se rio apurado.

—Mónica no tardará en llegar.

—No tengo prisa—afirmó con una mirada penetrante.

Debí de ponerme más nerviosa, temiendo que Carolina se percatara de la situación. Quise aliviar la tensión cuando pensé que no le había comentado nada a Carolina de la cena.

—El viernes he quedado para cenar con Raquel, si vienes lo pasaremos bien.

—Me parece genial, después podemos ir a tomar algo.

Tragué saliva sin prestar atención.

—Raquel necesita despejarse.

Obviamente ella tampoco prestó demasiado atención, pues enseguida se dirigió a Andy cuando estaba a punto de tomar asiento en la mesa.

—Andy, el viernes saldremos a tomar algo ¿por qué no vienes y tomamos una copa?

Casi me atraganté con mi propia saliva.

Andy y yo nos miramos de forma precavida. Quise hacer una señal para que dijera que no, pero fue demasiado tarde.

—No me parece mal, puede que me apunte—dijo alargando una sonrisa

cómplice.

Quería morirme. No podía imaginarme la tensión que se crearía en el ambiente.

—Tengo que ir al lavabo—me disculpé con desconcierto.

Llevaba el teléfono móvil en el bolsillo cuando éste vibró. Con las manos temblorosas hundí la mano en la tela del delantal y vi un mensaje de Andy.

“Me encantan tus piernas...tu culo...y esa boca que me vuelve loco”

Tomé aire y releí el mensaje casi en voz alta. Saber que estaba ahí sentado y no poder tocarlo me estaba volviendo loca a mí también.

“Tus manos...tus besos me desconciertan”.

Volví a guardar el teléfono en mi bolsillo, me compuse el pelo y abrí la puerta. Andy enfilaba el pasillo hacia el lavabo de hombres cuando nos topamos de frente. Nuestras miradas quedaron superpuestas. Me hubiera gustado besarle en ese mismo momento. Andy se acercó a mi oído y con disimulo me aferró la cintura dejando resbalar su mano hasta mi nalga izquierda.

—No sabes cómo me pones. Llevo todo el día pensando en ti.

—Andy...

Carolina nos interrumpió y él siguió hasta la puerta como si simplemente nos hubiéramos cruzado en el estrecho pasillo.

—¿Te encuentras bien?

Me palpé las mejillas con disimulo.

—Claro, es este calor horrible.

Aún sentía la huella de sus dedos en mis nalgas cuando un sinfín de imágenes se sucedía en mi cabeza. Mi cuerpo había despertado, con él mi sexualidad. Cualquier estímulo, cualquier sugerencia que viniera de Andy hacía que sintiera un revuelo en mis entrañas y sintiera un imperioso deseo por ser acariciada por sus manos. Lo pasé francamente mal el tiempo que duró la clase. No podía disimular mi incomodidad al ver cómo Carolina se las ingeniaba para acercarse a él, en cambio Andy me desafiaba constantemente con esa mirada dominante y dulce a la vez.

Otra vez el amigo de Mónica vino a la cafetería a buscarla. Sonreía de una forma especial cuando veía a ese chico, y entonces que pude observarle detenidamente me di cuenta de que en verdad era un chico muy guapo. Tan sólo había algo que no me gustaba. Noté como él no le prestaba la misma atención, en vez de saludarla efusivamente como lo hacía ella, se le veía distante y precavido. En aquel momento lo único que no quería era verla sufrir, y un presentimiento me auguró que ése no sería el amor de su vida, aunque sí el primer hombre por el que lloraría de verdad. Mónica era una niña de dieciséis años que destacaría por su simpatía y desparpajo cuando se encontraba entre amigas, pero aunque no quisiera admitirlo, ni se lo diría a ella, nunca acapararía la atención de los chicos como lo haría otra más coqueta y esbelta. Es cierto que le sobraban unos quilitos, y aunque para mí estaba perfecta, sabía a lo que me refería con ello. Jonhatan era el típico chico superficial que no podría encontrar esas cosas buenas que distinguían a mi hija. Entonces suspiré, y dejé que se marchara con la ilusión a cuestas, cualquier momento sería malo para hablar de eso.

Andy se colgó la mochila en el hombro derecho y se acercó a la barra

con una sonrisa divertida. No me había dado cuenta, pero llevaba observándole desde hacía por lo menos dos minutos. Las imágenes en mi cabeza se superponían con ropa y sin ella. Saltaba a la vista lo atlético de su cuerpo, las nalgas prietas y perfecta V que formaba su espalda. A su lado me sentía pequeña con mis justos uno sesenta y tres centímetros de altura, contra sus posibles uno setenta y ocho. Así como se iba acercando mi corazón bombeaba frenéticamente.

—¿Cuándo?—dijo en un susurro.

Me humedecí los labios y la boca se me secó.

—No podemos hablar ahora.

Andy alargó una mueca pícaro.

—Basta que me digas hoy, mañana, cuándo...—sus ojos azules me atravesaron hasta la boca del estómago.

—¿Cuándo qué?—interrumpió Carolina sobresaltándome.

Tragué saliva.

—La próxima clase—añadió Andy como si fuera lo más evidente.

Las dos nos miramos, yo sonreí y ella se ruborizó como si analizara un mal entendido. Entonces me aclaré la voz y me dirigí a Andy.

—Mañana, cuanto antes mejor.

—Estupendo. Creo que haremos un buen trabajo ¿no crees?

Le miré a los ojos con fijeza.

—Eres un buen maestro, no lo dudo.

Andy trataba de ocultar la mueca de sus labios.

—Hasta mañana.

Carolina permaneció unos segundos reflexiva, con una mano apoyada en la cintura y la otra sobre el mostrador.

—Patricia...¿son manías mías o he visto como Andy te mira de una forma especial?

La voz me abandonó durante un instante.

—¿De qué me estás hablando?

Carol ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Voy a preguntártelo directamente.

—Dime...

—¿Te gusta Andy?

De pronto sentí como si una bola de pan gigante se hubiera atascado en mi garganta.

—¿Qué tontería es esa? Andy es el profesor de mi hija, acaso crees..

—¿Y por qué no?

Sentí una euforia y rabia a la vez que se adueñaba de mí. Me deshice el nudo del delantal y lo lancé sobre la cámara.

—Carol, estás muy equivocada. La única que está obsesionada con Andy eres tú, no lo olvides.

Ella expulsó el aire por la nariz.

—¡Yo no estoy obsesionada!

—Nadie diría lo contrario.

—Y tú no has respondido a mi pregunta.

—¡Cuál! —grité ya con irritación.

Se hizo un silencio espeso.

—¿Por qué no?

La miré a los ojos con tristeza y rabia a la vez.

—Por que es imposible.

## Capítulo 18:

Era miércoles, por suerte tenía el día libre. Había ronroneado en mi cama sumergida en una espiral de pensamientos. Por una parte me aguijoneaba la idea de estar escondiéndome del mundo, por la otra sentía un morbo tremendo cada vez que pensaba en Andy de la forma en que lo hacía, y en nuestros encuentros clandestinos. Andy hacía que me sintiera sexy, atractiva y sensual, pero lo mejor de todo era que a su lado me sentía joven, algo que hacía tiempo había perdido por el camino. Me pregunté qué ocurriría si algún día nos descubrían, y si podría soportar la vergüenza si Carolina acababa enterándose de todo. Puede que Andy hubiera sido una aventura de paso en mi vida, pero lo cierto que estaba marcando un antes y un después. Lo importante es que había descubierto un lado de mí que no conocía y que imperioso pujaba por expresar todos los años reprimidos. Entonces tuve que recordar un sueño, un sueño que recordé varias veces. Aún estaba con Manuel en aquel entonces. Había sido una fantasía erótica. Un hombre sin rostro encadenaba mis muñecas a mi espalda, estaba completamente desnuda y excitada. Unas manos se paseaban por mi cuerpo trémulas, y notaba en la respiración de aquella figura masculina el deseo por mi cuerpo. Entonces se deleitaba probando con su boca cada parte de mi piel para luego cernirse sobre mí y aplacar sus ansias de sexo como un animal salvaje, arrancando mis jadeos y llevándome a un éxtasis que me hizo despertar con la entrepierna empapada. Entonces Manuel dormía plácidamente de costado en nuestra cama. Hubiera podido sacudirle un hombro y continuar con aquella experiencia pero entonces me di cuenta de que él no provocaba ese efecto en mí. Podía quererle, pero nunca sabría arrancar el deseo en mis entrañas como lo hizo ese sueño impertinente. Me acordé de ello en varias ocasiones, pero no fue hasta ese momento cuando entendí que no era mi condición lo que hacía fríos nuestros encuentros sexuales, sino él que no sabía provocar en mí un deseo urgente por ser amada. Di un brinco de mi cama y me vestí con la intención de salir de casa. Necesitaba despejarme o acabaría loca dando vueltas a mi cabeza.

Un café a las diez en la Terraza de la plaza me citó con Raquel.

—Cada vez te veo más delgada—dijo antes de dar una larga calada a su cigarro.

Fruncí el ceño tirando de la cinturilla de mi vaquero.

—¿Tú crees? La verdad es que no tengo hambre.

Raquel se rio.

—Tanto sexo te consume, nena,

—Oye ni que estuviera dándole todo el día.

Ambas nos reímos.

—¿Le dijiste a Carolina lo de la cena?

Solté un largo bufido.

—No me digas nada...¿puedes creer que se lo dijo a Andy?

—¡No jodas!

—Sí, y como venga me voy a ver muy apurada.

—La única que está en apuros es ella, no tú. ¿Te recuerdo que eres libre?

—Lo sé, lo sé. Pero no me gusta esta situación. Ella cree que estoy con

otro hombre.

Raquel balanceó la cabeza incrédula.

—Madre mía... ni que fuera suyo.

A veces envidiaba el aplomo de Raquel, sin embargo me sentía incapaz de decirle a Carolina que estaba teniendo una aventura con Andy.

—Hoy voy a ir a verle—dije como si fuera una sentencia.

—Nena, tú no te das cuenta, pero yo veo que te mueres por ese tío.

—No lo entiendes, es sólo sexo, pero tiene algo que me hace sentir muy especial.

Mi teléfono vibró. Hundí mi mano en el bolso y alcancé el móvil. Había un mensaje de Andy y al acto alargué una sonrisa.

—Dame eso—ordenó Raquel divertida.

Sin darme cuenta me arrebató el aparato de las manos y leyó en voz alta:

*“Me tienes loco contando hasta los minutos para verte, tocarte y hacerte mía”*

—¡Santo cielo Patricia, hasta yo me acabo de excitar!

Lancé un suspiro con timidez.

—¿Me entiendes ahora?

—Más que suficiente.

Al rato nos entretuvimos mirando tiendas de ropa. Raquel buscaba unos vaqueros grises, y yo simplemente buscaba algo diferente, jovial. Mientras ella se entretenía comparando vestidos rojos y negros, yo me perdí entre secciones hasta llegar a la zona de ropa interior. Algo se arremolinó en mi interior al atisbar un precioso conjunto de encaje rojo con detalles en seda negra. Nunca me había sentido atraída por ese tipo de lencería, sin embargo lo único que acudió a mi mente, fue imaginar el rostro de Andy si me viera con un conjunto como aquél. Sentí un hormigueo rebelde en el estómago, y tuve que imaginar sus manos perfilando el borde de mis braguitas con la yema de sus dedos. La piel se me erizó.

—Vaya, vaya. No perdemos el tiempo, eh.

Raquel me sorprendió sacándome de mi ensoñación.

—¿No crees que es precioso?—señalé con la cabeza.

Ella ladeó la cabeza frotándose la barbilla con una mueca pícaro.

—Precioso no es la palabra. Es morbosos, cachondo y tremendamente sexy.

Me reí como si ya lo hubiera comprado.

—¿Tú crees que le gustaría a Andy?

Raquel abrió la boca desmesuradamente.

—¡Ya estás pensando en comprarte ropa interior para él! —dijo alargando una fresca carcajada.

Meneé la cabeza repetidas veces.

—¡No! Sólo era una sugerencia.

—Eso tiene fácil solución. Anda, pruébatelo.

—¿Ahora?

—¿Cuándo sino, tonta?

Con respeto descolgué la percha del colgador y me deslicé tímida hacia el

probador. Raquel me sujetaba el bolso mientras yo hacía equilibrios dentro del minúsculo probador. Cuando al fin conseguí colocarme la liga me miré en el espejo y sonreí. Esa no era la misma Patricia que había compartido años de matrimonio sumida en la rutina. La Patricia que vi en el espejo, era una mujer nueva, joven y viva por dentro. Entre optimista y confusa alargué la comisura de mis labios, y decidí que ése era mi camino, y que no quería volver a mirar a atrás.

—¿Ya, puedo entrar?

Tragué saliva perdida en mis pensamientos.

—Ya.

La ventana se descorrió y el flash de la cámara me obligó a guiñar los ojos.

—¿Qué estás haciendo?—le recriminé confusa.

—Ahora lo verás, y apuesto que en cuestión de segundos.

No podía creerlo, Raquel me había sacado una foto, y yo con esas pintas. Aún con mis dudas me vestí y decidí dar otra vuelta antes de decidirme. Raquel estalló en otra risa diabólica.

—¿Y ahora qué?

Ella se acercó a mí moviendo divertida los hombros con mí móvil en la mano.

—Tienes un nuevo mensaje...—dijo mostrando los dientes.

Andy. Fruncí el ceño y le quite el teléfono de las manos. Era un mensaje de

*“Me acabas de volver loco. Ven con ello puesto hoy, te lo quitaré con los dientes”.*

Le dirigí una mirada fugaz a Raquel.

—¡Tú estás loca!

Ella sonrió.

—Yo no cariño, pero el orgasmo de esta noche me lo debes—culminó guiñando un ojo.

## Capítulo 19:

Mónica estaba en su cuarto cuando llegué a casa. Se oía la música de fondo, y un débil canturreo por parte de ella. Me asomé al marco de la puerta y sonreí al verla estudiando con una mueca relajada en los labios.

—Qué bien te sienta el amor, cariño.

Ella se sacudió al verme, no esperaba que la estuviera vigilando.

—Qué cosas dices, mamá. Y eso del amor es algo muy elástico.

Me acerqué al borde de la cama y me senté a su lado. Mónica estaba arrellanada con las piernas cruzadas y un gran almohadón bajo la nuca.

—Me da igual lo que creas, pero hace tiempo que no te veía sonreír así, y menos estudiando.

Ella no pudo evitar ampliar aún más su sonrisa. Luego se retrepó y cruzó los brazos bajo el pecho inhalando aire de forma profunda.

—¿Sabes? La semana que viene es la fiesta de fin de curso.

Hizo una pausa para expulsar el aire de forma sonora.

—¿Quiere decir eso que vas a ir con él?

Mónica entornó los ojos y se humedeció los labios nerviosa. Luego hizo rebotar de forma repetida el lápiz sobre su libreta de notas.

—El caso es que me gustaría—dijo sin terminar la frase.

Una sucesión de imágenes me cruzó la mente. No pude más que imaginar lo que sucedía en los fines de curso en las películas, y no podía ser otra cosa que perder la virginidad con el canalla de turno. Entonces decidí tragar saliva e intentar olvidarme de mi parte protectora. En el fondo entendía que si ella había tomado la decisión de hacerlo por primera vez con ese chico, mi opinión no contaría para nada.

—¿Se lo has preguntado?

Mónica parpadeó un par de veces, luego se ruborizó.

—¿Y si me dice que no?

Expulsé el aire y la miré de forma indulgente.

—Si te dice que no, él se lo pierde. Querrá decir que van a aparecer más chicos, mucho mejores y que te sepan valorar.

Mónica frunció el ceño.

—Él me valora. Dice que soy muy guapa e inteligente y que se ríe mucho conmigo.

—Entonces no tiene por qué haber ningún problema cariño.

Alargué mi mano y le acaricié el hombro.

—Todos somos libres de estar con quien queramos, siempre con respeto.

—¿Lo dices por papá?

Tuve que carraspear. Tal vez era un buen momento para hablar del tema.

—Para mí esto no es fácil. Sin embargo tengo derecho a vivir, a ser feliz y a rehacer mi vida.

Mónica se alargó en la cama recogiendo el almohadón contra su pecho. Tal vez no quería que observase su rostro mientras le hablaba.

—Eso quiere decir que estás dispuesta a conocer otros hombres—sentenció mordaz.



—Yo no sé lo que va a pasar de ahora en adelante. Sólo te pido que al igual que yo, respetes cualquier decisión que pueda tomar.

Mónica me miró con los ojos vidriosos.

—Haz con tu vida lo que te dé la gana. Ahora si no te importa quiero descansar.

Abandoné su habitación en silencio, abatida y sin palabras. No podía decirle en ese momento que sí, que había conocido a alguien maravilloso. Y lo peor, que era su profesor de inglés. Nunca lo habría entendido. Entonces tuve que martirizarme.

¿Por qué no podía saber nadie que Andy y yo teníamos algo?

Puede que fuera en ese momento, cuando me di cuenta de que me gustaría que lo nuestro pudiera ser algo público, cuanto más formal. Ambos eramos libres, y a la vez esclavos del mundo.

Mi hija era lo que más quería en la vida, pero ella seguiría con sus propósitos con o sin mi opinión, y si yo decidía hacer lo mismo ella debería de entenderlo, fuera con quien fuera.

En una esquina, entre el sofá y la pared había dejado la bolsa con lo que me había comprado. Recordé el mensaje de Andy, sus palabras, de nuevo sus manos. Mi mano alcanzó el teléfono y éste tembló en mis manos.

*“Te veo en un rato...vestida de deseo. No olvides tus promesas”.*

Andy no tardó en contestar.

*“No me hagas esperar, o no respondo de mis actos. Pd: te deseo”.*

## Capítulo 20:

Puntual a mi cita me recogí el pelo frente a su portal. Mis piernas se sacudían a la espera de que Andy abriera la puerta. Un chasquido hizo que el pomo rodara sigilosamente. Las palabras sobraron. Andy me alcanzó por la nuca y llevó mi boca a sus labios, éstos parecían deshacerse con el vaivén de su lengua explorando cada rincón de mí con un deseo imperioso y candente. Quise avanzar mis pasos cuando noté sus manos aferrarse a mis muslos para colocarme a horcajadas sobre su cintura. Mis brazos se enlazaron a su nuca, adicta a sus besos. Sus labios eran la miel más dulce que había probado jamás, por eso le besé como si ésa fuera a ser la última vez. Entonces quise mirarle a los ojos. Él sonrió de esa forma rebelde y cómplice a la vez.

—Llevo todo el día deseándote—susurró al borde de mis labios.

Tragué saliva contemplando su belleza y le acaricié el pelo.

—Eres mi perdición—dije antes de abalanzarme de nuevo a sus labios.

Andy me apegó a la pared. Sus manos se paseaban nerviosas por mi cuerpo hasta detenerse en la apertura de mi blusa. Sus dedos serpenteaban el borde de mi escote, y entonces cuando pasó la lengua por sus labios con esa mirada felina, le insté con un susurro.

—Hazlo.

Con un movimiento rápido y fugaz Andy rasgó mi blusa rompiendo los botones para hundir tras un suspiro ahogado su barbilla entre mis pechos y exhalar el aroma de mi piel. Arquee mi espalda contra la pared ofreciendo mi torso y deleitándome con el paso de su lengua que buscaba mis pechos a través del encaje rojo. Luego sus besos se hundieron en mi cuello para resbalar hasta los tirantes del sujetador donde Andy se detuvo y los apartó con los dientes. Un calor ascendió por mis extremidades al percibir su mano atrapando mi sexo aún con la ropa puesta. Me humedecí de golpe. No podía esperar. Su mano vaciló entre el vaquero y mi ropa interior, Andy sonrió de esa forma pretenciosa y apoyó su frente en la mía clavando su mirada en mis ojos.

—Quiero que me lo pidas.

Ahugué un murmullo.

—Quiero hacerlo contigo.

Andy no cambió su expresión, paciente.

—Dímelo claro—dijo firme y autoritario.

Respiré profundamente como si se me fuera la vida en ello.

—Quiero que follemos, como tú sabes.

Su mano me atrapó el pelo con una fuerza mesurada e hizo que elevara la barbilla, su lengua me recorrió el cuello en una línea recta hasta hundir su lengua en mi boca y sin separarse de ella me susurró.

—Eres muy mala, voy a tener que castigarte.

Asentí con la cabeza muy lentamente sin apartar mi mirada de la suya. Encontrarme entre sus brazos era una sensación casi hipnótica, cualquier palabra que saliera de su boca era una caricia para mis sentidos. Entonces me tomó con firmeza de la mano y me condujo hasta la habitación. Ésta estaba oscura, y sobre cada mesita de

noche titilaban dos velas de color rojo que emanaban una suave esencia con olor a vainilla. La música llegaba desde el comedor, con el volumen justo para que con la puerta abierta unos centímetros pudiera llegar como un suspiro.

—¿Te gusta? Lo he preparado para ti.

Parpadee un par de veces al atisbar la botella de cava sobre la cama, con dos copas en forma de cruz.

—Me encanta—dije alargando cada sílaba.

Andy se deshizo de su camiseta y se sentó en el borde del colchón. Tras hacerme un gesto de su mano imite su gesto y esperé paciente a que descorchara la botella. Estaba especialmente guapo a la luz sombría de aquella habitación, concentrado en sacar con aparente facilidad el corcho de la botella. Tras un chasquido hueco sonrió triunfal y divertido, a la vez que llenaba hasta la mitad las dos copas de cava.

—Por ti y por mí—dijo entregándome el vaso ovalado.

Choqué mi copa suavemente contra la suya, y respondí con una mirada perpendicular. Temía hablar, sacar cualquier tema de conversación, nada que pudiera romper ese momento. Entonces sobran las palabras. Dejamos el cava a un lado para beberlo de nuestros labios. Quise adelantar el momento sentándome a horcajadas sobre él, pero Andy alargó una mueca despiadada e hizo chasquear la lengua contra el paladar.

—Señorita, hoy voy a hacerla sufrir.

Compuse un mohín con los labios en señal de enfado ocurrente, pero antes de que pudiera protestar Andy había girado mi cuerpo contra la cama, aferrando mis muñecas con una mano por encima de mi cabeza, con la otra selló mi boca con el dedo índice.

—Debería ser pecado ser tan sexy.

—Castigame.

Andy balanceó la cabeza arriba y abajo. Acto seguido alargó una mano y atrapó un largo pañuelo que tenía un cabo atado al cabezal de la cama, para unir el otro alrededor de mi muñeca. Con la otra hizo lo mismo manteniéndome atada bajo su cuerpo. Ahogué un lamento de forma dramática.

—¿Es mi condena no poder tocarte?

Andy deslizó sus manos por mi vientre.

—Si crees que así es, quiero verte sufrir.

Mi cuerpo se estremeció al notar frío húmedo del cava resbalar entre mis piernas, más cuando percibí el contraste con la calidez de su lengua dejé escapar un jadeo al verme incapaz de poder aferrarme a sus cabellos. Andy me aferraba con firmeza las nalgas, mientras bebía de mi sexo con una mirada felina, delirante. Sus jadeos mudos imprimían su aliento en mi labios, hasta que me vi obligada a decirle que parara. Necesitaba sentirlo dentro. Su cuerpo se cernió sobre el mío. Intuí que su deseo era continuar con el castigo, pero su sexo buscó por instinto la apertura del mío, hundiéndose de golpe en mi interior y emitiendo un gemido gutural. Traté de sacudirme, en un amago por acoplarme a su cuerpo, pero tan sólo el vaivén de mis caderas podía bailar contra su cuerpo. Sus embestidas se fueron intensificando, así como su respiración hasta volverse cada vez más duras, primitivas. Era como si se

hubiera vuelto loco sobre mi cuerpo y necesitara aliviar ese deseo que pujaba endemoniado por salir. Primero me asusté, luego me pudo el morbo de verlo tan excitado poseyendo mi cuerpo y deleitándose follando como un animal desbocado. Luego tras un gemido que le desgarró la garganta, cayó extasiado sobre mí.

Tan sólo habían pasado unos segundos. Sin embargo pude sentir un amago de debilidad al estar todavía atada de manos, con Andy recuperando la respiración sobre mi pecho.

—Perdóname. He perdido los papeles—dijo de golpe apresurándose a liberar mis muñecas.

No tenía palabras. Era verdad que me había gustado ese juego, pero también me hubiera gustado poder tocarlo, aferrarme a su piel y saborearlo de verdad.

—Ha sido fantástico.

Al acto su móvil sonó. Andy no le dio la menor importancia, permanecía pegado a mi cuerpo con el corazón todavía latiendo a cien por minuto. Inmediatamente volvió a sonar ese pitido y Andy resopló.

—Puedes mirarlo si quieres. No me importa.

—No hace falta, será algún amigo.

Procuré parecer indiferente. No quería que pensara que podría estar celosa de alguien.

—Como quieras.

Quise alcanzar sus labios cuando el tono de llamada comenzó a sonar. Andy lanzó un suspiro y se descolgó de la cama para atrapar los vaqueros y sacar el teléfono móvil con hastío. Cuando miró la pantalla su rostro cambió, cubrió el auricular con una mano y tras dirigirme una mirada precavida esperó a que dejara de sonar.

Un nudo se tensó en mi estómago. Hubiera podido decir que no le apetecía cogerlo, que era alguien a quien devolvería la llamada más tarde, pero simplemente no dijo nada. Me sentí idiota. Corrí a por mi ropa con sumo nerviosismo.

—¡Patricia, no te vayas!

Me cubrí como pude, pues mi camisa se había roto por los botones y le dirigí una mirada fugaz.

—Debí de imaginarme que tenías novia.

Andy me agarró por un brazo intentando evitar que me marchara.

—No es así, de verdad.

—Entonces no entiendo el por qué de tu comportamiento ¿me lo explicas?—dije mordaz.

Andy iba a decir algo, pero cuando hizo el amago de abrir la boca las palabras le abandonaron.

—Suficiente.

Me marché dando un portazo. En ese frío momento tal vez no pensé en nada, lo único que me urgía era llegar a casa y volver a la realidad. Me había comportado como una idiota, pensando que igual Andy podría estar sintiendo algo parecido a lo que sentía yo. Fue cuando llegué a casa, que me encerré como una niña en mi habitación y me sentí humillada. Le di mil vueltas a la cabeza, para llegar a la conclusión de que Andy tan sólo buscaba en mí el morbo de estar con una mujer

mayor que él. Aún era pronto para apartarme, para no caer en sus redes. Me dolía. Me dolía a rabiar, pero en el fondo entendí que, si alguien de los dos iba a perder en esa historia, esa persona sería yo. Todo debería haber terminado en el momento en que la puerta se cerró. Nadie me advertiría de lo sucedería en poco tiempo.

## Capítulo 21:

Al día siguiente me refugié en mi hogar. Esperaría a que Mónica regresara del instituto para sugerirle ir a visitar algunas tiendas. Tenía turno de tarde y ese día no coincidiría con Andy. Traté de concentrarme en mis tareas. Por más que quisiera no podía quitarme esa imagen de la cabeza: Andy cubriendo el móvil y apuntándome con la mirada. Cada vez que pensaba en eso sentía una punzada atravesando mi pecho, y una vocecita interior me repetía incesante que me había comportado como una idiota. Podría haber usado mi teléfono y contárselo todo a Raquel, pero me sentía tan humillada que no me apetecía magnificar ese sentimiento que me carcomía por dentro. Es más había apagado el móvil para no recibir ni un sólo mensaje por parte él.

La comida estaba sobre la mesa cuando Mónica llegó. Ella vino del instituto especialmente feliz. Con un movimiento propio de un mago desplegó un manojo de exámenes y sonrió victoriosa.

—¡Voilà!

Abrí los ojos con desmesura cuando comprobé que todos estaban aprobados con una media de un siete y medio.

—Esto es fantástico Moni.

Ella frunció el ceño alargando una mueca extrañada.

—¿Ya está?

Tal vez no me había dado cuenta del poco énfasis que había imprimido en mis palabras. De hecho aún notaba como la angustia me estrujaba la garganta.

—Perdona cariño. He tenido un mal día ¿qué te parece si lo celebramos con un vestido especial fin de curso?

Mónica hizo como si tuviera que pensárselo dos veces. Luego guiñó un ojo de forma cómplice.

—Es negociable. Además quiero estar estupenda ese día.

Le sonreí al contemplarla tan ilusionada, eso quería decir que habría recibido un sí por respuesta y que probablemente esa sería su noche. Podía haberla advertido de que no sería fácil. Decirle que no hiciera nada de lo que no estuviera segura, e intentar protegerla del desamor. Pero era su vida, la que ella había elegido, y contra el destino no se puede luchar. Era mejor que si tenía que sufrir lo hiciera pronto, de esa forma pronto aprendería a no regalar su corazón a cambio de migas de pan.

La tarde transcurrió deprisa. Paseamos largo rato por el centro comercial, donde Mónica se enamoró perdidamente de varios vestidos sin saber a ciencia cierta cuál elegir. Era el tercero que se probaba cuando la cortina se descorrió. El corazón me dio un vuelco cuando la vi con ese vestido azul. Ella sonrió de forma tímida al detectar en mi rostro la sorpresa de verla tan esplendida.

—¿Crees que le gustará a Jonathan?

No tenía palabras. Era el vestido más bonito que había visto jamás, y sus ojos brillaban como dos diamantes.

—Dios mío, si no le gusta, deberías pensar seriamente que no le gustan las mujeres.

De forma teatral Mónica giró sobre sí misma, se encogió de hombros y

me besó la mejilla.

—Será mi noche mamá. Lo sé.

Tragué saliva amedrentada. No quería admitir la realidad, Mónica ya era una mujer.

—Sólo te pido una cosa.

—¿Cuál?

La miré con los ojos vidriosos.

—No hagas nada de lo que no estés completamente segura.

Mónica se volvió a mirar en el espejo, y respondió a través de su reflejo.

—Mamá, es lo que más deseo en el mundo.

## Capítulo 22:

Cuando encendí mi teléfono, tenía tres llamadas perdidas y dos mensajes de chat. Era Andy. Hice acopio de mis fuerzas e ignoré lo que decían sus disculpas. Mientras no lo tuviera delante podía fingir que era fuerte, que no le necesitaba, y lo que era peor, fingir que no lo echaba de menos.

Había quedado con las chicas a las nueve, y no tuve más remedio que llamar a Manuel para advertirle que esa noche saldría y que necesitaba que se quedara con Mónica.

—Llevas ignorándome desde hace semanas, ¿y ahora necesitas de mi ayuda?

Solté un bufido irritada por dentro. Para mí ya todo había pasado, y en cambio él aún seguía sin entender nuestra ruptura.

—Tan sólo te he pedido que te ocupes de tu hija.

Se hizo un silencio espeso que cruzó la línea de teléfono. En el fondo sentía pena por él.

—Y yo tan sólo te pedí una oportunidad.

No tenía ganas de discutir.

—Por favor, sólo te pido que te quedes con ella hasta las doce y media, a lo sumo la una. Luego hablaremos de todo esto ¿de acuerdo?

Su respiración sonaba espesa y profunda.

—De acuerdo—dijo con un hilo de voz.

Colgué el teléfono con una sensación de culpa flotando en el cuerpo, preguntándome si después de todo estaría yo actuando mal, o si en cambio en verdad era necesario para los dos.

Raquel me esperaba erguida en la acera, con una sonrisa pretenciosa y una chaqueta sobre el brazo.

—Lo vamos a pasar genial—dijo mientras se colocaba el cinturón.

—Sí—dije lacónica.

Raquel me dirigió una mirada extrañada.

—Madre mía, ni que hubieras visto un fantasma. Estás pálida y trasmudada.

Elevé las cejas y lancé un suspiro.

—He tenido días mejores.

Raquel carraspeó.

—¿Vas a contármelo?

Torcí la esquina con brusquedad.

—Carolina ya nos espera. Mirala.

Raquel se aclaró la garganta de forma sonora.

—¿Quiere decir eso que Andy tiene algo que ver?

—No me apetece hablar del tema.

—Ya hablaremos tú y yo a solas.

Carolina entró al coche imperiosa. Llevaba un vestido negro ajustado a ras de las nalgas y un escote pronunciado. Olía a *Dolçe & Gabbana* y llevaba una sonrisa pintada en la cara. Ellas dos parlotearon durante todo el trayecto, mientras yo permanecía ausente en mis pensamientos. Lo único que me apetecía en ese instante era



desaparecer una temporada y poner en orden mis sentimientos e inquietudes.

—¡Gira a la derecha!

Di un volantazo y sacudí la cabeza. No estaba prestando atención y ellas dos se dieron cuenta.

—Otra maniobra de éstas y nos matas—puntualizó Raquel.

Carolina se rió divertida.

—Patricia debe estar pensando en su nuevo novio.

Raquel me lanzó una mirada de soslayo y quiso seguirle la corriente.

—Será por eso que últimamente anda despistada, el sexo la consume.

—Uhhmm... será eso. El otro día llevaba un chupón así de grande—dijo formando un círculo con el dedo índice y pulgar—mira si debió de chupar con fuerza ¿te imaginas el resto?

Un fuerte carcajada estalló de sus bocas. Yo sin embargó me mantuve callada con un hervor abrasándome el estómago.

—Hoy nada sexo. Noche de chicas. Eso sí, nada nos impide dejar a los hombres como un trapo—sugirió Raquel virando la cabeza hacia el asiento trasero.

—Dos copas. Lo justo para que Patricia se vaya de la lengua y nos cuente más detalles.

Di un frenazo brusco frente al semáforo en rojo.

—He salido a divertirme, no a hablar de mis cosas. Así que os agradecería que le arrancarais la piel a otra ¿de acuerdo?

Se hizo un silencio incómodo. Raquel me entendió y guiñó un ojo sin apartar la vista de enfrente. Minutos más tarde nos encontrábamos en El rincón del Gallego, un restaurante en el centro de la ciudad. Agradecí que hubiera un concierto durante la cena, de esta forma ellas permanecerían más tiempo calladas debido al ruido de fondo. Igualmente intentaron hablar. Carolina pasó largo rato entretenida con su teléfono móvil, a la vez que Raquel me explicaba los planes que tenía en su inminente recuperación de la cadera. Sin darme cuenta, fruto de los nervios me había terminado mi plato. No es que tuviera hambre, sino que necesitaba algo con lo que entretenerme.

—¡Tierra llamando a Marte!

Carolina elevó los ojos por encima de su Iphone y se rió divertida.

—Ya. Estoy con vosotras.

—Si lo sé me quedo en casa. Vaya dos muermas estáis hechas—sentenció Raquel.

—De eso nada. Ahora mismo pedimos la cuenta y vamos a un pub que está a dos calles de aquí ¡tengo ganas de bailar!

Raquel me miró con una ceja más alta que la otra.

—Pues hasta hace un rato nadie lo diría.

Carolina guiñó un ojo, luego hizo chasquear la lengua de forma chulesca.

—Vamos a tener compañía de la buena.

—¡No jodas!

Preferí no preguntar. Me limité a ir al lavabo y echarme agua fría en las mejillas o corría el peligro de que prendieran fuego en aquel mismísimo instante. Me pregunté qué haría si venía Andy, y si sería capaz de ocultar mis sentimientos hacia él.

Por un momento casi me olvidé de lo que había ocurrido, es más no le di la opción de darme una explicación. Aún así había quedado fatal con mi comportamiento de novia-amiga-loquesea celosa perdida por una llamada de teléfono. Había actuado mal, lo sabía, pero no sería capaz de hacer como si no hubiera pasado nada. Dejaría que la noche siguiera su curso, Carolina no podía sospechar nada.

Tres chupitos de tequila golpearon la barra del pub. Solté un bufido armándome de coraje. Hacía muchísimo que no me había emborrachado y todavía no era el momento. Con un movimiento rápido alzamos los codos y tragamos aquel líquido que abrasó nuestras gargantas.

—Chicas, como mucho a la una he de estar en casa. Mónica me espera.

—Mónica ya es suficientemente grande.

Exhalé un suspiro.

—Lo sé, pero Manuel va a dejarla en casa y le he prometido que llegaría pronto.

Carolina meneó la cabeza.

—Pues baila, que la noche es corta.

Pronto el pub se llenó. Eran las doce de la noche y la música sonaba fuerte y estridente. Las tres bailamos de forma desenfadada algo alegres con el tercer chupito de tequila. Pronto se acercaron dos chicos y uno de ellos quiso presentarse de forma simpática.

—Vaya, así que te llamas Patricia. Nunca te había visto por aquí.

Sonreí algo incómoda.

—No suelo salir—dije sin apartar la mirada de la puerta de entrada.

—¿Te apetece tomar algo?

Agité la cabeza repetidamente.

—Gracias, pero ya he bebido suficiente.

—De acuerdo, voy a por una copa. Luego vengo a por un baile—dijo alejándose con una mirada pretenciosa.

Sentí un ligero mareo al notar los efectos del alcohol. La muchedumbre se movía acompasada al ritmo frenético de la noche, pero no fue hasta que oí un grito de Carolina cuando abrí los ojos de par en par.

—¡Andy! —chilló levantando las dos manos.

Me di la vuelta bruscamente y al acto me topé la mirada de Andy que destacaba entre decenas de personas. Sus ojos brillaban en medio de la oscuridad y por un momento sentí que me faltaba el aire. Andy llevaba la barba de dos días y el pelo recogido detrás de las orejas. Vestía una americana negra sobre una camiseta de un blanco roto y vaqueros ajustados. Pude notar como todas las miradas de las mujeres se dirigían hacia él haciendo que rabiase de celos.

—¡Qué bien que hayas venido! Te presento a Raquel, a Patricia ya la conoces.

Mantuve la respiración mientras imprimía dos besos en las mejillas de Raquel. Luego tras estudiar mi rostro se acercó a mí e hizo lo mismo apoyando su mano en mi cintura. No podía rechazarle o me delataría. Entonces me susurró al oído:

—Te dije que era pecado estar tan sexy.

No respondí al comentario, que me pareció irónico. No habíamos vuelto

a hablar y entonces actuaba como si no hubiera pasado nada.

—Vamos valiente, te espera un chupito de tequila.

Carolina tiró del brazo de Andy que compuso un gesto de lamento. Y así como se deslizaban hacia la barra, en sentido contrario regresaba el chico de antes.

—Ahora sí, nena. Esta canción es para mí.

Raquel se reía desde uno de los taburetes, la cadera empezaba a dolerle y prefirió ver el espectáculo sentada.

—Te lo agradezco, pero ahora no me apetece—dije en un tono ocurrente.

Aquel chico meneó la cabeza acercándose aún más. Pude ver por encima de su hombro como Andy me buscaba con la mirada, y no tuve otra ocurrencia que sonreír a mi acompañante. Pronto sus manos me enlazaron por la cintura, acto que me incomodó soberanamente. Olía a alcohol y a tabaco y no era precisamente el tipo de hombre con el que tendría una aventura. Con un movimiento brusco aparté sus manos de mi cuerpo.

—No te confundas ¿vale?

Una risa malévola escapó de la comisura de sus labios.

—Conozco este juego, sé que lo estás deseando.

—Déjame en paz.

La sangre comenzaba a hervir en mis sienes. Pero no fue hasta que sentí la presión de sus dedos en mi antebrazo cuando me sacudí nerviosa. Una mano le atrapó el hombro haciendo que se diera la vuelta.

—¿No la has entendido?

El rostro de aquel energúmeno se transformó en ira.

—¡Metete en tus asuntos idiota!

Las manos de Andy le cayeron sobre el pecho recogiendo en sus puños las solapas de su blusa, y con un movimiento brusco lo empujó haciendo que la gente se apartara de golpe. Carolina se llevó las manos a la boca. Raquel no daba crédito a sus ojos. Andy me tomó por un brazo y me llevó a la salida.

—¡Estás loco!

Andy barrió el sudor de su frente, luego clavó su mirada en la mía.

—Sí, lo estoy por tu culpa ¿por qué no respondes a mis mensajes?

Me crucé de brazos sin una explicación lógica. Corría una brisa fresca, silente, que alborotaba mis cabellos.

—Todo esto me supera Andy.

—Explícate o no puedo entenderte.

Desplegué los brazos haciendo aspavientos.

—¡Esto, todo! No conozco nada de ti, nos vemos a escondidas del mundo. No sé siquiera si tienes pareja y tampoco me das una explicación razonable.

Andy me aferró por las muñecas.

—La única explicación que puedo darte es que me vuelves loco. Que te echo de menos, y que me muero por besarte.

Mi pecho se ensanchó, me moría de ganas por besarle, acariciarle y sentir el calor de su cuerpo. Por otra parte sabía que si accedía, seguiría inmersa en ese caos mental. Sus labios se iban acercando. Podía sentir su respiración, incluso el perfume de su piel.

—Ahora no, podrían vernos.

Andy sonrió.

—¿Quiere decir eso que lo harías?

Entrecerré los ojos simulando más enfado si cabe.

—Yo no he dicho eso, ¿y tú me contarías lo que ocultabas el otro día?

Su semblante sufrió una notable transición, entonces tragó saliva.

—Lo haré, te lo prometo. Pero no me pidas que sea ahora.

—¿Puedo confiar en ti?

Sus labios ya casi rozaban los míos.

—Completamente.

Una voz chilló a lo lejos y los dos dimos un brinco. Carolina se acercó con paso decidido.

—¿Qué ocurre?—dijo con extrañeza.

Andy yo nos miramos apurados. Carolina lo descubriría todo.

## Capítulo 23:

No encontrábamos ya en el interior de su coche cuando estallamos en una risa nerviosa. No me había gustado la cara con la que me miraba Carolina cuando me vio marcharme con Andy. Todo lo achacamos a un pronunciado mareo, y fue Andy quien puso fin a la velada anunciando nuestra partida. Él me llevaría a casa, mientras Carolina pediría dos copas más. Ese momento no llegaría. Probablemente ella me pediría explicaciones que debería dar con un razonamiento lógico. Pero en ese momento no me importó. Estaba al lado de Andy, cruzando la ciudad con su mano apoyada en mi muslo. Cerré los ojos sumida en esa calma provisional, sintiendo la velocidad y el aire fresco que entraba por la ventana rozándome las mejillas.

—¿En qué piensas?—susurró Andy.

Ladeé la cabeza contemplando su perfil de rasgos angulosos.

—En ti, en mí, en todo.

Andy me obsequió con una sonrisa.

—Si hay algo que te preocupe me gustaría saberlo—dijo condescendiente.

Encogí los hombros y solté un bufido.

—Supongo que por Carolina. Sabes que le gustas, y no me gustaría que descubriera lo nuestro.

Andy hizo un gesto de comprensión.

—¿Hasta cuándo?

Su pregunta me cogió desprevenida. Era cierto ¿hasta cuándo? No era sólo el problema de Carolina. Los inconvenientes se seguirían sucediendo, Manuel y Mónica tampoco lo entenderían. Había pasado un periodo relativamente desde mi separación, y si salía a la luz que tenía una aventura con chico casi diez años menor que yo, aunque eso fuera trascendental a lo que ello suponía, todos creerían que la culpable de todo sería yo, sin tener en cuenta el sufrimiento que me había causado mi ex marido.

—No lo sé, Andy. Tan sólo me importa el momento.

Su mano alcanzó mi mejilla y la acarició con suavidad. El semáforo se puso en rojo y fue cuando él aprovechó para abalanzarse sobre mis labios. Sentir la calidez de sus labios con el contraste de su lengua hizo que me estremeciera. Lo había echado tanto de menos que saboreé ese beso con un deseo imperioso pujando dentro de mí. El sonido estridente de un claxon nos interrumpió. Tuvimos que sonreír ávidos de deseo.

—No puedo esperar más sin tocarte—dijo casi en un susurro.

Respondí balanceando la cabeza. Sentía una excitación aberrante que precisaba de sus manos con urgencia.

—Te deseo, Andy.

Las ruedas de los neumáticos torcieron una esquina adentrándose en un callejón oscuro. Luego el motor se detuvo. Andy se desabrochó el cinturón de seguridad y con la respiración alterada tiró de mí para que me colocara encima de él. Su mirada me atravesó como un animal salvaje. Provocar ese deseo en él hacía que me sobreexcitara. Puede que a veces no midiera sus caricias, sin embargo era eso lo

que provocaba un contraste de emociones en mí. Me quité la ropa con rapidez a la vez que no quería separarme de sus labios. Algún mordisco a destiempo y nuestros cuerpos ardiendo de deseo. Andy estaba a punto de penetrarme cuando sentí sus manos temblando en mi cintura.

—No soportaría verte con otro hombre.

Tragué saliva.

—No quiero a otro hombre, te quiero a ti.

—Dime que sólo follarás conmigo.

En la dureza de su voz entendí que aquello podría ser un juego, o no.

—Sólo contigo Andy, sólo te deseo a ti. Quiero hacerlo contigo hasta reventar de placer. Quiero lo que tú me das.

—Pídemelo.

—Dámelo, Andy. Házmelo como sólo tú sabes—susurré en el borde de su boca.

Su sexo se clavó en mi interior arrancando un fuerte gemido de mi boca. Estaba muy húmeda y mi sexo latía en cada embestida, éstas cada vez se hacían más intensas y salvajes. Él en cambio gemía con desespero, como si se quemara con el contacto de mi piel. Sus jadeos se convirtieron en ensordecedores y amarrados con fuerza el uno al otro nos miramos con miedo a los ojos y tras una oleada de sentimientos, placer y emociones llegamos a un orgasmo desmesurado con nuestros cuerpos convulsionándose al unísono. Luego todo se quedó en silencio.

Desperté aturdida por el sonido de mi móvil *joh Dios mío!* Eran las cinco de la mañana. Descolgué el teléfono con las manos temblando.

—¿Se puede saber dónde estás?!

Balbuceé incrédula mirando a mi alrededor. Estaba en un callejón oscuro, con Andy durmiendo a mi lado.

—Yo...eh...Manuel. Ahora mismo voy a casa.

—¿Dónde estás? ¿Estabas durmiendo?—dijo alterado.

—No...yo...voy enseguida.

Horrorizada miré mi móvil. Tenía seis llamadas perdidas, dos de Mónica y cuatro de Manuel *¡Mierda, mierda, mierda!* Me apresuré vistiéndome y sacudiendo a Andy para que despertara. No podía creer que nos hubiéramos quedado dormidos. Me lamenté pensando en Mónica y en la clase de madre que haría algo semejante. Andy despertó abochornado y en silencio me llevó a casa. Nos despedimos de forma fugaz y corrí hacia el interior con la sangre hirviendo en mis venas.

—¿Dónde estabas?—sentenció Manuel bajo el umbral con las llaves en la mano.

Entré en el piso como una exhalación.

—Te lo dije, salí con unas amigas.

Su mano me aferró el brazo.

—A Mónica puedes mentirle, pero yo no te creo.

Lo atravesé con la mirada dolida.

—No te importa lo que haga con mi vida.

—Sí, mientras vivas bajo el techo que sigo pagando.

No tuve palabras. Cerré la puerta derrotada y lloré. Mi separación con

Manuel no había sido un final, sería el principio de una larga lucha.

## Capítulo 24:

Fue una noche larga e intensa, no conseguí pegar ojo en toda la velada. Una guerra se sucedía en mi cabeza, y no podía dejar de sopesar si tener una aventura con Andy podría compensar todos los quebraderos de cabeza que soportaba hasta ese momento. Era cierto que lo deseaba con todas mis fuerzas, pero se estaba convirtiendo en una relación destructiva de la que tenía la certeza que no iba a sacar nada bueno. Si todo salía a la luz sería una tortura, a la vez me arriesgaba a que Mónica y yo tuviéramos que buscar otro hogar.

Pasé toda la mañana acostada, llorando a ratos y maldiciendo mi suerte. Era un sábado soleado, un día perfecto para salir a tomar el aire. Pero no me apetecía, no tenía fuerzas ni para mantenerme en pie. Unos nudillos golpearon la puerta de la habitación.

—¿Puedo pasar?

Me limpié la nariz con un pañuelo y respondí con la voz congestionada.

—Claro.

Mónica entró sigilosa, y como cuando era una niña se metió en mi cama para aferrarse a mi espalda. Sentí un alivio tremendo al dejar de sentir la distancia entre las dos. Luego ella carraspeó.

—Esta noche he oído como papá y tú discutíais.

Me di la vuelta y le aparté el pelo de la cara.

—Papá no entiende que lo nuestro no puede seguir así. Dime que tú me comprendes.

—Yo no quiero que sufras. Por nadie.

Esboqué una mueca orgullosa.

—Por nadie cariño.

—Pero has estado llorando... ¿cómo se llama?

Fruncí el ceño sorprendida.

—¿Cómo se llama quién?

Ella entornó los ojos con un gesto muy propio de mí.

—¿Quién va a ser mamá? El monstruo del que te has enamorado.

Ambas nos reímos de forma cómplice.

—No es un monstruo, es alguien maravilloso.

Mónica abrió los ojos como platos. Sin querer lo había confesado.

—Entonces me alegro de que sea humano.

Nos miramos un rato en silencio.

—Es pronto todavía. No puedo hablarte de él. Tan sólo puedo decirte que es maravilloso.

Mónica soltó el aire de forma entrecortada, aún así quise creer que me entendía, yo debía seguir con mi vida, así como ella continuaría con la suya.

—Además, dejémonos de dramatismos. Hoy es tu noche.

Ella sonrió para sí misma.

—Sí, mamá. Hoy puede ser mi noche.

Luego nos fundimos en un abrazo.

A las dos debía estar puntual en la cafetería. No me apetecía en absoluto ir a trabajar, pues deduje que me incomodaría la presencia de Carolina. Por un



momento llegué a pensar en decírselo a bocajarro y si tenía que morirme que fuera en ese momento. Sin embargo me faltó corazón, no podía ser tan frívola y malvada. Por suerte fue una tarde ajetreada, en la que apenas nos dirigimos la palabra teniendo mis dudas de si era algo ocasional o si en cambio ella estaba enfadada conmigo. Fue en una breve pausa cuando al fin pudimos tomar un café con tranquilidad. Ambas nos miramos derrotadas y fue ella quien rompió el silencio.

—¿Qué tal tu mareo Patricia?

Sostuve su mirada durante unos segundos, luego di un sorbo a mi taza de café.

—Bien, se me pasó al acostarme.

Ella dio una cabezada solemne.

—Curioso. Por un momento pensé que Andy y tú os mirabais de forma cómplice ¿qué sin sentido, verdad?

Quise omitir el comentario irónico de ella, sin embargo tuve que responder con brusquedad.

—¿Acaso te molestó que me llevara a casa?

Carolina expulsó el aire de forma sonora por la nariz.

—¿A mí? Para nada, Andy es libre de hacer lo quiera. Además lo pasamos en grande cuando te dejó.

Sentí como si me arrancaran la piel del pecho.

—¿A qué te refieres?

—A que Andy regresó enseguida después de dejarte en casa, y nos tomamos un par de copas más.

Eso no era posible, Andy se había quedado dormido conmigo en el coche.

—Eres una envidiosa y mentes.

—¿Por qué debería hacerlo?—respondió ofendida.

—Por que Andy estuvo conmigo hasta las cinco de la mañana.

Carolina palideció de golpe. Quiso balbucear algo, aunque las palabras se quedaron mudas. En ese momento Andy cruzó la puerta de la cafetería y ante la mirada atónita de ella se acercó con paso firme a mí y me instó:

—Tenemos que hablar.

Una frialdad lóbrega me sacudió el cuerpo. Consulté mi reloj y agité la cabeza.

—Falta media hora para las nueve. Podemos hablar luego.

Andy meneó la cabeza con los ojos llenos de inquietud.

—No Patricia, ha de ser ahora.

## Capítulo 25:

Puede que Carolina me entendiera o no. El caso es que me quité el delantal y fui a por mi bolso en el almacén. Las manos me temblaban y un mal presentimiento se apoderó de mis entrañas. Mi cabeza sólo hacía pensar en qué sería aquello tan importante que Andy tenía que decirme. Pensé que había ocurrido algo y que lo nuestro tenía que terminar. También pensé en Carolina y en la crueldad que sería eso, entonces que lo había descubierto todo. Corrí al lavabo y salí con prisas.

—Carolina, si no te importa cierra tú. Mañana hablamos.

Ella viró la cabeza sin apenas prestarme atención. Luego la puerta se cerró.

Al salir a la calle nos cruzamos con una pareja joven que casi se chocó con nosotros.

—¡Perdón!

Arrugué la frente, yo conocía a esa chiquilla aunque iba vestida de largo y maquillada de forma exagerada.

—Tú eres...¿Lucía?

La chica asintió con la cabeza.

—Hola Patricia, lo siento llegamos tarde a la fiesta.

Me fijé en su acompañante, y éste procuraba no levantar la cabeza del suelo. Sabía que lo conocía de alguna parte pero no lograba dar con su rostro.

—Pasadlo bien.

—¡Gracias! Vamos Jonathan.

Me quedé sin palabras. La mejor amiga de mi hija iba a ir a esa fiesta con Jonathan ¿entonces con quién estaba Mónica?

Andy y yo íbamos descendiendo calle abajo.

—Y bien, ¿qué es eso tan importante?

Andy caminaba cabizbajo sumergido en sus pensamientos. Entonces detuvo el paso y vaciló unos segundos antes de hablar.

—Tengo que contarte la verdad, Patricia.

Le miré a los ojos con extrañeza, nunca le había visto tan preocupado. Entonces me froté los brazos aliviando el frío que se acababa de instalar en mi cuerpo. Andy se aclaró la garganta.

—Es por la llamada del otro día. Debería habértelo contado antes.

Sentí como un puñetazo seco me llegaba al estómago. Sentí ganas de llorar, sin embargo me mantuve firme, sujetando estoicamente las lágrimas para que no brotaran en ese momento.

—Debí de suponerlo—objeté aireando una risa irónica—¿hay alguien verdad?

Andy se llevó las manos a las mejillas e hizo girar la cabeza repetidamente.

—Hay alguien que me llama y no entiende un no por respuesta.

Agité los brazos con irritación.

—Es increíble, lo sabía. Carolina no va a darse por vencida.

Andy merodeo con las manos en jarras, como si buscara el valor en los

adoquines de la acera.

—Patricia, escúchame...—dijo con la mirada quebrada.

El sonido de mi móvil nos interrumpió. Era un número que no conocía. Estuve a punto de no responder, pero algo hizo que contestara a aquella llamada. Las palabras atravesaron el auricular como un cuchillo afilado. Acto seguido el teléfono resbaló de mis manos para estrellarse contra el suelo.

—Mónica está en peligro—dije mordaz

—¿Qué ocurre?

Me sentí desfallecer.

—El edificio está en...

No pude continuar. Ambos corrimos hacia a mi casa. Al torcer la esquina un olor fuerte me invadió obligándome a toser. Todo el edificio se encontraba acordonado. Dos camiones de bomberos se apresuraban a apagar el fuego que salía de las ventanas. Andy corrió hacia uno de los furgones y se caló un traje para entrar en la casa y asegurarse de que Mónica no se encontraba dentro. Fueron unos minutos aterradores. Por mucho que quisiera intentar localizar a Mónica, mi móvil no respondía por el fuerte golpe que se había dado contra el suelo. Las ambulancias comenzaron a llegar ensordeciendo la noche con sus sirenas y con las luces martilleando en el cielo oscuro. Un mareo vertiginoso me invadió cuando me imaginé lo peor. Andy vino con las manos vacías. Luego todo fue oscuridad.

Cuando abrí los ojos ya todo había pasado, los camiones de bomberos recogían las mangueras y las ambulancias ya corrían hacia el hospital *¡Oh Dios mío, Mónica!*

Fueron dos horas interminables las que esperamos en la sala de espera. El hospital estaba colapsado y nadie había aparecido en la última media hora para darnos alguna noticia nueva.

Una doctora vestida de un blanco riguroso apareció bajo el umbral y me hizo un gesto de su mano para que la acompañara. Andy seguía hablando con el equipo de bomberos. Seguí tras sus pasos con el corazón en un puño.

—¿Cómo está mi hija?

La doctora que se presentó como Victoria Falcó y compuso una mueca condescendiente, luego detuvo sus pasos y se dirigió a mí tras tomar aire.

—Su hija está perfectamente. La mantenemos en observación por el fuerte estado de shock en el que ha entrado en urgencias.

Apreté los ojos amedrentada por lo que hubiera podido ocurrir. Más que nunca necesitaba estar a su lado después del susto que llevaría en el cuerpo. Me sentí muy mal conmigo misma, pensé que debería haber estado con ella y asegurarme de que se había marchado a la fiesta sin problemas.

—No sabe el alivio que me da ¿cuándo podremos marcharnos?

La mujer esbozó una sonrisa compasiva.

—Hay algo que usted debe saber. Hemos estado hablando con la dotación de bomberos que rescataron a su hija en su domicilio. No cabe duda de que el incendio fue provocado por Mónica.

Sentí una fuerte opresión en el pecho. El aire casi no llegaba a mis pulmones. No entendía nada. No era posible que Mónica hubiera prendido fuego en

casa ¿por qué?

—Eso no es posible.

La doctora asintió con la cabeza.

—Sé que a veces la realidad es muy dura. La comprendo, también soy madre. Mónica no tiene ninguna lesión, sin embargo considero necesario que visite al psiquiatra de su centro de salud al menos una vez a la semana durante un periodo de tiempo.

Las palabras me abandonaron. Me pregunté cómo entraría en esa habitación y le cuestionaría a mi hija qué le había llevado a cometer semejante locura. Tomé aire de forma profunda, y en un momento de lucidez creí que lo mejor sería esperar a que ella me lo contara.

Cuando abrí la puerta lo hice con el corazón galopando en mi pecho. No podía dejar de pensar qué hubiera pasado si los bomberos no hubieran llegado a tiempo. Mónica yacía en la cama de costado, apenas podía ver su voluminosa melena sobresalir por encima de la sábana que la cubría.

—¿Puedo pasar?—dije tras golpear la puerta suavemente con los nudillos.

Mónica se sobresaltó aún asustada y giró sobre su cuerpo. Ver el miedo en su rostro hizo que las lágrimas brotaran de golpe hasta mis mejillas. Ella lloró al mismo tiempo que me tendía sus manos en busca de un abrazo. Durante un largo instante Mónica sollozó en mi hombro. La sentí tan pequeña estrechándola contra mi pecho, que di mil gracias a Dios por conservarla a mi lado.

—Ya ha pasado, mi niña. No me llores más.

Mónica sorbía por la nariz, incapaz de dejar salir las palabras por su boca. Barrí las lágrimas de sus mejillas empapándome de pena, mientras esperaba con el corazón en un puño que consiguiera hablar.

—Ha sido horrible mamá—confesó respirando de forma entrecortada.

Apreté con fuerza su mano.

—Lo sé cariño, pero ya ha pasado y no volverá a ocurrir ¿verdad?

Mónica me miraba asustada, con las pupilas moviéndose inquietas. Su mirada se paseaba nerviosa por la habitación, como si buscara un punto donde detenerse.

—No vino mamá. Seguí tus consejos, pero él me ignoró.

Tragué saliva, no podía contarle que lo había visto con su mejor amiga.

—Eres muy joven cariño. El desamor tenía que llegar en cualquier momento. Pero eso no justifica lo que ha podido ocurrir.

Mónica miraba el techo, tirando con fuerza de su labio inferior como si soportara un dolor terrible. Luego volvió a respirar con dificultad. Su mano se sacudía entre mis dedos.

—Te mentí, mamá. No me odies.

Una puñalada gélida me atravesó la espalda. Las lágrimas le bañaban el rostro.

—¿Cómo voy a odiarte?

—Jonathan no era el chico que había invitado a la fiesta. Te hable de él, pero en realidad hablaba de otra persona.

El corazón me galopaba en el pecho como un potro salvaje.

—¿De quién te has enamorado Mónica?—dije con más frialdad.

—Me he enamorado de alguien imposible.

—Eso son tonterías. Dime quién es.

Su mirada vaciló sopesando mi expresión. Y fue entonces cuando sentí un escalofrío que me recorrió la espina dorsal. Supe por su mirada lo que iba a decir, antes de oírlo de sus labios.

—¿Y si fuera Andy?

## Capítulo 26:

No podía articular palabra. Tuve que salir de la habitación para poder respirar con fluidez. El dolor me abrasaba el pecho y no tenía ni siquiera fuerzas para llorar. Sus palabras me habían golpeado como un mazo de acero, dejándome aturdida. No podía ser verdad. Había miles de hombres en el mundo y mi hija tenía que enamorarse de Andy. ¿Cómo no me di cuenta antes?

Me sentí como una idiota, y lo que es más, como una traidora inconsciente. Entonces la rabia comenzó a pujar en mi interior, la respiración se convirtió en un viento huracanado. Mis pasos fueron veloces hacia la sala de espera. Andy esperaba paciente en la puerta de salida con las manos en jarras. Me acerqué a él y de forma brusca hice que se girara tirando de su brazo.

—¡Tú lo sabías!

Andy me miraba con el temblor en sus labios.

—¡Todo ha sido por tu culpa! ¿Sabes lo que ha podido ocurrir?

Sus manos me aferraron los antebrazos con fuerza.

—Cálmate Patricia, por favor.

—¡No puedo calmarme!—dije estallando en lágrimas—¿Hasta cuándo, Andy? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

Andy soltó el aire de forma sonora.

—¡Déjame hablar!

Dejé de gritar, aunque mi cuerpo seguía temblando.

—Cuando vine a por ti a la cafetería, iba a contártelo. Mónica fue quien me llamó el otro día después de que no respondiera a sus mensajes.

Mi mirada cayó en picado, me cubrí el rostro con las dos manos y sollocé. Andy me cubrió con sus brazos. Mi cuerpo temblaba contra su pecho.

—No es justo—bramé.

—Tranquila cariño, encontraremos una solución.

Alcé la cabeza y le miré a los ojos con odio.

—Vete de mi vida. Vete lo más lejos que puedas de nosotras dos. No voy a permitir que Mónica descubra lo nuestro. Tú y yo no hemos tenido nada.

Andy se rió incrédulo.

—No puedes hacer eso. Sabes que nos queremos.

Balanceé la cabeza a ambos lados con lentitud.

—He dicho que te vayas.

## Capítulo 27:

El trayecto en coche se prolongó eterno. Era incapaz de mirar a Mónica a la cara por miedo a delatarme. Procuraba concentrarme en la carretera, aunque en mi cabeza se proyectaban una sucesión de imágenes que me carcomían por dentro. Recordé las manos de Andy paseándose por mi cuerpo con brusquedad. La vez que me ató a la cama para apoderarse de mi cuerpo. La rabia almacenada en su cuerpo fruto de los celos y que descargó contra mi sexo. Una lágrima resbaló por mi mejilla.

—Mamá, dime algo por favor. Dime que lo entiendes.

La miré de forma fugaz.

—¡No Mónica, no lo entiendo!—grité sin medir el tono.

Ella volvió a llorar entre sus manos.

—Eras tú, mamá, quien me dijo que llegaría un chico con la madurez que merecía ¿lo recuerdas?!

Contuve las lágrimas mientras el corazón se me quebraba por dentro.

—Este no es el momento. Y por el amor de Dios, que tu padre no se entere de lo que ha ocurrido.

Llegamos a casa en silencio. Mónica fue directa a su habitación. En la mesita de noche se hallaba el libro. La tentación de Chloe. Entonces comencé a entenderlo todo. Como en aquella historia, ella se enamoró de su profesor. El mismo morbo que me había producido aquel libro, se lo había provocado a ella, sin saber que el protagonista era el mismo para las dos. La vida puede ser muy irónica cuando quiere, cuanto más cruel y despiadada. No sabía qué sería de mí a partir de entonces. Lo único que podía hacer era mantener a Andy lejos de nuestras vidas, dejar que pasara el tiempo, y así tal vez, algún día podría llegar a olvidarle. Pero era tan injusto. Los dos nos deseábamos más que a nada en el mundo. Ya no me importaba si Carolina no volvía a dirigirme la palabra, después de eso nada tenía importancia.

Pasaron unos días en los que en casa casi no se hablaba. Mónica no entendía mi repentino comportamiento sólo porque se hubiera enamorado de un chico nueve años mayor. Tanta suerte sólo fuera por eso. Poco a poco todo parecía regresar a la normalidad. Había llegado el verano sin avisar, y las clases habían terminado. Mónica no volvió a hablar del tema, aunque a veces detectara en su mirada las huellas de haber llorado. Sin embargo yo, me había pedido una semana de vacaciones. No era el mejor momento de entablar una conversación con Carolina, la cual ya se habría enterado del percance del incendio.

Estaba tomando un refresco con Raquel cuando tras unas risas sentí un amago de añoranza.

—Pues de verdad que era guapo. Una lástima que todo haya tenido que terminar tan mal.

—Es lo mejor. De esta forma puedo evitar el sufrimiento de las dos.

Raquel posó su mano sobre la mía.

—¿De las dos, o sólo el de Mónica?

La miré con los ojos vidriosos. No tenía otra opción.

—Es mejor así.

—¿No has vuelto a hablar con él?

Apreté los labios y negué con la cabeza.

—Ni una sola vez. Le grité que se marchara, que se fuera lejos de nuestras vidas.

Raquel enarcó las cejas.

—Tal vez tienes razón y es mejor así.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Claro.

—No hablemos más de Andy—dije con la voz congestionada.

—Tienes razón.

Un beso en la mejilla me reconfortó. Luego consulté mi reloj. No me había dado cuenta de que se había hecho tarde. Eran las diez de la noche y debía regresar a casa. Desde lo del incendio no me quedaba tranquila dejando a Mónica mucho tiempo sola.

—Nos vemos mañana.

Caminé deprisa hasta mi hogar. Era de noche y no me gustaba andar sola por la calle. Estaba hurgando en mi bolso en busca de mis llaves cuando llegué al portal. Al levantar la cabeza las llaves pesaron en mi mano. Alguien estaba esperándome sobre la acera.

—Te estaba esperando.

—Andy...



## Capítulo 28:

Tardé un rato considerable en recuperar la voz. Tener a Andy a escasos centímetros de mí hizo que las emociones se agitaran en mi pecho. Puede que me engañara, y quisiera creer que lo estaba olvidando. Sin embargo la respuesta de mi cuerpo me dijo lo contrario. Andy estaba especialmente guapo con aquella barba de dos días y el pelo arremolinado sobre las mejillas. Me miraba paciente, con la angustia imprimida en su mirada.

—Necesitaba verte, saber cómo te encuentras.

Quise decir algo, pero tan sólo logré recoger aire en mis pulmones. Luego hice lo posible por no llorar. Se me había llenado la garganta de pena, en parte por el tiempo que había pasado, y por otra por reprimir las ganas de abalanzarme hacia sus brazos.

—¿Y tú, cómo estás?—dije con la voz quebrada.

Andy soltó el aire por la nariz, como si la pregunta fuera irónica. Luego negó con la cabeza.

—Lo he intentado, Patricia. Pero no puedo seguir sin ti.

Crucé los brazos bajo el pecho sujetando el temblor que me sacudía.

—No es una opción Andy.

El rostro de Andy sufrió una notable transición. Tal vez esperaba otra respuesta, no el tono frío que imprimí en mis palabras, aunque por dentro estuviera muriendo. Entonces balbuceo.

—¿Acaso no importa lo que hemos sentido?

Exhalé una risa ladeando la cabeza.

—Después de esto no me importa nada—dije con un amago de desprecio.

Su mano alcanzó mi barbilla haciendo que lo mirara a los ojos, estos estaban inundados de impotencia. Quise mantenerme fuerte, pero dos lágrimas me delataron. Andy pasó el dedo pulgar mi mejilla y apretó los ojos.

—¿Por qué tiene que ser tan complicado?

Mis labios se movían trémulos, y mi respiración se volvía entrecortada.

—No lo hagas más difícil, por favor—sollocé acariciando su mano con los labios.

Andy tomó mi rostro con las dos manos, casi no sentía mi cuerpo, sólo el calor de la palma de sus manos amansándome el alma. No pude evitarlo, me pegué a su pecho buscando alivio en sus brazos. Necesitaba sumergirme en esa calma instantánea, para luego despedirme con el corazón roto. Permanecimos en silencio lo que pareció una eternidad, luego tras limpiar las lágrimas de mi rostro me separé de él procurando recuperar la compostura.

—Es mejor que te vayas.

Andy frunció el ceño y me miró derrotado. Luego tragó saliva.

—Puedo irme una temporada, dejar la ciudad hasta que todo pase, puedo hacer como si no hubiera pasado nada. Pero no me pidas que no vuelva a verte.

—Adiós Andy.

Andy pasó el dedo índice por debajo de sus pestañas.

—De acuerdo, pero te pido por favor, que me des un último beso. De esa forma sabré si lo dices en serio.

Mi mirada vaciló unos segundos, no había nada que deseara más en ese momento que sentir sus labios sobre los míos. Nuestras bocas se fueron acercando. Sentí de nuevo su perfume, su respiración rozándome la piel, la calidez de su boca y de pronto sus labios que se fundían con los míos. Saboreé la dulzura de sus besos como si pudiera almacenarlos en mi alma para cuando sintiera su ausencia. Entonces abrí los ojos para mirarle por última vez, y lo que vieron fue una sombra más negra que la muerte.

—¿Manuel?

Una risa irónica estalló en sus labios. Manuel apenas se sostenía de pie, con una rosa marchita en la mano.

—Sabía que eras una zorra. Todo lo hiciste para follarte a otro—sentenció de forma mordaz.

Tuve que detener a Andy para que no se abalanzara sobre él.

—Déjalo, está borracho. Vete, yo hablaré con él.

—Ni hablar, no voy a dejarte sola con este tipo.

Manuel carraspeó mientras intentaba equilibrar sus pasos.

—A ti nadie te ha preguntado . Además vengo a hablar con mi mujer.

Andy me miró perplejo esperando mi respuesta.

—En serio es mejor que te vayas.

Él negó con la cabeza.

—Si me hubieras dicho que te follabas a un niño me habría ahorrado mucho tiempo.

Manuel se tambaleó y su mano se aferró a mi brazo haciendo que trastabillara. No me dio tiempo a reaccionar, Andy se abalanzó contra él enzarzándose en una tempestuosa pelea. Grité asustada temiendo que en verdad se hicieran daño, de nada sirvió, Andy tenía sangre en los labios y Manuel lo había atrincherado contra la pared con el puño alzado cuando una voz gritó a mis espaldas.

—¡Papá vas a matarlo!

Alarmada por los gritos, Mónica había descendido a toda prisa las escaleras. Con horror en sus ojos miraba la escena que protagonizaban Andy y su propio padre. Sus pupilas se movieron inquietas incapaz de entender lo que estaba ocurriendo.

—¡Sube a casa!—gritó Manuel sin soltar a Andy.

Mónica agitó la cabeza rápidamente.

—No hasta que lo sueltes.

La respiración de Manuel era espesa y plomiza.

—Dame un sólo motivo, uno sólo.

El miedo se proyectó en su mirada. Entonces observó a Andy, luego a mí. Y como si temiera que el tiempo se le echara encima gritó:

—¡Por que le quiero!—chilló ante el temor de que el puño cayera sobre su rostro.

Se hizo un silencio rancio. El corazón me golpeaba el pecho como si fuera un mazo de hierro. Contuve la respiración a la vez que Andy me miraba

aturdido. Manuel expulsó una risa áspera.

—¿Cómo puedes querer al hombre que se está acostando con tu madre?  
Mónica giró la cabeza en seco. Nuestras miradas quedaron suspendidas.

—Mamá, dile que no es verdad. Dile que lo suelte—sollozó agitando las manos.

No pude articular palabra, las manos me temblaban mientras intentaba buscar mi voz.

—Eso, Patricia. Dile que no os estabais besando.

Mónica abrió los ojos desmesuradamente, y entonces lo comprendió todo.

—¿Es cierto, mamá?

Hubiera podido negarme a la realidad, darme la vuelta sobre mis pasos o correr sin saber a dónde; sin embargo me llevé las manos a la cara y lloré desconsolada cubriendo mi rostro. La mentira me pesaba demasiado.

—Lo siento Mónica. Intenté decírtelo, pero me faltó valor.

Pude ver el odio en sus pupilas. Su rostro se tornó agrio, la respiración acelerada. Supe por cómo me miraba que la rabia estaba hirviendo hasta pujar por su garganta.

—Valor es lo que hay que tener, para hacer lo que has hecho.

Sus palabras me golpearon dolorosamente.

—¡Mónica!

Sus pasos corrieron veloces escapando de mi presencia como si hubiera visto un monstruo, ése era yo. Quise correr tras sus pasos pero no me bastaron las fuerzas, caí de rodillas ahogando un lamento que de pronto se hizo ensordecedor.

## Capítulo 29:

Dolor. Un intenso y amargo dolor me abrasaba el pecho. Recordé cómo me había sacudido de los brazos de Andy mientras intentaba calmarme, y las voces de Manuel haciéndose eco en el vacío. Y Mónica. No sabía cómo enfrentarme a aquella situación, frágil y desmedida. Ella se había atrincherado en su habitación, y yo era incapaz de golpear la madera que nos separaba por miedo a volver a oír sus gritos de desprecio. El silencio se volvió ensordecedor, sujetaba mis sienes y éstas bombeaban en la yema de mis dedos. Me pregunté qué ocurriría a partir de entonces. Cómo volveríamos a mirarnos a la cara después de que ella descubriera la verdad. Era aterrador.

Lloré durante toda la noche sentada en el sofá. Intenté convencerme de que yo no la había traicionado, sino que había ocultado una verdad desde mucho antes de saber que ella se había enamorado de Andy. Cuando desperté aún era temprano. Arrastré mis pies hasta la habitación de Mónica y quise asomarme para asegurarme de que se encontraba bien. Pero en su cama sólo había sábanas vacías. El armario estaba abierto de par en par y en él colgaban varias perchas desnudas. Mi mirada vaciló mientras procuraba recomponerme y saber hacia dónde dirigir mis pasos. Marqué inmediatamente el número de Manuel y esperé con sumo nerviosismo a que respondiera, aunque tan solo podía oír una respiración espesa flotar a través de la línea.

—Manuel, sé que estás ahí. Te llamo por Mónica, se ha ido de casa y tengo que encontrarla.

Se hizo un largo silencio.

—No voy a volver, mamá. Papá tiene razón, eres una egoísta que sólo has pensado en ti.

—¿Mónica?

Ya no había nadie al otro lado del teléfono, tampoco me quedaban más lágrimas. Ya nada tenía sentido. Si no podía mantener una charla con mi hija, nunca podríamos aclarar lo que había sucedido. Le di mil vueltas a la cabeza buscando una solución, hubiera deseado poder retroceder en el tiempo y evitar ese primer beso con Andy. Me había preocupado tanto por si Carolina nos descubría, que ignoraba que pudiera ocurrir algo mucho peor. Y entonces sumergida en esa tormenta de emociones y dolor, no pude hacer otra cosa que hablar con Mónica aunque fuera desde la distancia:

*“Estimada hija:*

*Siento que las cosas hayan tenido que salir a la luz de la forma más violenta. Ahora ya no me importa nada más que recuperar tu confianza y olvidar el pasado. Lo que pasó con Andy fue mucho antes de lo que puedas creer, y si lo hice puedes estar segura de que desconocía tus sentimientos hacia él. ¿Recuerdas la misma pregunta que nos formulamos las dos? Entonces sí, ahora puedo decir que me había enamorado de un monstruo, porque nadie que fuera capaz de interponerse entre las dos merecería mi amor. Espero que algún día me entiendas, y que el tiempo se lleve ese rencor que sientes hacia a mí. Yo nunca dejaré de quererte, y quiero que cuando creas que estés preparada para hablar regreses a casa. Te esperaré con los*

*brazos abiertos. No olvides nunca que te quiero, más que a nada en el mundo”.*

No recibí respuesta alguna. Ni siquiera supe si pudo leerla en cuanto la dejé en su buzón. Cada día llamaba por teléfono con la esperanza de oír su voz, pero ella descolgaba el auricular y lo dejaba sobre algún sitio hasta que yo colgaba. Para mí era suficiente con saber que estaba bien.

—No puedes seguir así—puntualizó Raquel con la preocupación en sus ojos.

Exhalé un suspiro derrotada, ya no me quedaban más fuerzas para continuar.

—No hay otra alternativa que dejar pasar el tiempo.

Raquel no soltaba mi mano.

—Todo esto es muy injusto ¿no has vuelto a hablar con Andy?

Respondí con un movimiento de mi cabeza. Tan sólo oír su nombre hacía que sintiera una bola de angustia en mi garganta.

—Raquel, gracias por todo. Necesitaba estas vacaciones, luego no sé hacia dónde partiré.

Ella me observaba estudiando mi rostro.

—No digas eso, todo se arreglará.

Le devolví una mirada apenada.

—He perdido a mi hija, a Andy y a Carolina no sé cómo la volveré a mirar ¿crees que puede haber algo peor?

—Sí, tener que soportarme a mí ¿te parece poco?

Me reí por primera vez en varios días. Sentir el apoyo de Raquel era lo poco que me ayudaba a salir en adelante. Ese día regresé a casa con una idea muy clara en la cabeza, marcharme lejos una temporada y dejar el pasado en algún lugar del pueblo donde vivían mis padres. Apenada miré a mi alrededor, aquel hogar ya no tenía ningún sentido. Recogí en una maleta la ropa suficiente para pasar unas semanas. Las manos me temblaban cuando abrí el armario del cuarto de baño y metí en un neceser mi cepillo de dientes y mis cosas. Una de las cajas se desparramó y todos los medicamentos del botiquín fueron a parar al suelo. No tenía fuerzas ni para recogerlo, volví a mi habitación y en cuanto iba a cerrar la maleta la desesperanza me invadió. Mi cuerpo cayó sobre la cama para derramar un llanto de derrota. Entonces envíé un mensaje a mi hija:

*“Perdóname si me marcho de esta forma, es lo mejor para las dos”.*

Debió pasar un tiempo considerable en el cual me había quedado adormilada. Un ruido de llaves hizo que me sacudiera, no sabía si estaba soñando o si al contrario alguien había entrado en casa. Los pasos se oían cada vez más cerca, y sentí el ruido de puertas que se abrían y cerraban. Entonces apareció ella como un viento huracanado.

—¡Mamá! ¿qué has hecho?

Parpadeé unas cuantas veces atónita por la brusquedad con la que Mónica entró en la habitación.

—Has vuelto—dije soñolienta.

—¡Dime qué has tomado!

Fruncí el ceño confusa y observé las cajas de pastillas que sujetaba en las

manos.

—Yo no...

—Estás pálida y temblando, dime que no...—dijo con la voz ahogada.

—No cariño, esos medicamentos se cayeron sin querer.

Mónica lanzó un gran suspiro. Luego se dejó caer en mis brazos.

—Me has asustado.

—Yo nunca haría eso, cariño.

Ella hizo una pausa apoyada en mi hombro.

—No quiero seguir en casa de papá.

Acaricié su espalda aún con el temblor en mi cuerpo.

—No es necesario que me des explicaciones.

Mónica quiso recuperar la entereza y componerse el pelo.

—Siento cómo actué aquel día. No tenía ni idea de que el hombre del que me hablabas era...él.

Balanceé la cabeza con los ojos inundados de lágrimas.

—Ahora ya nada importa.

—Sí importa mamá—dijo estudiando mi rostro.

—Olvídalo, lo único que me importa eres tú.

—He sido una egoísta.

No entendía su súbita actitud. De pronto todo parecía volver a la normalidad, Mónica había regresado y con humildad reconocía sus errores.

—Esperame en el salón y te preparo algo de cena.

Mónica apretó los labios.

—No puedo quedarme mucho tiempo, he quedado con Javier—dijo intentando ocultar una sonrisa.

—¿Y quién es Javier?

—Alguien maravilloso.

—¿Quiere decir eso que tienes un nuevo novio?

Mónica amplió una mueca en sus labios.

—Es posible.

Luego se marchó. Debería haber sentido un alivio inmediato, sin embargo la angustia aún permanecía en mi cuerpo. Me alegraba de que mi hija hubiera regresado a casa, de que empezara una nueva vida al lado de un chico que la quisiera. Hubiera podido llamar a Andy, aunque sólo fuera para saber cómo se encontraba, y quitarme esa espina que llevaba en el corazón. Me pregunté si habría pensado en mí, y si habría tenido la tentación de llamarme. Me sentí apenada por no saber nada de él, en parte lo entendía. Podría haberle llamado. Sin embargo decidí no hacer nada. Por que en aquel intervalo de tiempo, entendí muy a mi pesar, que es el destino el que manda y que si algún día la vida quería que nos volviéramos a encontrar, daría las vueltas necesarias hasta que ese momento llegara. Lancé un último suspiro.

*Andy, maldita dulzura la tuya...*

***Obras de la autora, todas disponibles en Amazon:***

*El secreto de lo prohibido*

*Más allá de lo prohibido*

*El secreto de mi deseo*

*El caso Svenska*

*Nena*

*Taller creativo para futuros novelistas*

*La pequeña fugitiva*

*Cuando je t'aime no significa amar*

*África Watson ¿Y por qué no? (Casa del libro)*